



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Psicología  
Magíster en Psicología Comunitaria

Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología  
Mención Psicología Comunitaria

**Las memorias colectivas de los pobladores de Esperanza Andina**  
**Una investigación sobre la Toma de Terreno y los procesos sociopolíticos**  
**asociados a ella**

Por

**Andrés Durán Pereira**

**Directora de Tesis: Soledad Ruiz Jabbaz**

Santiago de Chile

Marzo, 2016

## ***Dedicada***

*A mi compañera Pame y a Valentín DG*

*A Luchita, al Gordo*

*A Belén, trini, y Martina*

## *Agradecimientos*

*Gracias viejita, por no dejar de acompañarme desde donde estás.*

*Gracias gordo, por tu cariño y compañía, espero seguir estando a la altura; tú lo estás de sobra!!!*

*Gracias hermana, por estar conmigo a pesar de mis distancias... ¡¡aun tenemos tres razones hermosas por el que seguir juntos!!*

*Gracias Academia, por confiar en mí.*

*Gracias a los pobladores de Esperanza Andina. Este trabajo no solamente trató sobre ustedes, y sus memorias, sino también de las mías. Gracias por permitir conocernos.*

*Gracias Equipo de Decanato, Ceci, Mauricio, Miriam, ¡¡no saben cuánto he aprendido de ustedes!!*

*Gracias Equipo de Psicología de la Academia, Pablo, Melvin, Pancho, Gabi, Carolina, Maritza, Luis, Juan José, Genoveva, Javiera, Marcia, Isabel, por entregarme una formación valiosísima en todos estos años.*

*Gracias Equipo de Psicología Social, por sostener nuestro espacio, a pesar de los duros momentos...*

*Gracias Gabi, Isca, y Pancho, gracias nuevamente. Hace más de un año sabíamos del tiempo que se nos venía, pedregoso, virulento, un tiempo para resistir, como dijiste pancho. Pero aquí estamos, ¡juntos! No saben cuánto debe este trabajo a sus palabras, y a su cariño.*

*Gracias Domingo, y Jorge, por no soltarme la mano en este derrotero.*

*Gracias José, y Beky por orientar más de lo que piensan esta investigación, sólo bastaron pocas pero fundamentales palabras para que confiara en lo que hacía.*

*Soledad ¡cuánta dedicación! Mil gracias por escuchar, y por permitirme escucharte, aun cuando a veces pareciera que no lo hago. Pero ya sabemos cómo funciona el ejercicio de pensar ¡más riqueza se genera, cuanta más tensión se provoca, y tú no dejaste de tensionarme! Qué alegría conocerte, compañera de temas!!*

*Pame, hermosa compañera, te agradezco por resistir en este tiempo, y por darnos vida (la vida más bella que lleva por nombre Valentín). Cada palabra de este trabajo lleva las imágenes de sus caritas, esperándome para que terminara... Ya está, por ahora... sabemos que esto no termina. Te amo.*

*Valentín, fuiste mi respiro hijo. Ya te contaré de qué se trata todo esto para mí, mientras seguimos creciendo juntos.*

# Índice

<b>RESUMEN</b>	<b>7</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>9</b>
<b>PRIMERA PARTE</b>	<b>12</b>
<b>1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA</b>	<b>13</b>
1.1. <i>DE LA HISTORIA A LA MEMORIA POBLACIONAL.</i>	13
<b>2. ANTECEDENTES EMPÍRICOS LOS POBRES DE LA CIUDAD</b>	<b>20</b>
2.1. <i>LLEGADA Y ASENTAMIENTO DE INMIGRANTES A LA CAPITAL DE SANTIAGO</i>	20
2.2. <i>LAS TOMAS DE TERRENOS EN LA CAPITAL DE SANTIAGO Y LOS PROCESOS DE ERRADICACIÓN.</i>	22
2.3. <i>ASUNCIÓN DE LA DEMOCRACIA: CONTINUIDAD Y PROFUNDIZACIÓN DEL MODELO NEOLIBERAL EN TORNO A LA VIVIENDA SOCIAL.</i>	25
2.4. <i>UNA TOMA EN DEMOCRACIA: CAMPAMENTO ESPERANZA ANDINA</i>	26
<b>3. ANTECEDENTES TEÓRICOS: LA MEMORIA COLECTIVA, LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO, Y LAS NUEVAS MARGINALIDADES</b>	<b>29</b>
3.1. <i>RELACIONES Y DISTINCIONES ENTRE “HISTORIA” Y “MEMORIA”.</i>	29
3.2. <i>LA MEMORIA COMO CONSTRUCCIÓN DE SENTIDOS</i>	32
3.3. <i>PLANTEAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS ACERCA DE LA CIUDAD, Y LAS MARGINALIDADES URBANAS</i>	37
3.4. <i>LA CIUDAD Y SUS MARGINADOS</i>	<b>¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.</b>
<b>4. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN</b>	<b>43</b>
4.1. <i>OBJETIVO GENERAL</i>	43
4.2. <i>OBJETIVOS ESPECÍFICOS</i>	43
<b>5. MARCO METODOLÓGICO</b>	<b>44</b>
5.1. <i>ENFOQUE DE LA INVESTIGACIÓN</i>	44
5.2. <i>TÉCNICA MUESTRAL</i>	45
5.3. <i>TÉCNICAS DE PRODUCCIÓN DE LA INFORMACIÓN</i>	47
5.4. <i>ANÁLISIS CUALITATIVO DE LA INFORMACIÓN.</i>	48
5.5. <i>PLAN DE TRABAJO</i>	<b>¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.</b>
5.6. <i>CONSIDERACIONES ÉTICAS</i>	49
<b>SEGUNDA PARTE</b>	<b>50</b>
<b>6. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE RESULTADOS</b>	<b>51</b>
<b>ANTES DE LA TOMA...</b>	<b>51</b>
6.1. <i>SITUACIÓN DE VIDA COMO ALLEGADOS.</i>	51
6.1.1. <i>LAS DURAS CONDICIONES DE VIDA COMO ALLEGADOS.</i>	51
6.1.2. <i>ORGANIZACIÓN DE LOS COMITÉS DE ALLEGADOS, PREVIO A LA TOMA</i>	53
6.1.3. <i>LA FUERZA INTERCOMUNAL</i>	55
6.2. <i>PRÁCTICAS DE SOLIDARIDAD ENTRE POBLADORES, ANTES DE LA TOMA.</i>	57
6.3. <i>OBJETIVOS Y DETERMINACIONES DE LOS POBLADORES PARA REALIZAR LA TOMA</i>	59
6.3.1. <i>DETERMINACIÓN DE LOS POBLADORES PARA REALIZAR Y SOSTENER LA TOMA</i>	59
6.3.2. <i>OBJETIVO DE LOS POBLADORES PARA REALIZAR LA TOMA</i>	61

6.4.	<i>LA DIMENSIÓN TÁCTICA DE LAS PRÁCTICAS DE LOS POBLADORES, EN EL PERÍODO INICIAL DE LA TOMA.</i>	63
6.4.1.	<i>MANTENER LA INICIATIVA DE LA TOMA EN SECRETO</i>	63
6.4.2.	<i>BURLAR A LAS AUTORIDADES</i>	65
6.4.3.	<i>PUBLICITAR LA TOMA</i>	68
6.5.	<i>RELACIÓN ENTRE POBLADORES Y GOBIERNO ANTES DE LA TOMA.</i>	70
<b><u>DURANTE LA TOMA...</u></b>		<b>72</b>
7.	<i>PRÁCTICAS DE ORGANIZACIÓN DE LOS POBLADORES DURANTE LA TOMA DE TERRENO</i>	72
7.1.	<i>LA ESTRUCTURA ORGANIZACIONAL</i>	72
7.2.	<i>LA ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO Y LAS VIVIENDAS TEMPORALES</i>	75
7.3.	<i>LAS REGLAS DE CONVIVENCIA</i>	79
7.4.	<i>LOS POBLADORES Y EL TRABAJO SOBRE LA BASE DEL APOYO MUTUO</i>	82
8.	<i>EL RECHAZO DEL ASISTENCIALISMO</i>	87
9.	<i>LA TOMA, LOS POBLADORES Y LA POLÍTICA</i>	89
9.1.	<i>RELACIÓN ENTRE POBLADORES Y EL GOBIERNO DURANTE LA TOMA.</i>	89
9.2.	<i>RECHAZO DE LA POLÍTICA PARTIDISTA AL INTERIOR DEL CAMPAMENTO.</i>	93
10.	<i>LAS PRÁCTICAS DE SOLIDARIDAD</i>	96
10.1.	<i>PRÁCTICAS DE SOLIDARIDAD ENTRE LOS POBLADORES DEL CAMPAMENTO, DURANTE LA TOMA</i>	96
10.2.	<i>PRÁCTICAS DE SOLIDARIDAD HACIA EL CAMPAMENTO</i>	97
11.	<i>PRÁCTICAS DE PRESIÓN COLECTIVA DESDE LOS POBLADORES HACIA EL ESTADO</i>	100
11.1.	<i>PRÁCTICAS DE PRESIÓN HACIA EL ESTADO</i>	100
12.	<i>LOS DIRIGENTES DE LA TOMA</i>	104
12.1.	<i>LOS DIRIGENTES, LA BIOGRAFÍA POLÍTICA, Y LA ENSEÑANZA.</i>	104
12.2.	<i>LOS CONFLICTOS ENTRE LOS DIRIGENTES</i>	108
<b><u>DESPUÉS DE LA TOMA...</u></b>		<b>112</b>
<b><u>13. CONSIDERACIONES ACERCA DE LA ACTUALIDAD DE LA POBLACIÓN</u></b>		<b>112</b>
13.1.	<i>EN LA ESPERANZA ANDINA, YA NADA ES LO MISMO</i>	112
13.2.	<i>LA PASIVIDAD Y EL ENSIMISMAMIENTO ACTUAL DE LOS HABITANTES</i>	114
13.3.	<i>LA ESPERANZA ANDINA COMO UN LUGAR TRANQUILO PARA VIVIR</i>	117
<b><u>14. IMAGINARIOS DE FUTURO DE LA POBLACIÓN</u></b>		<b>122</b>
14.1.	<i>DE LAS MEJORAS DEL BARRIO</i>	122
14.2.	<i>DEL DESARROLLO DE LA FAMILIA</i>	124
14.3.	<i>DEL CONSUMO DE DROGAS</i>	125
14.4.	<i>DE LOS APOYOS FUTUROS ENTRE LOS POBLADORES, Y LA TRANSMISIÓN DE LA MEMORIA</i>	128
<b><u>TERCERA PARTE</u></b>		<b>131</b>
<b><u>15. DISCUSIÓN FINAL</u></b>		<b>132</b>
<b><u>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</u></b>		<b>144</b>
<b><u>ANEXOS</u></b>		<b>149</b>
	<i>CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO</i>	149
	<i>PREGUNTAS DIRECTRICES Y TEMÁTICA DE LA INVESTIGACIÓN</i>	150

## Resumen

La ciudad del siglo XXI, nuestra ciudad, ha tomado formas cada vez más compleja en las últimas décadas, tanto debido a las modalidades de acción gubernamental que sobre ella han intervenido, como por la influencia cotidiana que se desprende de los actores que la habitan. Su producción, organización y funcionamiento ya no responde a las mismas características que hace un tiempo atrás.

En este marco de consideraciones, los sectores populares urbanos no han quedado al margen de tales transformaciones, debiendo implementar diferentes estrategias para sobrellevar, de la mejor manera posible, los efectos de estos cambios. Si una de las características de los sectores populares capitalinos fue que hasta hace treinta años debieron vivir al margen de la posibilidad de tenencia de vivienda o territorio propio, hoy, gracias a diferentes políticas estatales, ese déficit ha disminuido considerablemente. Las familias de más escasos recursos económicos han pasado de residir en campamentos o como allegados, a habitar en casas propias desde donde han logrado contribuir a la producción de espacios poblacionales, derrotero que no ha estado exento de dilemas y conflictos, de alegrías y sufrimientos.

La presente investigación sitúa su foco de preocupación en una experiencia de construcción poblacional desarrollada durante la década del 90' en Santiago, cuando la democracia nacional se restituía lentamente, luego de diecisiete años de dictadura militar. Se trata de la toma de terreno de Esperanza Andina, conocida por el conjunto de iniciativas desarrolladas por sus habitantes, y por el desenlace que tuvo: obtención de vivienda social en el año 2000, en la misma comuna en que fue desarrollada la toma, logrando sortear uno de los temores más sentidos por los pobladores: los procesos de erradicación.

Si bien cierta literatura especializada en la producción de la ciudad y sectores populares ha formulado importantes contribuciones a la comprensión de las poblaciones contemporáneas, nuestra investigación se ancla en un aspecto a menudo dejado de lado por estos mismos estudios: *las memorias de sus habitantes y la producción cotidiana de sus territorios*. Es desde las perspectivas de la memoria colectiva y una consideración histórica del “espacio” y el “territorio”

que el siguiente trabajo comprende los elementos sociopolíticos asociados a la ocupación de terreno de Esperanza Andina, permitiéndonos hacer inteligible procesos diversos, relacionados con el pasado, presente y futuro, tal como son elaborados, disputados, imaginados y/o consensuados por las memorias de sus propios pobladores.

Palabras claves: Memoria Colectiva, Esperanza Andina, Espacio, Territorio.



## Introducción

Desde hace algún tiempo el *espacio público* de las ciudades clama por nuestra atención, emplazándonos a detenernos en ella, a poner nuestra mirada, logrando que ésta se transforme en objeto de acción y conocimiento de las más variadas perspectivas, tradiciones disciplinares, o actores institucionales. Organizaciones sociales, asociaciones privadas, colectivos, universidades, instituciones gubernamentales, intelectuales, artistas, literatos, poetas, historiadores, psicólogos sociales y comunitarios, filósofos, sociólogos, antropólogos, dramaturgos, entre muchos otros, han acogido el llamado de la ciudad, acompañando a quienes históricamente reclamaron su propiedad disciplinar y epistemológica: urbanistas, arquitectos, geógrafos, y planificadores de la urbe, con lo cual se ha configurado, no sin disputas y conflictos, no sin satisfacciones y amarguras, una verdadera galaxia de preocupaciones en torno a ella. Algunos han interrogado los procesos económicos que en ella se desarrollan, otros han investigado sobre las luchas políticas desplegadas; algunos se han preocupado por su dimensión funcional y utilitaria, o por su carácter lúdico y estético, mientras que otros tantos han puntualizado su carácter social y cultural.

La presente investigación se sitúa en el centro de este clamor amplio y generalizado por la ciudad, pero respecto de un objeto y una mirada particular: la vida de una población capitalina, vale decir, de bajos recursos económicos, considerando las memorias colectivas de algunos de sus habitantes. En específico, nuestro trabajo versa sobre la producción de memoria que determinados actores de la población Esperanza Andina, ubicada en la comuna de Peñalolén, realizan acerca de la toma de terreno y los procesos sociopolíticos asociados a ella, desde donde se luchó, sistemáticamente, por la obtención de vivienda social y un territorio que habitar.

No es la primera vez -seguramente menos la última- que un sector popular es tomado como objeto de reflexión académica. De hecho una larga tradición de pensamiento social e historiográfico no ha dejado de reportarnos elementos de comprensión respecto de lo que ha venido sucediendo en tales contextos. Sin embargo, nuestro trabajo presenta matices importantes respecto de ellos. Primero, se detiene sobre una toma de terreno elaborada en tiempos de restitución de la democracia, luego de la dictadura militar de Pinochet, a diferencia de las comúnmente estudiadas. Segundo, su punto de vista asume la construcción histórica y social

de lo recordado, escapando a concepciones representacionistas del pasado, y por lo tanto, a miradas deterministas de los acontecimientos ocurridos. Desde aquí, los procesos sociopolíticos que atraviesan la toma de terreno de Esperanza Andina son considerados bajo un enfoque socio histórico y relacional, que vincula, a un tiempo, elementos rememorados por quienes fueron entrevistados, con los mecanismos que *permiten* un recordar posible, o también, olvidos específicos, todos los cuales son parte de los mismos procesos de hacer memoria.

Esta perspectiva de investigación hace que las cosas se compliquen un tanto, pero también que se vuelvan más interesantes, como no podía ser de otro modo cuando se trata de comprender lo que ocurre los sectores populares urbanos. Complicaciones epistemológicas en este viaje, como cuando se atiende no sólo al relato de lo que ocurrió si no también a aquello que circula por debajo de él, desde dónde se reconocen diferencias en los relatos, en las biografías, en los encuentros e identificaciones entre actores, en los dolores asumidos por las familias, y las alegrías esperanzadoras de los actores. Pero también complicaciones de carácter político, como cuando se reconoce el entrecruzamiento de los tiempos de las memorias: mientras que los pobladores hablan del pasado de la toma, en la investigación se deja entrever un presente movido, soñado, a menudo nostálgico, o también feliz; pero así mismo, cuando los pobladores hablan del pasado *desde su momento presente*, no dejan de informarnos sobre los futuros imaginados para su población, sobre aquellos momentos que podrían devenir para sus vidas en el territorio, recreando, desde aquel ejercicio, utopías singulares y compartidas.

Es de este juego de complejidades que, reporta esta investigación, organizando sus resultados en tres momentos diferentes. Un “antes” de la toma, en donde se recogen aquellos recuerdos relacionados fundamentalmente con el vivir en condición de allegados, y a las negociaciones emprendidas por los pobladores con el Estado para obtener una vivienda social. Un “durante la toma”, que recoge la producción de recuerdos asociados a la ocupación de terreno propiamente tal, y a las condiciones que permitieron su mantención por 8 años. Y un “después” de la toma, desde dónde los pobladores elaboran consideraciones acerca del presente y futuro para sus vidas en la población. Y he aquí lo interesante: en la conjunción de estos tiempos se configura no una linealidad respecto de lo sucedido con la ocupación de terreno, sino una profundización de estas experiencias múltiples que están hechas también de memorias colectivas. En total, diríamos, diez

memorias puestas en juego en este trabajo, y varios contextos sociopolíticos comunicándose simultáneamente: los de hoy y los de ayer.

La investigación está organizada en siete apartados: la *primera* parte en la que hemos construido el problema de investigación, forjando un diálogo que transita desde los trabajado por las ciencias sociales –sobre todo cierta tradición historiográfica- acerca de los sectores populares, hacia una consideración de estos mismos sectores *desde un paraguas conceptual anclado en la memoria colectiva*. La *segunda* parte de la investigación, se concentra en algunos antecedentes empíricos acerca de procesos de construcción de ciudad, y particularmente sectores populares urbanos, exponiendo cómo elementos sociopolíticos han logrado la configuración de estos sectores hasta nuestros días.

En la *tercera* parte se trabajan elementos teóricos importantes para comprender la toma de terreno de Esperanza Andina, como lo son las nociones de “memoria colectiva”, “la ciudad”, “el territorio” y las “marginalidades contemporáneas”.

En el *cuarto y quinto* apartado, damos cuenta de nuestros objetivos de investigación, y de la trayectoria metodológica encaminada para alcanzarlos. Enfatizamos aquí el carácter cualitativo de este trabajo, los participantes, la modalidad de producción de información, y la forma en que ella será analizada.

El sexto apartado se detiene en el análisis de resultados, donde se exponen una serie de categorías extraídas desde lo relatado por los participantes, las que son analizadas a la luz de los objetivos de la investigación y el marco referencial ya mencionado. Los resultados han sido ordenados en tres momentos: “un antes de la toma”, vinculado a procesos sociopolíticos previos a la ecuación del terreno. Un “durante la toma”, que nos reporta sobre las acciones desarrolladas mientras la ocupación duró. Y un “después” de la toma, en el cual se vincula los procesos de recuerdo del pasado con el presente de la población y sus proyecciones de futuro.

Finalizamos la investigación con un apartado de discusión y presentación de los principales resultados, al mismo tiempo que algunos desafíos para futuras investigaciones.

## **Primera Parte**

# 1. Planteamiento del problema

## 1.1. De la historia a la memoria poblacional.

En los últimos treinta años hemos visto surgir una cantidad importante de literatura especializada sobre el modo como se han estructurado socio espacialmente las urbes del país, pero más en particular, la manera en que esta estructuración de las ciudades afectó a las familias de más escasos recursos económicos, en la ciudad de Santiago (de Ramón, 2011; Romero, 2007; Morales y Rojas 1987; Rodríguez 2012; Sugranyes, 2010).

Esta literatura, que podría ser caracterizada como parte de una tradición social en términos historiográficos, urbanísticos, y sociológicos, ha detenido su mirada en los procesos sociopolíticos que se desarrollaron para que en la actualidad los más desfavorecidos desarrollen sus vidas en la ciudad.

En primer lugar, estos desarrollos intelectuales han alertado sobre cómo la capital de Santiago fue convirtiéndose en un espacio cada vez más añorado para vivir, tanto por parte las élites gobernantes como desde el punto de vista de los sectores más empobrecidos. Asimismo, estos trabajos han relatado los procesos que se desarrollaron en la capital, luego de que la absorción de poblaciones migrantes llegara a un punto de complicación mayor, cuando la misma ciudad de finales del siglo XIX y principios del XX no encontraba mecanismos para dar respuesta a las necesidades de una población urbana que demandaba cada vez más bienestar.

Lo que se indica en estos estudios, en lo fundamental, es que el desarrollo de vida de estos sectores populares estuvo siempre alejado de lo que sus imaginarios habían construido, y que las acciones estatales de la época fueron siempre insuficientes para dar respuesta a las demandas sentidas por ellos. Desde el punto de vista de Romero (2007) y de Ramón (2011), si bien la ciudad de Santiago creció sustancialmente desde los primeros procesos de urbanización suscitados a partir del siglo XIX en adelante, este crecimiento no se vio traducido en mejoras de las condiciones de vida para todos sus habitantes; más bien lo contrario, los beneficios quedaron en manos de la clase gobernante -política y económica-, dejando a los sectores populares soportar el peso de las calamidades de la vida urbana.

Dentro de los aspectos más duros analizados por estos autores, emergen los que tienen que ver con el asentamiento urbano y la habitabilidad de estos sectores. Como se relata desde aquí, una vez llegados del campo a la ciudad, o de las mineras nortinas a la capital (Romero, 2007), estas familias articularon dos estrategias para poder mantenerse en la ciudad: o bien habilitaron estructuras de muy precaria calidad a las orillas del río Mapocho, o bien se instalaron en los “conventillos”, que habían sido construidos justamente para albergar a estas poblaciones.

Sin embargo, los estudios antes mencionados indican que a pesar de haber tenido que vivir en condiciones precarias, esas familias levantaron procesos importantes de organización social sobre la base de la idea del derecho a la ciudad y a la vivienda, lo cual redundó en una concientización que llevaría a producir las llamadas “tomas de terreno”, desde la década del 50 en adelante (Garcés, 2002; de Ramón, 2011; Rodríguez, 2012). Armando de Ramón (2011) indica que para el año 1973, “había ya 117.000 familias habitando en campamentos, las que significaban unas 500.000 personas o el 17,85% de la población total de Santiago” (p. 251). Estos campamentos se habían construido sobre la base de importantes procesos de organización social, a menudo conducidos por partidos políticos de izquierda (Garcés, 2005).

Ahora bien, desde la óptica de Alfredo Rodríguez (2012) y Ana Sugranyes (2010) y el Golpe de Estado de 1973 marca un punto de inflexión respecto de estos procesos que venían suscitándose en el orden de la construcción de la ciudad de Santiago. Para estos autores, lo que se comienza a generar con la dictadura militar fue una planificación urbana que incrementó las desigualdades sociales, políticas y económicas en la ciudad, siempre para sus habitantes más desfavorecidos. Esta nueva planificación, que estuvo fundamentada en criterios económicos y políticos desde un punto de vista neoliberal (Rodríguez, 2012), logró materializarse a partir de la conocida reforma de las municipalidades, y de una nueva Política de Desarrollo Urbano creada en 1979, transformaciones que estuvieron a la base de lo que se conoció finalmente como operaciones de “erradicación de campamentos”.

Estas dos modificaciones estructurales dejó sentadas las bases para producir una desaparición de la clase popular de los territorios capitalinos más acomodados que habían sido ocupados, desarticulando el tejido organizativo que se desarrolló de la mano de los movimientos políticos

de la época, y provocando, con ello, erradicaciones de las familias más pobres hacia las periferias de la ciudad, allí donde no se pudieran ver. Indica Morales (1987) que durante la época de los procesos de erradicación, aproximadamente unas 29.000 familias fueron sacadas abruptamente de sus espacios de habitabilidad y reubicadas en otras comunas.

Ahora bien, a pesar de lo que podría pensarse, la asunción de la democracia en nuestro país no contrarrestó los procesos de segregación espacial que se desarrollaron desde mediados de la década del 70' en adelante. Por el contrario, profundizó la operación de exclusión y producción de las desigualdades urbanas, esta vez con un rostro humano e inclusivo. Dicha profundización de las desigualdades es analizada por Rodríguez (2012) y Sugranyes (2010), quienes ponen el acento en que desde los gobiernos democráticos de la Concertación no se problematizó la reestructuración geográfica realizada por el régimen militar, vale decir, la creación de las 32 comunas. Tampoco se cuestionaron los dispositivos implementados en el mismo período del régimen militar para la asignación de vivienda social a los más pobres, siempre en la periferia; finalmente, no se interrogó la estrecha vinculación desarrollada entre la clase política y la empresarial del país, que siempre se vio beneficiada con dineros estatales para efectos de construir vivienda social a muy bajo costo, y por lo tanto muy rentable para la venta. De hecho, tal como lo argumentan los autores mencionados, el plus configurado en este período democrático fue darse la tarea de disminuir el déficit habitacional, pero sin importar dónde se producían estas viviendas, y la calidad que tendrían.

Tomando distancia analítica, considero que varios son los méritos de los trabajos realizados por de Armando de Ramón, Luis Alberto Romero, Mario Morales, Sergio Rojas, Alfredo Rodríguez, y Ana Sugranyes: incorporan una mirada transdisciplinar en los estudios realizados, desplazándose al interior diversos campos de trabajo como lo son el urbanismo, los problemas sociológicos y políticos, antropológicos, arquitectónicos, todo siempre relacionado con el fenómeno global de la construcción y mantenimiento de la pobreza urbana poblacional y, más en general, la elaboración de la ciudad. Asimismo, estos trabajos parten de una mirada crítica de los fenómenos analizados, no dejándose obnubilar por los supuestos “avances”, “desarrollos” o “progresos” que este campo de problemas ha podido tener con el pasar el tiempo. Digamos, lo interesante de esas miradas transdisciplinares es que abordan con una perspectiva crítica lo que

en materia de pobreza urbana y construcción de ciudad se ha desarrollado desde un tiempo a esta parte.

Sin embargo, y a pesar del conjunto de virtudes que estos trabajos poseen, dejan al descubierto la necesidad de incorporar la voz de los actores al análisis de lo que ocurrió y continúa ocurriendo con la capital de Santiago, sus poblaciones, y en específico, con sus habitantes. Y aunque algunos trabajos han tomado el desafío de incorporar lo que los propios actores pueden decir desde el discurso acerca de sus experiencias de vida en campamentos o poblaciones (Garcés, 2005), se vuelve perentorio complementar aquellos trabajos con una perspectiva de la “memoria colectiva”, siempre con el objeto de comprender los desarrollos cotidianos, las reproducciones sociales, pero también las construcciones creativas elaboradas por los actores acerca del pasado, presente y futuro de sus propias poblaciones, las que son generalmente forjadas en y desde su vida cotidiana (Reyes, 2015). En general, quienes se han preocupado por estudiar a los sectores populares, han omitido una labor de estas características.

En ese sentido, se hace necesario complementar la mirada de los estudios hasta aquí mencionados, comprendiendo qué lectura hacen los mismos habitantes sobre la construcción material y simbólica de sus lugares de residencia en el presente, de sus barrios o comunidades actuales, de las interacciones sociales que ahí se crean o perpetúan, a través del ejercicio de recordar lo que implicó la construcción de sus espacios sociales de vida. Comprender los vínculos que los habitantes de estos territorios establecen con su pasado en tanto que pobladores, y cómo a partir de esas mismas vinculaciones proyectan desafíos de futuro relacionados con sus poblaciones.

Así torna imprescindible, complementar los trabajos más arriba citados, analizando cómo los actores reconstruyen su pasado y presente en los espacios poblacionales, y detectar, desde ahí, qué elementos significan como relevantes y cuáles son los sentidos que se otorgan a determinados significados. Se trata de analizar, a través de las memorias de los actores sociales, las diferencias y semejanzas en sus posiciones: política, de género, sociales, familiares, de organización comunitaria; las disputas o las colaboraciones entre actores involucrados, las identificaciones reconocidas, o los referentes que permiten sostener un sentido de vida en sus



barrios, y las proyecciones de futuro; esto se torna relevante sobre todo en una época en que los aparatos gubernamentales no han dejado de intervenir los espacios poblacionales, siempre de acuerdo a los intereses que le son propios, las más de las veces anclado en una perspectiva economicista que no hace más que profundizar la situación de precariedad de sectores populares, al tiempo que mejora, sustancialmente, la de las élites políticas y empresariales. En ese marco, los sucesivos gobiernos que aprendieron muy bien de la aplicación de políticas liberales avanzadas han tomado decisiones sobre las poblaciones, sus territorios, y las vidas de sus actores, las cuales continúan haciendo del problema de los sectores populares un negocio rentable, y un lugar común para reproducir el tipo de sociedad que tenemos, extremadamente segregada, marginadora (Moulian, 2002), como lo muestran los actuales procesos de gentrificación o erradicaciones que se siguen desarrollando (Harvey, 2014).

Esta investigación versa sobre las memorias colectivas que se reconstruyen acerca de la toma de terreno de la Esperanza Andina, experiencia que hace parte de la historia relatada por los estudios sobre ciudad y sectores empobrecidos, pero que tiene una particularidad muy importante: se trata de una ocupación de terreno que fue gestada, sostenida y defendida en el marco de una democracia política restituida en los albores de la década de los 90 del siglo pasado, de la mano de una concertación de partidos políticos que pactó la salida del régimen dictatorial (Moulian, 2002); a su vez, no se trata de un proceso de movilización política sobre la base de aparatos partidistas, como había sucedido con la mayoría de las tomas de terreno acontecidas décadas atrás, sino de iniciativas alejadas de ella.

Pero sus habitantes tienen un origen similar al de los pobladores relatados por la mayoría de los estudios citados, es decir, provienen de sectores económicamente empobrecidos de la sociedad, y carecieron por mucho tiempo de una vivienda propia, y de un espacio apropiado en el que ver crecer a sus familias. Estos actores, como los de antaño, debieron organizarse colectivamente, y exigir al Estado que respetara el derecho fundamental de acceso a la vivienda, disputando como muchos su lugar en la ciudad, proceso que, al no encontrar respuesta efectiva por parte del estamento gubernamental de la época, culminó en la toma de los terrenos de Peñalolén, el día 19 de junio de 1992. Luego de ocho años de persistencia, resistencia, y tensiones de todo tipo, las presiones de los pobladores lograron hacer que los terrenos ocupados irregularmente fueran

expropiados a la dueña, y vendidos a los mismos habitantes del entonces campamento, quienes recibieron sus casas propias y población urbanizada, justamente en el cambio de siglo.

De este modo, la presente investigación sitúa su interés en el marco de consideraciones mencionado más arriba, focalizando sus esfuerzos en comprender el modo en que los habitantes de la población Esperanza Andina de Peñalolén, reconstruyen las memorias de los procesos sociopolíticos asociados a la toma de terreno, es decir, las memorias de los diferentes aspectos suscitados para que la toma haya sido posible en democracia (malestares colectivos por su situación de allegamiento, toma de conciencia respecto de la producción política de su forma de vida, formas de organización comunitaria); los procesos que facilitaron el mantenimiento de la ocupación en el tiempo (procesos de organización colectiva de la toma, construcción de identidades y diferencias, disputas con el Estado y privados, elaboración de alianzas estratégicas); y aquellos que tienen que ver con el término a la ocupación y el acceso a la vivienda social (disputas, expectativas, imaginarios, desafíos de un nuevo habitar), siempre desde la mirada de quienes lo vivieron, procurando identificar cómo cada uno de estos elementos son producidos, reproducidos, disputados, tensionados, defendidos, e, incluso, olvidados por diferentes actores, siempre a la luz de presente, a través del hacer memoria.

En la línea de una psicología social con perspectiva construccionista acerca de las memorias (Reyes, 2015), no es tanto un pasado al que los actores puedan acercarnos más o menos fielmente lo que nos convoca en esta investigación, sino más bien, la pluralidad de sentidos en que estos pasados aparecen, teñidos a menudo por los significados del momento actual de sus propios habitantes, y vinculados a consideraciones y expectativas de futuro para sus vidas. No es sólo un viaje al pasado a lo que se esta investigación se desafía, sino además una profundización del presente de la población y sus habitantes. Considero que esta profundización puede darnos algunas luces de cómo complementar las miradas que han estudiados la realidad popular, los cuales se realizan a menudo desde consideraciones panorámicas (desde arriba diríamos) que no necesariamente entran en diálogo con los actores. Por otro lado, profundizar en esta realidad popular, a través de los procesos de memoria acerca de la toma de terreno, puede contribuir a entregarnos elementos para tensionar y discutir con aquellos discursos y acciones gubernamentales que tienden a naturalizar relaciones de dominio desplegadas en estos sectores, y

que pujan por mantener y recrear condiciones de desigualdad y marginación. En los tiempos que corre, las condiciones de vida de los sectores poblacionales profundizan cada vez más su precariedad, y las acciones gubernamentales continúan emprendiendo acciones en las que poco se resuelven los problemas, si es que no los agrava. Problemas relacionados con desafiliación comunitaria, erradicaciones, violencia urbana, consumo de drogas, tan sólo por nombrar unos cuantos.

Es en este marco de consideraciones que establecemos la siguiente pregunta de investigación:

¿Qué memorias colectivas reconstruyen los habitantes de la población Esperanza Andina, acerca de la toma de terreno, y los procesos sociopolíticos asociados a ella?

## 2. Antecedentes Empíricos los pobres de la ciudad

### 2.1. Llegada y asentamiento de inmigrantes a la capital de Santiago

Se dice, desde el punto de vista de quien toma a la ciudad como objeto de pensamiento, que hasta hace poco tiempo aun se podía apreciar en la Estación Central de Ferrocarriles, de la capital de Santiago, el arribo de familias que llegaron en busca de un porvenir más auspicioso (de Ramón, 2007; Romero, 2007). Se trata de hombres y mujeres provenientes del norte del país o del campo, aquellos que habían desempeñado históricamente sus trabajos al calor de las minas salitreras, o al son de lo que permitía producir la tierra en lo rural.

Hay que indicar que el tren no fue para estos emigrantes nacionales un simple medio de transporte, un mero artefacto que les permitía el traslado de un punto a otro del país, antes bien ese ferrocarril se había transformado en un importante lugar de espera, en el cual, desde la subida hasta la bajada, se conjugaron imaginarios de un futuro que se apreciaba cada vez más próximo. Subir al tren desde la localidad de origen implicó siempre subir con un dejo de nostalgia por aquello que quedaba atrás, pero al mismo tiempo, quiso decir también incorporarse a un sitio en que la nostalgia y la melancolía por el pasado se vio mitigado gracias a las esperanza que producía el saber que se llegaría a la ciudad más importante, a la capital, allí en donde, por lo menos en teoría y en el imaginario de la época, las oportunidades de una mejor calidad de vida eran posible para todo el mundo (de Ramón, 2007; Romero, 2007).

Como relata Armando de Ramón (2007) y José Luis Romero (2007) lo que se imponía ante los ojos de los recién llegados era ese mundo de progreso y prosperidad, de avance y desarrollo, tal como el imaginario moderno de toda ciudad lo indicaba (Casullo, 1999). En este escenario de arribo, la suerte de los que llegaban a la capital ya estaba echada: aquellos hombres y mujeres, niños y niñas que subieron al tren allá en un lugar lejano, campesino o minero, bajaron, con sus aspectos descuidados y las roñosas maletas en las que no traían más que una y otra “pilcha”, para desde ahí comenzar a probar una nueva suerte (Romero, 2007).

Como indica de Ramón (2007) esta migración fue parte importante de un proceso mayor que se venía configurando, y que tuvo que ver con el expansivo crecimiento de la ciudad de Santiago en un marco continuo de modernizaciones efectuadas, lo cual tuvo como correlato un aumento sustancial de la población capitalina. En efecto, como lo expone el historiador de la ciudad, los procesos migratorios respondieron a una dinámica de absorción urbana de estas poblaciones. En poco tiempo la ciudad de Santiago se transformó en un polo de atracción como nunca antes lo había sido. Si a mediados del siglo XIX la población de Santiago contaba con 80.000 habitantes, a principios del XX ya iba en 712.000 aproximadamente, indicando que a mediados del mismo siglo XX la población que había migrado desde diversas localidades a Santiago rodeaba las 960.00 personas. Como menciona el autor (2007), a esas fechas

*“(...) sólo la mitad del incremento de los habitantes de la capital provenían del crecimiento demográfico vegetativo, mientras que la otra mitad provenía de las migraciones hacia Santiago” (p. 241).*

Ahora bien, ¿Cuál iba a ser el destino de aquellas familias migrantes? Como lo expresan los estudios, la situación no fue auspiciosa: esta explosión y aumento de la población de Santiago *“hizo más grave la siempre mala condición de los pobres urbanos”* (de Ramón, 2007, p. 241). En efecto, para éstos últimos, de la construcción de expectativas a la realidad hubo siempre una distancia importante.

Los trabajadores de la tierra o la minería a menudo carecieron de redes que sostuvieran su arribo, o que por lo menos hicieran un tanto más grata la llegada. Estos tuvieron que vérselas por sí solos, logrando instalarse en una de las dos modalidades que la capital proveía para aquellos que deseaban efectivamente asentarse allí para vivir: los precarios espacios configurados en las orillas del río Mapocho, o en pleno centro de la capital, en lo que se conoció por entonces como los *“conventillos”*. Según cuenta de Ramón (2007) en su historia de Santiago, la primera posibilidad era la más común entre los hombres y mujeres inmigrantes. Al no venir más que con lo puesto, estas familias carecían de los medios necesarios para acceder a un arriendo que les permitiera sobrellevar su vida, situación que implicó que terminaran asentándose a las orillas del río Mapocho, específicamente, en lo que se denominó Zanjón de la Aguada.

La segunda de las posibilidades de asentamiento estaba propiciada por la construcción de habitaciones que habían sido destinadas al arriendo; se trata de los “conventillos” o “ranchos”. Relata Romero (2007) que generalmente las familias pobres estaban en condiciones de alquilar una sola habitación, la que contenía en ese mismo espacio todo condensado para vivir; allí se dormía en pocas camas, se producía el alimento diario, y también se ocupaba un lugar para necesidades básicas de higiene. En ese contexto, al poco tiempo fueron presentándose una serie de complicaciones para estas familias, dificultades que incluso comenzaron a ser parte de la preocupación política del momento. Como indica de Ramón (2007):

*“Estos pobres urbanos, llamados ahora pobladores, tuvieran o no título legal, dispusieran o no de una vivienda económica o habitaran o no “poblaciones callampas”, todos sufrían los mismos problemas derivados de la insuficiente o inexistente urbanización” (p. 242).*

En poco tiempo la situación de vida de estas familias se había hecho insostenible. Cada vez menos se toleró carecer de una iluminación, o pasar semanas enteras con las familias enfermas dadas las paupérrimas condiciones higiénicas; cada vez menos se soportó el tener que sostener una vida de hacinamiento que no permitía desarrollar la dinámica familiar dignamente.

## **2.2. Las tomas de terrenos en la capital de Santiago y los procesos de erradicación.**

Como lo indican los estudios ya mencionados (Álvarez, 1988; de Ramón; 2007; Romero, 2007) los habitantes de los conventillos o el Zanjón se dieron cuenta de que no necesariamente estaban destinados a vivir del modo que la ciudad moderna les había ofrecido, generándose un importante proceso de concientización que fue apoyado por partidos políticos de izquierda insertos en contextos populares (Garcés, 2005), quienes denunciaron estas precarias condiciones de vida. De este modo, al calor de un ambiente que visibilizaba los mecanismos que estaban produciendo ese “mal vivir”, los pobladores fueron analizando sus problemas con una mirada crítica.

Fue durante la década del sesenta y setenta que las noches de la capital vieron surgir sigilosamente una importante serie de tomas de terreno y, *a posteriori*, la emergencia de una cantidad no menor de “campamentos” habitados por pobladores de Santiago. Relata Armando de Ramón (2007) que para el año 1973 “había ya 117.000 familias habitando en campamentos, las que significaban unas 500.000 personas o el 17,85% de la población total de Santiago” (p. 251). En ese escenario, según un estudio realizado por Eduardo Morales y Sergio Rojas (1987), al año 1973 Santiago había un total 390 campamentos, distribuidos en la mayoría de las comunas de Santiago: Las Condes, La Reina, Maipú, Quinta Normal, Pudahuel, Renca, Conchalí, Quilicura San Miguel, La Granja, la Cisterna, Puente Alto, San Bernardo, Ñuñoa. No en vano el Ministerio del Interior de 1974 llegó a calificar la situación de “*catástrofe nacional*” (Morales y Rojas, 1987, p. 83).

No obstante lo anterior, estos procesos de disputa por la ciudad reciben un contraataque cargado de violencia y brutalidad, complementado con un conjunto de elementos políticos que vendrían a reconfigurar el panorama global de lo que estaba desarrollándose; violencia que emerge, en lo fundamental, con el Golpe de Estado de 1973, de la mano de Augusto Pinochet Ugarte.

El trabajo de producción de terror, y la matanza masiva desplegada en el marco del golpe militar, fueron progresivamente complementado con un conjunto de políticas gubernamentales que tuvieron por objetivo instalar un modo de conducción del país que fuese en una dirección completamente contraria a lo que el gobierno social de Salvador Allende había intentado instalar, con la ayuda de las organizaciones populares de base: fue lo que se denominó política neoliberal de gobierno. En ese escenario de contra ataque, el conjunto de las fuerzas conservadoras militarizadas encaminaron la tarea de administrar el territorio nacional, y la capital de Santiago, a partir de un cúmulo de políticas donde primó, fundamentalmente, un criterio economicista, individualista, y de profundización de las desigualdades sociales.

Es a partir de esta política global de gobierno liberal avanzado que en el país se comenzarán a desarrollar los más importantes procesos de radicación y erradicación de pobladores, vale decir, procesos a partir de los cuales aquellos habitantes que habían ocupado un conjunto de terrenos de manera irregular, y sobre la base de una búsqueda por mejores condiciones de vida, serán

desplazados y situados en espacios periféricos de la ciudad, estratégicamente delimitados por el mismo régimen militar. De este modo, si los procesos de tomas de terrenos por parte de los pobladores hasta 1973 implicó importantes grados de organización social, los procesos de erradicación debían poder desarticular aquellas acciones construida al calor de la lucha por un espacio digno en la ciudad. Desarticular el tejido social y comunitario por medio de un desplazamiento de las familias hacia localizaciones periféricas, decía relación con producir una especie de violación al espíritu de colectividad que se había forjado en medio de la disputa por el territorio (Álvarez, 1988).

Desde ahí, la reconfiguración de la administración de las municipalidades, que entre otras cosas quitaba atribuciones al Estado, fue acompañada por modificaciones geopolíticas que implicaron reorganizaciones en los territorios de gobierno. Rodríguez (2012) indica que en este marco de transformaciones:

*“(...) los territorios de los catorce municipios existentes en la RMS en 1973, fueron reestructurados (en algunos casos subdivididos; otros modificados mediante el traspaso de áreas de unos a otros), dándose origen así a 32 municipios” (pág. 36).*

Un rápido panorama de lo que ocurrió puede ser descrito de la siguiente manera: si al año 1973 la capital de Santiago mantenía la existencia de 390 campamentos, distribuidos en las distintas comunas de Santiago, salvo en la comuna Providencia, casi diez años más tarde, en 1985, Santiago sólo mantenía 24. En esta dimisión radical de los campamentos y ocupaciones de terrenos, la expulsión de los pobladores de las comunas más acomodadas no deja lugar a dudas: la comuna de Santiago erradica 2.823 familias, Las Condes 2.591, Providencia 505, familias que fueron recibidas a menudo por las comunas de la Granja, San Bernardo, Pudahuel, Puente alto, vale decir, hacia aquellas de más escasos recursos, quienes debieron hacer lo posible para recibir a esas poblaciones que fueron desplazadas en masa de los sectores acomodados, porque ya no eran más tolerables por la élite del país (Rodríguez, 2012).



### 2.3. Asunción de la democracia: continuidad y profundización del modelo neoliberal en torno a la vivienda social.

Ana Sugranyes (2010), sostiene que el objetivo fundamental de las erradicaciones “*ha sido borrar la distorsiones que ellos creaban sobre el valor del suelo en sectores centrales y de desarrollo con alto potencial*” (pág. 32), dejando entrever, en este sentido, la articulación de la dimensión política y social de tales medidas, con la dimensión económica, siempre muy importante para los ideólogos del régimen neoliberal.

Hacia 1979 los actores ligados al Ministerio de la Vivienda, asesorados por los mentores de las políticas liberales avanzadas de la Escuela de Chicago, articularían una serie de procesos que contribuyeron a la implementación de las erradicaciones de poblaciones. Esta operación fue realizada sobre la base de conectar a los mismos “beneficiarios” de las políticas, los pobladores, al Estado, con el sector de la Construcción, vale decir, con el ámbito económico empresarial. Estos procesos, desde el punto de vista de Sugranyes (2010), tuvieron que ver con vincular a los más pobres de la capital con la lógica del “subsidio habitacional”, y con la posibilidad que brinda el Estado a la empresa privada de comprar terrenos baldíos a precio menor, para luego construir vivienda social que será vendida nuevamente al Estado, con una plusvalía sumamente conveniente.

Ya entrando en período de restitución de los derechos civiles, lo que había sido una consigna cada vez más asumida por los actores del Ministerio de Vivienda y Urbanismo fue transformada en un principio de la misma democracia a la que se retornaba: “dar techo” a los que no lo tenían, dando continuidad a la idea de reducir el déficit habitacional que había sido creado en dictadura (Rodríguez, 2012).

Alfredo Rodríguez y Ana Sugranyes (2010), sostienen que en realidad, con la llegada de la Concertación de Partidos por la Democracia, no se opera una modificación respecto del modo en que se había afrontado los problemas de vivienda en particular y el de la ciudad en general. Todo lo contrario, una suerte de continuidad política se desarrolla desde aquí. Efectivamente, como sostiene Rodríguez (2012), lo que se articula con el retorno a la democracia, es una continuidad

del modelo liberal avanzado con cada vez más mecanismos de inclusión de los que habían quedado fuera, de los marginados. Se configura así un neoliberalismo con rostro humano en la medida que implica procesos de integración social de los individuos a su modelo, integración desde el mercado y para su desarrollo.

Con todo, la lógica de dar techo a los más pobres se transformó en una importante bandera de lucha política por los gobiernos de la inicial concertación, la cual implicó que al año 1996 la producción de vivienda alcanzara las 100.000 unidades por año (Sugranyes, 2010). No importó mucho qué calidad tendrían esas viviendas, dónde eran localizadas, y a propósito de qué procesos colectivos de organización se producirían, lo importante era reducir el déficit. Tal vez el dato más significativo en relación a la continuidad del modelo articulado bajo los gobiernos de la concertación, sea el que nos entrega Alfredo Rodríguez (2012) en relación al rédito de la producción masiva de viviendas sociales: el negocio de la construcción durante los años 90' fue de cuatro millones de dólares por año.

#### **2.4. Una toma en democracia: Campamento Esperanza Andina**

A pesar del conjunto de estrategias gubernamentales que fueron desarrolladas desde la asunción del régimen militar en 1973, y que se vieron, como hemos visto, profundizadas por los gobiernos de la concertación con el objetivo político de disminuir el déficit existente en vivienda social para la clase popular, la situación seguía siendo, a principios de la década de los noventa, bastante compleja desde el punto de vista de cumplir con tal cometido. Para decirlo directamente: a pesar de que importantes esfuerzos políticos y estratégicos se articularon para efectos de implementar una política de erradicación de campamentos hacia las periferia de la capital, de insertar a esos mismo pobladores dentro del sistema de subsidio ideado por los artífices del liberalismo avanzado, de otorgar mucha más plusvalía a los terrenos que lo habían perdido por la presencia de los pobladores en comunas acomodadas, a pesar de todo este esfuerzo sostenido, aun en la década del 90' una cantidad importante de personas y familias seguían experimentando las calamidades que implica carecer de un espacio donde vivir, de un hogar, y un territorio. Como lo identifica Armando de Ramón (2007):

*“Las encuestas han demostrado que en 1987, el 53% de los domicilios en las poblaciones modestas cobijaba un hogar secundario, había un 41% de hogares con 3 o más personas por dormitorio, dando un promedio de personas por domicilio de 6,5, lo cual superaba largamente el promedio nacional, constituyendo una situación que ha sido denominada de “crecimiento hacia adentro” (p. 253).*

Ahora bien, es importante consignar un dato cualitativo complementario al que nos otorga de Ramón, y es que estos mismos pobladores que carecían de vivienda articularán, desde finales de los años ochenta hasta bien entrada la década de los noventa, procesos relevantes de resistencia, lucha y organización con el objetivo de transformar el estado de precariedad en el que se encontraban viviendo (Cfr. TAC, 2000).

La experiencia desarrollada en este contexto de democracia, en el Campamento Esperanza Andina de Peñalolén, es uno de aquellos procesos en los cuales se conjugarán lineamientos estratégicos y tácticos al mismo tiempo, para obtener vivienda social y un territorio que los albergara. Efectivamente, a finales de los 80’ parte importante de los allegados de la comuna de Peñalolén tomaron la decisión de participar del espíritu de asociación colectiva que reflejaba la intercomunal de allegados, organizando específicamente a los habitantes de su misma comuna.

Durante el año 1990 se trabajó configurando procesos de organización colectiva que implicasen un ánimo por mejorar su situación. Una vez configurada la densidad organizativa requerida para desarrollar los procesos de negociación con el gobierno de turno para la obtención de subsidios colectivos, se procedió con la tarea de gestión para tal cometido. En ese contexto, el Estado comunicará oficialmente a los dirigentes de los comités que están en condiciones de otorgar 1.000 subsidios para el acceso de vivienda social, por lo que se llama a los mismos conductores del proceso a incentivar que los afectados logren juntar el ahorro mínimo para poder otorgar tales subsidios.

Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos desarrollados por los allegados, el Gobierno les da una noticia desalentadora, incumpliendo su palabra con ellos: los subsidios comprometidos eran mucho menores. La respuesta del Estado democrático de principio de los noventa fue considerada por los pobladores movilizados como una burla y una humillación que pasaba por alto la misma

organización colectiva, y subvaloraban el arduo trabajo acometido en los diferentes niveles, vale decir, el trabajo de la Intercomunal de Allegados, de los dirigentes de los comités, y de los monitores de las familias que habían confiado en el proceso (TAC, 2000). En este panorama, los pobladores de la comuna no escatimaron esfuerzos en poner sobre la mesa una discusión sobre las posibilidades que surgían para continuar en la lucha por el objetivo propuesto, posibilidades que en realidad se resumen en dos salidas: deshacer el comité o realizar una toma de terreno. Los dirigentes optan por la toma..

Muy temprano, en la mañana del 19 de Junio de 1992, alrededor de 850 familias se habían sumado a la determinación de ocupar los terrenos privados de Peñalolén alto; familias que se escabullían por los recovecos de las calles del sector, distribuidas estratégicamente para no ser detectadas en la operación. De este modo, los terrenos fueron ocupados en horas de la mañana. Banderas, carpas, fogatas calentado agua para pasar una de las mañanas más largas de sus vidas, la mañana de la ocupación del terreno en Peñalolén.

Será recién en el año 2000 el momento en que los pobladores obtendrán sus viviendas, cuando en el cambio de siglo se les entregue las llaves de sus casas propias y más importante, de su población Esperanza Andina 1 y 2, ya suficientemente urbanizadas. Efectivamente, el día 5 de febrero del año 2000, se celebró en el sector de Peñalolén la entrega oficial de las poblaciones en las que por ocho años habitaron el campamento Esperanza Andina. Esto se tradujo en de habitar durante 8 años el campamento, desde el año 1992 al 2000, lo cual culmina con la entrega de las llaves de las viviendas sociales, en febrero del 2000.

### **3. Antecedentes Teóricos: La Memoria Colectiva, la Construcción Social del Espacio, y las nuevas Marginalidades**

#### **3.1. Relaciones y distinciones entre “historia” y “memoria”.**

En general, los trabajos desarrollados acerca de los sectores populares urbanos o de las llamadas “poblaciones” de Santiago (Álvarez (1988), de Ramón (2007), Romero (2007), Rodríguez (2012), Sugranyes (2010)) se realizaron desde una mirada historiográfica y a veces sociológica, vale decir, a partir del interés académico por dar cuenta del modo en que aquellos sectores fueron estructurando sus formas de vida a lo largo de sucesivos períodos de tiempo, en el contexto de las sociedades modernas, identificando procesos amplios casi siempre relacionados con las políticas gubernamentales.

La historiografía de estos autores comparte varios elementos sustanciales dignos de mención: no se trata de una clásica mirada depositada sobre emblemáticos nombres propios desde dónde se echaría a andar el curso de la historia. A menudo, lo que es narrado desde las historias de las poblaciones se vincula con procesos culturales, políticos, sociales y económicos, mostrándose la íntima relación existente entre la emergencia y reproducción de los sectores populares capitalinos y los procesos productivos de país, las formas de gobierno, los modos de organización colectiva de los pobres, o los pactos realizados entre los agentes políticos.

Por otro lado, estas historiografías demarcan períodos de tiempo específicos en los cuales destacan particularidades de todo tipo: momentos iniciales de asentamiento de los sectores populares en la capital, períodos álgidos de organización o revuelta, tiempos en que el Estado se ha vuelto más progresista o más conservador, momentos en que la lógica del mercado ha operado sin trabas, o con mayor regulación. La identificación de estos momentos por parte de la historiografía revisada permitió además comparaciones entre los mismos períodos demarcados: similitudes entre modos de acción por parte de los diferentes actores poblacionales estudiados, analogías de tratamiento hacia los sectores desfavorecidos por parte de las instancias gubernamentales, establecimiento de diferencias en el pensamiento y en las acciones

desarrolladas por unos y otros. En este sentido, para el historiador y el teórico social, la posibilidad de fraccionar el tiempo es también la de establecer las diferencias entre los acontecimientos ocurridos alrededor de la pobreza urbana, diferencias que evidencian cuándo termina un modo de vivir y cuándo comienza otro distinto para estas familias, y que desde ahí muestran cuándo estamos en presencia de una ruptura histórica o cuándo estamos en la continuidad de algún momento.

No obstante, es a partir de la inquietud que han suscitado estas mismas narraciones sobre las poblaciones urbanas, que irrumpe con fuerza, hace ya algunas décadas, la noción de “memoria”. Esta viene a enriquecer la mirada desde donde se interroga el objeto “población”, abriendo nuevas preguntas, configurando nuevos campos de problemas, y tensionando los planteamientos a menudo desarrollados tanto por historiadores u otros científicos sociales.

Como indica Mario Garcés (2005) *“los problemas relativos a la ‘historia’ y la ‘memoria’ ocupan cada día más a los historiadores”* (pág. 14). Es como si en un lapso de tan sólo unas décadas, la “historia” como disciplina o como forma de pensamiento hubiese sido tensionada gracias a lo que ella misma produjo. Es en este contexto que Elizabeth Jelin (2002) indica que *“la relación entre historia y memoria es, hoy en día, una preocupación central en el campo académico de las ciencias sociales”* (pág. 63), excediendo en muchos casos a una discusión circunscrita solamente a los trabajadores del pasado, ilos historiadores.

Lo interesante de esta relación tensionada entre historia y memoria es justamente el carácter de debate que asume, lo cual ha procurado refrescar el dialogo no solamente entre historiadores, sino también entre actores sociales proveniente de las más variadas disciplinas y tradiciones de pensamiento. Lo más común, en todo caso, es encontrarse con voces que a partir de sus reflexiones tienden a dibujar una línea de diferenciación entre un ejercicio y otro, asumiendo que el trabajo de hacer memoria implica una labor cualitativamente diferente al trabajo de hacer historia, aunque complementario.

Pablo Fernández (1994), indica que lo sustancial de la memoria es su carácter de experiencia vivida, y el de la historia es la posibilidad de verificar hechos a partir de documentaciones

específicas. Por otro lado, Félix Vázquez (2001) sostiene que la memoria encamina un trabajo que permite favorecer relaciones sociales, sentimientos de pertenencias entre las personas, mientras que a menudo la historia estaría fundamentalmente avocada al esclarecimiento de la verdad de ciertos acontecimientos.

Muy en la línea de lo sostenido a principios del siglo XX por Maurice Halbwachs (2005), estos autores situados desde la psicología social, procuran establecer líneas de diferenciación entre historia y memoria, entre lo que implica el específico ejercicio de historiar y el particular trabajo de hacer memoria, argumentando que entre ambas labores existen modos de proceder diferenciados, objetivos perseguidos disímiles, así como también diferentes actores involucrados en cada uno de los procesos. Otro tanto ocurre desde el punto de vista sociológico de Elizabeth Jelin (2002), quien con más cautela asume la diferencia entre memoria e historia, arguyendo no obstante que *“ni la historia se diluye en la memoria (...) ni la memoria debe ser descartada como dato por su volatilidad o falta de objetividad”* (pág. 78), o también como lo sostiene la reconocida historiadora María Angélica Illanes (2014) en este mismo tenor matizado, indicando que:

*“(...) historia y memoria, viento y palma, se dan en el mismo orden de la intemperie del existir o de la historicidad del ser aquí, siendo una, la memoria, la revelación corporal de la otra, la historia” (pág. 107).*

Al interior del campo problemático relativo al estudio de los sectores urbanos populares, las siguientes preguntas adquieren relevancia: ¿Desde qué lugares epistemológicos fueron construidas esas historias? ¿de qué modo se ha hecho participe a los actores afectados por las grandes transformaciones sociales, en la construcción de estos relatos? ¿De qué modo se ha recogido la pluralidad de ‘versiones’ con las cuales se da vida a los grandes procesos de cambio experimentados por los habitantes de las poblaciones? ¿Cómo ha sido trabajado el pasado de los pobladores, su presente y futuro cuando de ellos se habla en los trabajos historiográficos o sociológicos? ¿Qué papel se da a la mirada del investigador cuando se construyen historias acerca de los sectores populares? ¿Cómo es analizada la instancia demandante de investigaciones sobre

la vida de los habitantes de poblaciones? ¿Qué estatuto adquiere “lo otro”, cuando se los estudia desde “lo mismo”? (Arensburg, Haye, Jeanneret, Sandoval, Reyes, 2013).

Es aquí, cuando es pertinente traer a colación el reconocimiento hecho por Mario Garcés (2005) respecto del desafío que implica para la labor del historiador asumir la dimensión de la memoria: *“no será posible recrear la historia del último cuarto del siglo XX sin tomar en cuenta las ‘memorias’ que circulan en la sociedad”* (pág. 15), indicándonos una suerte de reconocimiento de la seducción que en estos investigadores provoca el trabajo con las memorias.

De acuerdo con esto, la memoria y su trabajo irrumpe cuando se hace necesario revisitar los modos en que las historias sobre las poblaciones han sido construidas: reconocer los sentidos asociados a ellas, cómo es su actualizada en un campo político de relaciones cotidianas de vida, considerando siempre el punto de vista de quienes han tenido que vivir aquellas experiencias como actores principales. Pero al mismo tiempo la memoria irrumpe cuando se torna perentorio reconocer a un “otro” portador de una experiencia vivida, sentida, que es recreada constantemente desde su presente. Enfatizar su reconocimiento porque en el derrotero de sus memorias se recrean sentidos móviles sobre sus existencias en el marco de poblaciones urbanas, dando cabida, así, a una pluralidad de posiciones respecto de sus consideraciones sobre su contexto, diferencias e imaginarios, que no acaban de recrearse.

### **3.2. La Memoria como construcción de sentidos**

Habiendo establecido algunos elementos sobre la importancia de los procesos de memoria en contextos populares urbanos, procederemos a exponer algunos contenidos fundamentales respecto de la “memoria como construcción de sentidos”, en la línea que ha sido desarrollada fundamentalmente por la Psicología Social Construccionalista (Vázquez, 2001).

Hay procesos que se suponen ocurren fuera del individuo, se dice, los cuales han sido comprendidos como procesos de la sociedad. Pero hay otros, según también se dice, que ocurren dentro del individuo: una tristeza profunda por no reconocer más esos espacios de infancia y juventud que lo vieron crecer; una pena importante por darse cuenta que la escuela en la que tanto



se aprendió ya no está más donde debiera, o también, una sensación de regocijo puede experimentarse al ver que la ciudad de sus padres se hace cada vez más joven en la medida que llegan y llegan los niños al lugar. Procesos “interiores” difíciles de desconocer, por la naturalización que conllevan.

Uno de los tantos procesos que se ha asociado con las capacidades propias de los individuos es justamente el de hacer “memoria”, o si se quiere, el acto de recordar. En la distinción que se hace de procesos exteriores e interiores de las personas, la memoria ha jugado un rol preponderante, más bien asociada a los aspectos internos, acompañando a otros tantos mecanismos que caracterizarían las capacidades interiores de los hombres y las mujeres, de cualquier edad, o de cualquier lugar.

Una de las características propias de toda persona, en este sentido, es su capacidad para traer al presente lo que ya ocurrió, por medio del acto de recordar. De hecho, la sola palabra ‘memoria’ “(...) suele provocar, como si se tratase de un automatismo, una repentina asociación con aquello que se acostumbra a identificar como genuinamente psicológico” (Vázquez, 2001, p.72), entendiendo psicológico como un proceso que actualiza el sujeto gracias a mecanismos interiores. Así, el individuo guarda en su memoria hechos que ocurrieron hace mucho tiempo, u otros más recientes. Lo que se supone es que él o ella ha dejado “almacenado” experiencias del pasado en su interior psicológico, en su mundo íntimo. Desde este planteamiento, la memoria es entendida frecuentemente como: “(...) un fenómeno biológico, cerebral, que adquiere dimensiones mentales o cognitivas” (Ruíz, 2008, pág. 55).

Al interior de esta concepción de memoria como capacidad individual, conviven además dos elementos importantes que reifican lo que comúnmente se entiende por memoria, sus mecanismos de desarrollo y funcionamiento. Me refiero a una determinada concepción lo que implica recordar, y a una específica manera de entender de lo que es el pasado. Por un lado, recordar se asume como una actividad de representación de una realidad pasada, en donde “representación” es asimilado generalmente como una actividad de actualización fiel de lo que fue ese pasado que se recuerda.

No es de extrañar así, que el hecho de recordar o hacer memoria quede anclado en las discusiones al respecto a asociaciones categoriales como “adecuación”, “reflejo”, “comprobación” u otras que sitúan el problema de la memoria en torno a argumentos de si quien recuerda un suceso lo hace trayendo al presente lo que ocurrió “verdaderamente” o no.

En este contexto, hacer memoria de buena manera quiere decir que la persona está en condiciones de adecuar sus elementos internos, sus procesos psicológicos, de tal modo que el conjunto de información extraída en el acto de recordar tiene dentro de sí la característica de la “exactitud”, lo cual ampliaría entonces que el espejo a partir del cual funcionaría la memoria se encuentra operando como efectivamente debe hacerlo: una memoria en buen estado. En caso contrario, se podrá hablar de fabulación, imaginación, incluso de trastocamiento de la memoria, que desde esta concepción querría decir que, por alguna razón, el individuo no ha podido representar en su interior esos recuerdos, ni menos actualizarlos. Esta sería una mala memoria (Ruíz, 2008).

Por otro lado, y en complemento directo con esta concepción de recordar como actividad en la que es posible adecuarse a una realidad pretérita, opera una idea de pasado “petrificado”, estancado, cosificado e inmóvil. Esta idea es fundamental: si al individuo le es posible volver a presentar en el presente el pasado, por medio de las acciones de la memoria, esta posibilidad vendría dada en la medida que lo recordado mantenga una suerte de inmovilidad perpetua, una clausura. Este recuerdo inmóvil, almacenado en el interior del individuo, se encuentra esperando que lo llamen para reaparecer tal como es, sin modificación alguna.

De este modo, la triada entorno a la concepción de la memoria se articula perfectamente. Es el individuo quien recuerda gracias al buen funcionamiento de sus capacidades interiores, y lo hace justamente porque los elementos del recuerdo se encuentran perfectamente almacenados en lo más íntimo de sí mismo (Vázquez, 2001).

No obstante, esta particular forma de entender la memoria y los procesos que permiten desarrollarla, parte de supuestos complejos de sostener en los tiempos que corren, tal como han alertado algunas perspectivas o enfoques contemporáneos (Fernández, 1994; Vázquez, 2001;

Reyes, 2015). Desde una perspectiva de la memoria en términos construccionista (Ibáñez, 2001) y relacional (Halbwachs, 2004), estos supuestos han sido problematizados.

Ya a principios del siglo XX Maurice Halbwachs, en su texto póstumamente publicado y titulado como “la memoria colectiva”, formulaba la pregunta respecto de si los procesos del recuerdo responden a capacidades psicológicas posibles de poner en funcionamiento de un modo personal, o si por el contrario, este acto más bien debía ser comprendido como parte de un proceso interactivo en que los hombres y mujeres se ven envueltos en determinadas situaciones de la vida cotidiana. Halbwachs se inclinó más bien por este segundo punto de vista, sentando las bases para lo que tiempo después se haría conocido como “memoria colectiva”.

Desde esta perspectiva, la memoria, el acto de recordar o los procesos que permiten traer del pasado acontecimientos o experiencias al presente, responden a dinámicas de relación entre los sujetos, al desarrollo de interacciones entre las personas, y de éstas con el mundo social que habitan. No es que el individuo esté impedido de recordar los momentos más felices o penosos de su vida en la más completa soledad, es que el acto de hacer memoria se lo concibe siempre como una acción vinculada a otros actores que lo acompañan real o imaginariamente (Halbwachs, 2004).

*“(...) en realidad nunca estamos solos. No hace falta que haya otros hombres que se distinguan materialmente de nosotros, ya que llevamos siempre con nosotros y en nosotros una determinada cantidad de personas que no se confunden” (Halbwachs, p. 26, 2004).*

Así, quien recuerda siempre hace parte, en lo macro, de una sociedad que lo acompaña, y de una historia de la sociedad en que se encuentra, las que a menudo operan como marcos que otorgan las posibilidades del recordar o también las imposibilidades de hacerlo (Fernández, 1994). Pero a su vez porque, en lo micro, el sujeto siempre hace parte de determinados grupos, o circula en espacios característicos de ciertos grupos humanos, los cuales a veces sin saberlo operan como colaboradores en el proceso de hacer memoria. Es en este sentido que se recalca el carácter relacional de la memoria, la cual permite vehiculizar asociaciones entre determinados actores, o distanciar a otros, conectar a los que se encuentran más bien cercanos a alguna idea digna de

recordar, o separar a los que presentan discrepancias. Así lo expresa Félix Vázquez (2001): *“el pasado emerge de una acción comunicativa que conecta a una persona o personas que hacen memoria con otro/a u otros/as, reales o virtuales”* (p. 223).

En segundo lugar, muy al contrario de lo que comúnmente se piensa, el acto de recordar no implica la posibilidad de establecer representaciones “reales” de un conjunto de situaciones pasadas. El acto de hacer memoria, tiene que ver con procesos de construcción de sentidos, y de creatividad simbólica y material de las situaciones en que la misma memoria se ve implicada.

Como lo han recalcado las perspectivas construccionista de la memoria (Reyes, 2013) siempre se recuerda desde el presente, en un momento actual, pero dado su carácter de relación este trabajo de la memoria es deudora siempre de los procesos asociativos en los que hombres y mujeres se ven envueltos, asociaciones que ponen contenido social, cultural y político a lo recordado. Desde allí se sostiene que no puede existir una relación de independencia entre lo recordado y el conjunto de procesos complejos implicado en el ejercicio de recordar, porque lo pasado es traído al presente con las características simbólicas y materiales de éste momento de la vida por las que pasan las personas.

Es por lo anterior que en este orden de comprensiones habría que hablar sobre todo de procesos de “elaboración” y “construcción” de las memoria y los recuerdos, en la cual efectivamente existe un “trabajo” cotidiano por parte de los actores que recuerdan y, en el nivel en lo macro, habría que hablar de un trabajo de la sociedad que posibilita el recordar. Así, la memoria es situada en el lugar de las acciones, es una acción (Vázquez, 2001), y en tanto tal está vinculada a los esfuerzos y procesos propio de las acciones: requiere de la interacción con otros, desde donde se establecen sentidos, y se van tejiendo nuevos significados en relación a los objetos de la memoria o de los recuerdos.

En este sentido la memoria es afectada al mismo tiempo que afecta. Es afectada en tanto ejercicio sujeto a renovación, a reformulación de su quehacer. A veces puede ser la misma memoria la que se pone en juego, pero a menudo esta puede cambiar justamente porque se modifica el presente desde donde se recuerda: cambian los grupos, cambian las experiencias, cambian las situaciones,

cambian los referentes (Halbwachs, 2004). Pero la memoria afecta, a su vez, siempre a lo recordado, a ese supuesto pasado petrificado o inmortalizado que se actualiza en el recordar. El pasado puede cambiar en el hacer memoria, puede transformarse en la medida que su sentido se re significa (Vázquez, 2001).

De este modo, con el ejercicio de hacer memoria lo que se pone al descubierto es el siempre conflictivo carácter de la construcción de lo pasado, su controversial constitución. Este proceso hace que la supuesta unicidad de lo ocurrido se pluralice, y que en ese derrotero de multiplicidad emerjan las diferentes posiciones de las que depende su existencia.

Las perspectivas contemporáneas sobre la memoria de-construyen los argumentos que la sitúan como un proceso eminentemente individual en el cual se pone en juego la posibilidad de hacer presente un pasado real, único, en el “interior” psicológico de toda persona. El acento es puesto más bien en el carácter productivo que implica la actividad de recordar, ya sea de forma individual o colectiva, y en la dimensión relacional que siempre opera como condición de posibilidad para tales o cuales recuerdos.

De lo que se trata, entonces, no es de eliminar al individuo y hacer como que en él nada pasa respecto de los procesos de memoria. Se trata, al contrario, de hacerlo aparecer como formando parte de una red de relaciones sociales y cotidianas (Reyes, 2015) de las cuales no puede salir porque lo constituyen como actor de una sociedad particular, desde donde elabora sus memorias.

### 3.3. Planteamientos contemporáneos acerca de la ciudad, el territorio y las marginalidades urbanas

La preocupación por los modos de hacer memoria, se inscribe también en una inquietud más amplia por las formas de construcción de la ciudad, el territorio, y las dinámicas urbanas que allí se van suscitando, entendiendo que lo que emprendieron los pobladores de Esperanza Andina con la toma de terreno tiene que ver con disputas de territorios, alianzas que tuvieron como consecuencias poder vivir en lo urbano de buena manera, o tácticas y estrategias que tuvieron como telón de fondo el derecho a la ciudad. Y aunque la “ciudad” no es nuestro objeto de

estudio, desde ahí que nos ha parecido importante incorporar un apartado que justamente refiera conceptualmente a la construcción de los espacios y territorios, y a las formas de la marginalidad contemporánea que en ellos se produce. Podríamos decir que nuestro estudio de la memoria de la toma de terreno, desde el punto de vista de sus habitantes, se vincula a algunas consideraciones sobre el espacio y el territorio.

Al intentar este ejercicio, muy rápidamente nos damos cuenta que la ciudad ha comenzado a formar parte de una cantidad importante de perspectivas y tradiciones de pensamiento, que la han objetivado, ya sea con el fin de comprenderla, explicarla, profundizar sus características, o bien con el desafío de modificarla e intervenirla. De este modo, si disciplinas académicas como la geografía, la arquitectura o el urbanismo fueron las ciencias del espacio urbano por excelencia, en la actualidad dicha propiedad se ha visto diluida justamente por la “intromisión” que otras disciplinas han hecho en este régimen epistemológico acerca de la ciudad, los espacios, y los territorios. Así lo remarca Gustavo Montañez (2001), en un excelente libro sobre el estado del arte hoy en torno a la problemática urbana:

*“Por el espacio y el territorio se interesan enfoques diversos y numerosas disciplinas, desde la psicología, la etología o la literatura, y las ciencias naturales, como la biología o la ecología, hasta las ciencias sociales y políticas, como la geografía, la antropología, la economía y la sociología. Este interés multidisciplinarios demuestra la importancia y la complejidad del tema espacial y territorial, y reclama la necesidad de su estudio y comprensión interdisciplinarios (...) (p. 13)”.*

Lo interesante de este proceso de atención contemporánea del espacio, es que se ha generado una suerte de apertura interdisciplinar en la medida que diversas corrientes teórico disciplinares han podido entrar en diálogo respecto a objetos de los cuales sólo pocos estaban habilitados para hacerlo, tanto así que Olvido Oviedo (2001) puede sostener que hoy distintas disciplinas no pueden obviar la dimensión espacial para pensar sus propios problemas. Textos para maravillarse en el marco de aquella incorporación del espacio a la comprensión de las dinámicas de la sociedad los hay por montones, desde la filosofía de Jean Luc Nancy (2013), hasta la antropología de Marc Auge (2007), pasando por la psicología social de Pablo Fernández (1994) o la Sociología de Javier Auyero (2007), y Loïc Wacquant (2007), incluso la literatura de Giraldo

(2000), todos por supuesto bebedores de diferentes tradiciones intelectuales. También los hay respecto de trabajos “propiamente” urbanos, como lo son los de David Harvey (2007), Jordi Borja (2015), o más clásicamente, Henri Lefebvre (1978) o Milton Santos (1990), en los cuales la ciudad y sus características son interpretadas con anteojos de cientista social.

Si bien cada uno a su manera nos provee un marco de comprensión a las formas en que los espacios urbanos han ido produciéndose en el tiempo, estos planteamientos converge en un lugar común al optar por alejarse de una perspectiva “absoluta” del espacio, de los “territorios”, y por lo tanto, de la misma ciudad. Me valgo del término de espacio como dimensión “absoluta” utilizado por Olvido Oviedo (2001) para dar cuenta de cómo tradicionalmente ha sido concebido esta zona habitada por el hombre.

En general éste es apreciado como una entidad físico-geográfica, vale decir, como una forma caracterizada por “distancias entre puntos”, donde lo importante es justamente poder predecir qué es lo que ocurrirá entre aquellos puntos para efectos de poder generar mediciones espaciales, descripciones físicas, o un conjunto de intervenciones (Oviedo, 2001). Desde esta perspectiva de trabajo, el problema de fondo es que el “espacio”, concebido como un lugar en el que “sólo suceden cosas” o se distribuyen elementos, es visto como un lugar cerrado en sí mismo, como una zona desprendida de relaciones o procesos sociales importantes.

Es respecto de esta concepción de “espacio absoluto” que la preocupación intelectual contemporánea se ha erigido con fuerza, formulando propuestas conceptuales alternativas que han logrado dar una vuelta de tuerca a la cuestión de la ciudad y lo que dentro de ella ocurre. No es menester aquí hacer un panorama exhaustivo respecto de cada uno de los planteamientos contemporáneos acerca del espacio, los territorios y la ciudad, pero sí es importante mostrar puntos de convergencia entre planteamientos que incluso mantienen matices en su interior.

Desde los planteamientos de los autores ya mencionados, se comparte que todo espacio, y por lo tanto toda ciudad y las dinámicas que allí se configuran, responden a un proceso de producción social. A diferencia de la idea de “espacio absoluto”, autores como Lefebvre, Harvey, Borja, Wacquant, Romero, Motañéz, y Oviedo, indican la necesidad de comprender que a la base de

todo “espacio” hay un proceso de construcción humana que es histórico, y que le otorga características particulares. De este modo, los autores alertan de la necesidad de comprender:

- Las condiciones de posibilidad de los asentamientos humanos, vale decir, el conjunto de elementos que deben operar a la base para que algunos espacios tengan la posibilidad de existir, y otros no. Desde este paraguas conceptual, los espacios son concebidos como producciones de la humanidad. Es importante considerar aquí, siguiendo una línea de interpretación de Wacquant (2007), que en general las concisiones de posibilidad para la construcción de territorios poblacionales, han tenido que ver con la profundización de políticas reproductoras de desigualdades, las cuales los habitantes de estos territorios han debido enfrentar con los recursos disponibles, y a menudo sin mucha ayuda del aparato estatal.
- En segundo lugar, estos planteamientos ponen el acento en el carácter dinámico relacional del espacio (Montañez, 2001). Los espacios en particular, y la ciudad como gran espacio habitado, está cargada de relaciones de todo tipo, lo cual imprime a su interior una movilidad infinita. Estas relaciones se materializan a menudo en prácticas cotidianas que hablan de la cultura de dichos espacios, las cuales son reproducidas en el tiempo justamente para hacer que el espacio sobreviva a las vicisitudes de la historia. No toda relación entre hombres, o entre hombres y objetos del mundo se pueden generar en cualquier espacio, pero muchos tipos de interacciones pueden explicarse justamente si el espacio es considerado en el marco teórico de comprensión para tales relaciones. En el caso de contextos populares urbanos, como indica Wacquant (2007), se despliegan un conjunto de relaciones cotidianas de diversa índoles, desde procesos de participación importantes para alcanzar objetivos colectivos, hasta dinámicas que tienen que ver con la producción de estigmatizaciones, violencias, e identidades negativas. Desde el punto de vista de este autor, lo que se puede apreciar generalmente es más bien lo segundo, una vez que los procesos de solidaridad han perdido fuerza, producto de lógicas neoliberales inserta en la vida de los habitantes.



- En tercer lugar, las perspectivas contemporáneas asumen la importancia de comprender al espacio como un elemento estrictamente político, vale decir, como una forma cargada de relaciones de poder en la que se materializan disputas de las más diversas índoles y entre los más diferentes agentes. Desde aquí se recalca la necesidad de comprender cómo el espacio es defendido por ciertos actores, cómo entran en un juego disputas, o cómo se hace parte de riñas socio políticas en donde algunos terminan ganando, y otros perdiendo, porque no todos pueden ocupar cualquier espacio para vivir, y no todos los espacios otorgan las mismas condiciones de vida para sus habitantes (Oviedo, 2001). Este punto es sumamente importante para efectos de nuestra investigación, puesto que justamente la toma de Esperanza Andina emerge desde una disputa con el Estado, pero también porque ese carácter conflictivo –que a veces implica alianzas o vinculaciones estratégicas- se mantuvo en el tiempo, como lo relatarán los mismos entrevistados.
- Un último elemento de convergencia, dice relación con concebir al espacio, los territorios y la ciudad como un todo, es decir, integrado internamente a un conjunto de relaciones micro y macro. Este último acento está puesto en imprimir fuerza de integralidad a la concepción de espacio que se tiene, intentando escapar de dispositivos intelectuales fragmentarios, o que tiendan a examinar las partes del todo sin atender a sus vinculaciones estratégicas. Así, respecto del espacio y la ciudad, se trata de mantener una visión de conjunto que pueda captar heterogeneidades, diferencias, conflictos, particularidades, y disputas, pero manteniendo siempre la posibilidad de una mirada global.

Es interesante notar que en este empeño por volver a conceptualizar la terminología, se hace pertinente, para estos autores, diferenciar nociones que usualmente se consideran como comodines posibles de intercambiar en cualquier momento. Parte de este esfuerzo ha tenido que ver con especificar la noción de “territorio”, la cual otorga particularidades interesantes para los efectos de esta investigación. En efecto, “territorio” se muestra en los discursos contemporáneos como una noción particular que permitiría explicar un conjunto de procesos que se desplegarían en el marco de las problemáticas urbanas. Indica Gustavo Montañez (2001) que dicha noción intenta llevar a un extremo la dimensión de lo político que ya se encontraba presente en las consideraciones acerca de lo que es el espacio.

Cuando se habla de “territorio” se da cuenta de las relaciones que en dicho espacio se articulan, las cuales a menudo está vinculado con formas tácticas de “dominio” que pueden inscribirse en estrategias de conjunto, y que pueden vehicular acciones de los sujetos. Aquí la noción de “apropiación” es sustancial: cuando se habla de territorio, en específico, se asume que los procesos de conflictos, disputas, enfrentamiento, o alianzas, siempre tienen que ver con el deseo de apropiarse de un “pedazo de tierra”, ya sea real o simbólicamente,.

Es importante indicar que complementamos nuestra perspectiva de la memoria colectiva con los elementos conceptuales acerca de los “espacios” y los “territorios”, que nos entregan los autores ya mencionados. No será a partir de una comprensión de “espacio absoluto” que nos focalizaremos en la toma de Esperanza Andina desde los recuerdos de los entrevistados, sino a partir de una interpretación en que se asuma su carácter dinámico-relacional de ella en tanto territorio, la inevitable incorporación de lo político, es decir, la dimensión de las relaciones de poder que allí se despliegan a partir de las memorias, y una mirada que la comprenda más bien integralmente, asumiendo diferenciaciones internas que la caracterizan, pero sin perder de vista una mirada de conjunto.

## 4. Objetivos de la Investigación

### 4.1. Objetivo General

- Describir y analizar las memorias colectivas de los pobladores de la Esperanza Andina, acerca de la toma de terreno y los procesos sociopolíticos asociados ella.

### 4.2. Objetivos Específicos

- Describir y analizar los contenidos de memoria de la toma y los procesos sociopolíticos asociados a ella.
- Describir y analizar las tensiones y disputas entre las diversas formas de memoria, acerca los procesos sociopolíticos asociados a la toma de terreno.
- Describir y analizar cómo se relacionan los recuerdos de la toma y los procesos sociopolíticos, con las visiones del presente y futuro de la población.

## 5. Marco Metodológico

### 5.1. Enfoque de la investigación

Los procesos vitales, culturales y sociopolíticos por los que han debido transitar los pobladores de Santiago en general, y los de Esperanza Andina en particular, responden a lógicas materiales y simbólicas, elaboradas socio históricamente. Los pobladores han debido vérselas así con el doble juego de vivir las características de la sociedad que habitan, y al mismo tiempo ir las reconstruyendo a través de las interacciones cotidianas que mantienen con los demás, en sus comunidades o en sus barrios, siendo justamente los procesos de hacer memoria uno de los tantos mecanismos relacionales que les posibilita interpretar sus vidas e ir redibujando sus trayectorias.

En sintonía con lo anterior, la presente investigación asume las características de un enfoque metodológico cualitativo, vale decir, una línea de trabajo que tiene por objetivo generar comprensiones e interpretaciones no generalizables de un fenómeno social en particular (Flick, 2007). No se busca, desde aquí, “representar” una realidad que estaría dada en el mundo de manera natural, lo que se persigue es describir y analizar las *construcciones* de la realidad que un conjunto de actores realiza, a propósito de acontecimientos determinados.

En la medida que las ideas de construcción social, comprensión del mundo, interpretación de los procesos relacionales cobran relevancia en nuestra investigación, el objeto, la memoria de los pobladores, comienza a adquirir un estatuto particularmente alejado de aquel que es sostenido en una lógica positivista. De manera reflexiva y siempre flexible, se va estableciendo una relación dialógica entre los procesos investigados y la mirada que los investiga, de modo que, entre ambas, no existe tanto una distancia unidireccional en la acción a conocer, sino más bien relaciones de complemento. Profundizamos en nuestro objeto al mismo tiempo que en la mirada puesta en él.

## 5.2. Técnica Muestral

En coherencia con los objetivos de nuestra investigación y con el enfoque metodológico cualitativo que hemos desarrollado, establecemos que la técnica muestral o tipo de muestreo es “teórico”, tal como lo ha descrito Flick (2007) en sus estudios sobre metodologías cualitativas. Desde el punto de vista de este autor, el muestreo teórico comparte algunos elementos de otros tipos de muestro, y que son indispensables de considerar. Primero, se aleja sustancialmente del horizonte cuantitativo que desea alcanzar una representatividad estadística, para desde ahí establecer generalizaciones desde los casos particulares estudiados. Segundo, es un tipo de muestreo flexible, vale decir, contempla la posibilidad de ir tomando decisiones metodológicas alternativas a las previamente establecidas, de modo que se puedan alcanzar los objetivos propuestos.

En este marco de consideraciones, Flick (2007) indica que el muestreo teórico requiere siempre de un planteamiento conceptual claro en relación al problema de investigación. En este sentido, se ha estableció la muestra que se presenta a continuación, resguardando coherencia con los elementos teóricos que se trabajaron. De este modo, se establece el criterio de inclusión el “haber participado de la toma de terreno” como condición mínima para participar de la investigación, el cual es complementado con un conjunto de criterios que establecen particularidades en términos de la posición que los pobladores ocuparon en el período de la ocupación, tal como se expone en la tabla muestral. La muestra teórica contempló a 10 participantes, distribuidos entre hombres y mujeres, y desde donde se resguardó un criterio de homogeneidad y heterogeneidad.

**Tabla Muestral**

	Criterio	Género	
		Mujer	Hombre
Que haya participado activamente del proceso de toma de terreno	Fue dirigente en el proceso de Toma	1 (E9)	1 (E1)
	No fue dirigente en el proceso de toma	1 (E2)	1 (E3)
	Autodefinido de Izquierda políticamente	1 (E6)	1 (E4)
	Autodefinido de Derecha Políticamente	1 (E7)	1 (E10)
	Autodefinido de centro políticamente	2 (E5) y (E8)	-
	Total de entrevistados por género	10	4
	Total de entrevistados	10	

Es importante indicar que los criterios de homogeneidad y heterogeneidad han sido propuestos contemplando uno de los elementos teóricos fundamentales cuando se trabaja desde un enfoque de memoria colectiva, a saber, que es importante detectar tanto las diferencias y similitudes en lo relatado, toda vez que a partir de esto podemos extraer la riqueza informativa que se busca con la investigación.

Desde ahí, los criterios de heterogeneidad, fundamentados primero en diferencias de posición política (informantes de izquierda, centro y derecha), y segundo, en diferencias de posición respecto a la conducción del proceso de ocupación (dirigente / no dirigente), nos brindó la posibilidad de detectar esas divergencias, semejanzas, imaginarios distanciados, pugnas de interpretación acerca los procesos sociopolíticos que atravesaron la toma, los cuales nos permitieron, a su vez, ir dando cumplimiento tanto a nuestro objetivo general, como a cada uno de los objetivos específicos que nos planteamos. Si bien podríamos haber escogido otros criterios para demarcar la inclusión de los participantes, se optó por los descrito porque eventualmente entregarnos distintas lecturas de los procesos sociopolíticos asociados a la toma de terreno. No obstante, esto no quiere decir que omitamos considerar otros elementos sustanciales relacionados con los mismos entrevistados, pues, como se apreciará en el análisis, muchos elementos que cobran significación no están necesariamente relacionados con la orientación política o condición dirigencial de los entrevistados.

Por último, es importante mencionar que la inserción al territorio de Esperanza Andina, se generó hace 4 años, en el marco de un trabajo de formación académica, que tuve la posibilidad de desarrollar con Jorge Unger. Desde ese entonces, se generaron lazos de confianza con actores claves del territorio, quienes luego me fueron acercando a hombres y mujeres cuyas características coincidían con las necesarias para llevar a cabo el estudio. En este contexto, dos de las entrevistadas fueron claves para que pudiera dar con la mayoría de las participantes, quienes me acompañaron en el primer contacto con ellos.

### 5.3. Técnicas de producción de la información

Como hemos indicado, el objetivo de esta investigación es conocer las memorias que construyen los pobladores de Esperanza Andina, acerca de la toma de terreno y los procesos sociopolíticos asociados a ella.

En este escenario, se ha optado por la implementación de entrevistas semi estructuradas, pues permiten generar un diálogo en que el entrevistado se siente con libertad para narrar su experiencia acerca de lo que nos interesa trabajar (Flick, 2007). A través de este dialogo cara a cara, se produjo una cantidad de material informativo rico en contenido y profundidad, vale decir, que efectivamente contuvo los elementos necesarios para análisis hacer memoria acerca de un objeto o acontecimiento social: una material lingüístico cargado de afectividad, experiencia, valoraciones, posicionamiento, que dieron cuenta de los marcos de referencias de los actores entrevistados, acerca de la toma de terreno y los procesos sociopolíticos implicados en ella.

Una de las características más importantes de esta técnica, es que contempló la posibilidad de generar un guion temático que permite organizar las dimensiones por los que transitó el relato del entrevistado. Este guión mantuvo un equilibrio entre la posibilidad de escuchar sin interrupciones indebidas, y la posibilidad de abarcar profundamente los elementos que la investigación persiguió. Este guión jugó con preguntas que fueron desde lo más superficial, a lo más profundo, desde lo más general a lo más particular, desde lo más informativo a lo más interpretativo.

Se realizó una sesión por cada entrevista, cuya duración aproximada fue de una hora y media. Todas las entrevistas se realizaron en la casa de los pobladores, y fueron gravadas y transcritas para el posterior análisis. A cada uno de los entrevistados se les explicó el sentido de la investigación, sus objetivos, y se les solicitó firmar un consentimiento informado en que se aclaró la confidencialidad del relato.

#### 5.4. Análisis cualitativo de la información.

Para efectos del tratamiento analítico de la información producida se trabajó con Análisis de Contenido, vale decir, un tipo de estrategia en el cual lo que se pone en juego son las construcciones simbólicas que actores determinados realizan acerca de un fenómeno social.

En efecto, el Análisis de Contenido es uno de las tantas formas de llevar a cabo el análisis de datos desde el punto de vista cualitativo (Flick, 2007), y siendo tal vez el más clásico de ellos, mantiene a la base una serie de elementos que nos permitirán alcanzar los objetivos que nos hemos propuestos.

Este tipo de técnica considera sustancialmente la dimensión *inductiva* de todo trabajo de investigación que se realice desde un enfoque cualitativo, dejándose sorprender por la realidad social de los actores entrevistados que es expresada en los relatos. A través de este tipo de análisis, será posible acceder no solamente al contenido semántico manifiesto en las narraciones de los actores de la población Esperanza Andina, sino sobre todo, a aquellos elementos latentes inscritos en él. Este último elemento reviste bastante importancia para nosotros en la medida que al interior de este espacio subyacente, latente, circulan elementos que son del orden del significado y el sentido de lo dicho a propósito de ciertos asuntos de particular interés para la investigación. De este modo, las memorias de los pobladores acerca de la toma de terreno y los procesos sociopolíticos asociados a ella, será analizada e interpretará, siguiendo el siguiente esquema.

En primer lugar, se procedió a transcribir el junto de entrevistas comprometidas en la investigación, de modo de generar un primer cuerpo textual. Luego, se revisaron las transcripciones para efectos de generar conceptualizaciones: se otorgaron nombres que permitieron ir agrupando contenidos similares, que posteriormente facilitó el trabajo de comparación. Las unidades fueron agrupadas, posteriormente, en un conjunto de tópicos que ordenará la información. Finalmente se procederá a construir categorías de análisis emergentes, las que serán complementadas con ciertas categorías a priori que vienen dadas desde los mismos objetivos específicos de la investigación.



En un primer momento, el trabajo de análisis fue eminentemente descriptivo, pero luego, gracias a las categorías construidas, proceder a desarrollar una interpretación cada vez más abstracta del material producido a través de las entrevistas. Este camino de interpretación dio origen a la construcción de capítulos y subtemas de acuerdo a cómo se fueron agrupando los contenidos.

### 5.5. Consideraciones éticas

Es importante indicar que la presente investigación mantendrá el resguardo ético de informar a cada uno de los participantes el conjunto de objetivos que se persiguen, así como los procedimientos que se articularán para efectos de conseguirlos.

Por otro lado, se comunicará a cada actor convocado que es libre de aceptar participar de la investigación, de modo de asegurar un clima en que la disposición al trabajo sea estrictamente voluntaria.

Al mismo tiempo, se ha decidido guardar absoluta confidencialidad de las identidades de los participantes a los que se entrevistarán, procurando no indicar sus nombres en el texto de la investigación. Todo lo anterior, se encontró estipulado en un consentimiento informado de acceso a participar de la investigación.

## **Segunda Parte**

## 6. Resultados

### Antes de la toma...

#### 6.1. Situación de vida como allegados.

##### 6.1.1. Las duras condiciones de vida como allegados.

En general, los pobladores entrevistados recuerdan haber compartido la misma forma de vida que sus compañeros de ruta, vale decir, vivir de allegados, como lo experimentarían tantas familias de sectores populares en la historia de la ciudad de Santiago (de Ramón, 2007). La condición de allegado implicó que sus familiares de origen funcionaran de soporte para que los pobladores pudiesen desarrollar las actividades cotidianas bajo un techo. En algunos casos eran los padres los que facilitaron el espacio aludido, pero en otras ocasiones fueron amigos quienes solidariamente brindaron ese lugar de vital importancia, más para la subsistencia que para un buen habitar, tal como lo relatan dos entrevistados.

*“(...) allegados, siempre allegados detrás de las casa de los familiares, uno por ejemplo, yo estaba con mi hermano, mi hermano, el arrendaba y yo vivía en una pieza que él tenía en el mismo terreno atrás, pero también era allegado” (E3).*

*“(...) o sea arrendábamos nosotros en la casa de un cuñado, teníamos una pieza bien chiquitita, como te decía, eran tiempos súper difíciles, la época de los 80” (E4).*

Si bien aquel “sitio de atrás” permitió a las familias sobrellevar sus vidas por un tiempo, no es menos cierto que tal condición de allegamiento se sostuvo a menudo por la necesidad de “tener” un lugar seguro donde pasar cada noche, aunque el recuerdo de esa forma de vida actualice elementos profundamente negativos. Se recuerdan los días de allegados como la experimentación de una importante pobreza material, en donde las cuestiones más nimias de la vida diaria eran muy difíciles de desarrollar. Una de las entrevistadas recuerda vivir en un espacio pequeño, en donde pelear por un baño era cuestión de todos los días: *“(...) ponte tu que a veces ocupaban el baño y los retaban, que se querían bañar. Eso, la necesidad era demasiado grande (...)” (E3).*

La entrevistada hace memoria acerca del reto que se llevaron, más de una vez, sus hijos cuando querían ocupar el baño, el que operó como signo de la situación delicada en la que se encontraban. Es que en tal condición, el lugar de residencia no les pertenecía, y a pesar de la buena voluntad de sus familiares o cercanos, estas familias se presentaban como verdaderos “extranjeros” en un espacio de familiares. A esos malestares cotidianos se agregaban otros más complejos vinculados con esa misma situación de tener que vivir en un espacio impropio, y por lo tanto, incómodo: la pobreza y la violencia que se suscitaba el no poder establecer relaciones saludables con quienes se compartía el terreno, porque llegaba un momento, según se recuerda, en que el habitante de al lado se transforma en un estorbo: no era más que una molestia para el convivir.

*“(...) yo vivía atrás de mis suegros, mis hijos no pueden entrar al baño, tenemos que hacer en un tarro, mi esposo me pega, me tengo que quedar callada porque vivo con mis suegros y no tengo donde irme, mis hijos no pueden comer o le sacan pica, van al baño delante y ellos están comiendo y lo echan, es triste” (E7).*

La rememoración de esta violencia se muestra con toda su crudeza: tener que hacer las necesidades básicas en un tarro, recibir golpes de parte de tu pareja, tener que omitir la palabra por el temor a ser expulsada del terreno de sus suegros, y no tener donde partir como alternativa, fueron algunos de los elementos reconocidos por otra entrevistada, con tristeza.

Lo cierto, es que no son relaciones de solidaridad las que rememoran las entrevistadas en su experiencia como allegadas, sino formas relacionales en que lo más habitual es recordar un mal vivir en el sitio facilitado. Como si el reverso de proporcionar un techo, aunque sea precario, no pudiera sintonizarse con una convivencia adecuada, basada en el respeto y en las posibilidades de desarrollo subjetivo para todos. En ese sentido las memorias de las entrevistadas releva la degradación de vivir “en” el sitio de otro, más que vivir en un lugar “con” otros, indicándonos que la ocupación del lugar presentaba más la forma del forastero que del habitante.

Es importante la diferencia de relato que marca la última de las entrevistadas respecto de la caracterización acerca de su vivir como allegada; ella, a diferencias de los primeros, indica una

situación compleja que la atraviesa de dos maneras: primero, aunque sin explicitarlo, por su condición de mujer, desde donde se aprecia un lamento por haber recibido violencia tanto de parte de su pareja como desde sus suegros, situación que hacía el pasar ingrato y penoso; pero también como madre de dos niños, lugar que le hace interpretar con tristeza el recuerdo de esos momentos.

Sin embargo, estos elementos nos pueden dar luces comprensivas del por qué a pesar de la presencia de estas acciones de violencia ella aguanta seguir viviendo como allegada, hasta la organización de la toma. Podría interpretarse que el lugar de madre que ocupó la entrevistada le hizo resistir a tales relaciones sobre todo porque proveía condiciones de subsistencia para su familia, sobre todo para sus hijos. En este punto lo indicado por la entrevistada concuerda con lo mencionado por otra, quien argumenta que es sobre todo por necesidad que todo ello se aguantó.

Como apreciaremos más adelante, esa resistencia sobre la base de subsistir que nos informan las entrevistadas, a pesar de la violencia, se fue progresivamente desnaturalizándose conforme la organización de la toma avanzó, produciéndose una disputa por grados importantes de autonomía en mujeres que reconocen haber desarrollado sus vidas el marco de una constante dependencia.

### **6.1.2. Organización de los comités de allegados, previo a la toma**

Posiblemente las condiciones experimentadas por los pobladores como allegados llegaron a un límite, cuando corría la década de los 80', casi al finalizar el período de dictadura militar de Augusto Pinochet, lo cual provocó un despertar organizativo que llevó a las familias a formar lo que durante la época se denominó “comités de allegados”.

Los “comités” fueron una suerte de dispositivos de agrupación de familias que, cansados de vivir en situación de importante precariedad, se articularon en torno de la posibilidad efectiva de obtener una vivienda, confiados en que dicha organización facilitaría el proceso. El relato de los pobladores entrevistados acerca del recuerdo del tiempo de vida como allegado enfatiza esa forma de organización que se dieron, como se enuncia en el extracto siguiente:

*“Nosotros empezamos, la toma en sí empezó el 19 de Julio, el 19 de Julio se hizo la toma física, pero el proceso de organización tú tienes unos 3, 4 meses antes, porque había que organizar (...) primero tú tienes que organizar los comités y cada comité se componía de 50 familias, imagínate la idea de 100 familias y si tu sacas eran 20 comités que habían que hacer de 50 familias” (E4).*

Como se mencionó, una importante confianza acerca de la posibilidad real de salir del estado de allegamiento albergaba aun por esas fechas a los pobladores, seguridad personal en ellos mismos, seguridad en el colectivo organizado, pero, por otro lado, confianza también en una institucionalidad estatal que se había comprometido con los pobladores para ayudarles en el cometido. El objetivo del trabajo de los comités aun no decía relación con articular una ocupación de terreno, muy por el contrario, estaba anclado al ánimo por identificar y convocar a un conjunto de personas que se encontraban en situación de allegados, para efectos de entrar en el circuito regular e institucionalizado de obtención de vivienda social. Recuerda uno de los entrevistados que los dirigentes de la época:

*“(...) decidieron hacer otros comités, porque hubo una persona que trabajaba en el Ministerio de Vivienda en ese tiempo, y ofrecía unos subsidios que habían y le dijo a la Olga que organizara” (E6).*

En ese marco de consideraciones, el Estado aun era visualizado como una entidad que facilitaría el proceso de obtención de vivienda a los pobladores, como un actor que brindaría posibilidades para que éstos logren salir de su precaria situación. Es importante hacer mención que el Estado hasta la actualidad es situado como un “referente de memoria”, que articula un sentido bastante particular para nuestros entrevistados. Éste no es apreciado como enemigo o contrincante respecto de las iniciativas de los pobladores, sino más bien como un ente colaborativo en la cual debían apoyarse. Este elemento es importante en términos interpretativo puesto que nos permite visualizar la distancia existente estos comités y los movimientos generados en otros períodos, los cuales situaron al Estado como aquello que había que atacar frontalmente (Álvarez, 1988).

Es interesante notar que quienes rememoran con más fuerza este proceso de organización en los comités, no son actores que hayan estado a cargo de la conducción del proceso, se trata más bien

de pobladores que no ocuparon lugares de dirigencia. Y, a diferencia de ellos, quienes mantuvieron una relación de conducción, no se pronuncian en el sentido de rescatar el papel del Estado como entidad colaborativa. El caso de la entrevista 6 es importante de analizar, dado que si bien ella no operó como dirigente del proceso durante la toma, hoy en día realiza labores de organización social, ocupando el lugar de la presidencia de la junta de vecinos. Es posible plantear que su relato de memoria acerca del papel jugado por el Estado previo a la toma, esté asociado a su presente, desde donde ella misma debe muchas veces depositar confianza en la institucionalidad para gestionar elementos de desarrollo para la población. El entrevistado 4, por su parte, es uno de quienes relatan la importancia que tuvieron algunos políticos formales durante el proceso de la toma, como Ricardo Lagos, por ejemplo, quien es recordado por él como un personaje que cumplió con lo prometido para el campamento.

Más allá de estar de acuerdo o no con el contenido de lo recordado por los entrevistados, es importante detenerse en el sentido que engloba estos recuerdos, los que coloca como referente de memoria al aparato estatal a la hora de actualizar la razón de ser de los comités de allegados, y a la organización de los comités como signos de una organización insipiente pero indispensable para pelear por lo que se estaba luchando.

### **6.1.3. La fuerza Intercomunal**

Parte del trabajo que realizaron las personas que se encontraban liderando estos procesos de conformación de los comités de allegados, tuvo que ver con la articulación de colectividades más amplias, integrando a pobladores y familias de sectores aledaños que compartían la misma situación de vida. La necesidad de expansión venía dada, en lo fundamental, porque en conversaciones iniciales con el Estado, particularmente con el SERVIU del período, se indicó que era necesario contar con una cantidad determinada de familias para poder participar de la lógica del subsidio a la vivienda social, sin la cual sería muy difícil poder ayudarlos.

Se denominó “intercomunal de allegados” a los comités formados en distintos lugares de Santiago. Específicamente, las familias que se integraron a esta organización de pobladores

provenía de los comités: *“La Cumbre, Galvarino, Nueva Esperanza, Plan B, La Araucaria, Nuevo Amanecer”* (E1), o de lo Herminda, la Villa el Cobre, las Faenas, etc. En ese sentido, los entrevistados rescatan que proceso de organización previa a la toma no fuera construido sólo sobre la base de pobladores habitantes de la comuna, sino con la fuerza conjunta tanto de familias que vivían al interior de Peñalolén, como de aquellas que llegaban de otros lugares, y que compartían necesidades sentidas.

Ahora bien, en el hacer memoria acerca de este proceso, uno de los entrevistados recuerda que el derrotero de organización llevado a cabo no fue color de rosa, en el sentido de que el Estado les hizo una mala jugada al informar que hubo un error en la cantidad de cupos disponibles para el subsidio de los pobladores. La noticia indicaba eran muchos menos que los cupos comprometidos inicialmente: *“Después que tenía todos los comités juntos, listos, los presenta a SERVIU y el SERVIU dice no, me equivoque, no eran 1000, eran 700 no más”* (E3).

Desde aquí, la confianza depositada por los pobladores en la institucionalidad fue respondida por el Estado de forma lamentable, según se recuerda, echando por la borda tanto la iniciativa de articulación colectiva organizada en los comités, como la posibilidad del acceso a la vivienda. Sin embargo, lo que queremos enfatizar aquí es que el proceso de constitución de la intercomunal de allegados permitió profundizar lazos colectivos que ya se venían formando desde que los comités de Peñalolén se habían construidos, logrando elementos básicos pero sustanciales para lo que vendría posteriormente con la toma. Efectivamente, lo se produjo con esta acción de entrelazamiento de fuerzas es el despliegue de conversaciones acerca de lo que muchos hombres y mujeres estaban viviendo, logrando recrear lugares en que compartir experiencias que potenciaría luego la iniciativa de ocupación. Interpreto que la creación de la intercomunal de allegados propició comenzar a desarrollar una mirada mucho más global acerca del problema de la vivienda, situándolo como problema más generalizado que sólo a pobladores de la comuna de Peñalolén.



## 6.2. Prácticas de solidaridad entre pobladores, antes de la toma.

Uno de los elementos transversalmente reconocidos por los entrevistados respecto de lo acontecido antes de la toma, remite a las prácticas de solidaridad que desarrollaron las familias, desde los primeros procesos de organización colectiva. En ese escenario, dos entrevistados recuerdan un conjunto acciones solidarias que se articularon entre los pobladores, antes de la ocupación. Estas prácticas tuvieron que ver con el resguardo tanto de los pobladores como del plan desarrollado de ocupación. En efecto, como las familias se habían agrupado en un comité intercomunal, no todas las personas vivían cerca del sector escogido por la dirigencia para la toma, razón por la cual podían levantar mucha más sospecha en un eventual traslado desde la comuna de origen hacia Peñalolén. De este modo, la dirigencia, que sí era de la misma comuna, incluso de sectores muy cercanos al sitio, habla con un conjunto de vecinos aledaños al sector, solicitando la posibilidad que los alojaran una o dos noches al interior de sus casas:

*“Claro, nos faltaba la gente que venía de abajo, de Lo Hermida, entonces la gente de la villa Esmeralda, como son gente de toma no pusieron ningún obstáculo, entonces ya cada poblador de la villa Esmeralda se hizo cargo de una familia” (E1).*

La idea era que cada vecino de Villa Esmeralda acogiera a un poblador en su casa, de modo que llegado el momento, la arremetida hacia el territorio pasara totalmente desapercibida. Es muy probable que dicha práctica de solidaridad se haya articulado por una razón muy simple pero sustancial: los vecinos del sector habían configurado su propia población también desde una experiencia de toma, por lo tanto sabían perfectamente qué era lo que se les venía por delante a quienes solicitaban el apoyo. De hecho, como lo hemos indicado anteriormente, el mismo entrevistado que da cuenta de esta práctica de solidaridad hace notar que “como son gente de toma no pondrían ningún problema para su recibimiento”. El lugar ocupado por el dirigente que comparte su experiencia es en este sentido importante: su familia había participado de una ocupación en la misma Villa Esmeralda, por lo que su recuerdo hace muy patente ese proceso de respaldo, vinculando al mismo tiempo la experiencia de su familia de origen con la suya respecto de la toma, y haciendo que en esa conexión emerjan elementos de sentidos tanto a la toma que él emprendió, como a la de sus propios familiares.

Se entrevisté así una suerte de identificación en la necesidad de apoyar en ese cometido a los pobladores de la intercomunal, identificación que seguramente rememora lo que aquellos vecinos vivieron en su respectiva toma de terrenos. De este modo recuerdan los entrevistados que vecinos del sector se transformaron en apoyos importantísimos para poder ocupar el territorio, abriendo las puertas de su casa para alojar a quienes incluso no conocían.

Por otro lado, los pobladores recibieron una importante ayuda de personajes ligados a la dirigencia de los comités, que ya habían hecho una ocupación anterior, en un sitio aledaño -más hacia la cordillera- llamado la Coordinadora. Estos pobladores habían levantado sus medias aguas en ese espacio, y estaban completamente instalados allí. Rememoran los entrevistados que gente de la coordinadora también abrió las puertas de sus hogares para que las familias de la intercomunal pudieran quedarse en sus viviendas las noches anteriores a la toma:

*“(...) arriba había una parte que se llamaba la coordinadora, que ellos eran dueños de esos terrenos, y ellos como que nos acogieron a nosotros... ya quédense aquí, de aquí no los pueden sacar” (E2).*

En ese marco de consideraciones, podemos indicar que si bien la mayoría de los entrevistados aluden a estas prácticas de solidaridad como un elemento sustancial, no es el mismo sentido el que se reconoce en ellos, diferenciándose significados según quién recuerda. Para la entrevistada 2, por ejemplo, esa acción parece estar más bien vinculada a un proceso de caridad (nos acogieron), mientras que para el entrevistado 1 esta acción es vinculada a una historia de identificación sociopolítica que habla de otros procesos de toma, como lo es el de su propia familia, o la de él en procesos anteriores. En ambos casos lo que se actualiza es un apoyo por parte de vecinos, una solidaridad importante, sin embargo, el sentido atribuido en cada caso difiere importantemente. Para el dirigente, hay todo un componente político en esa práctica indispensable para materializar la ocupación, mientras para la segunda informante, ésta se aprecia más bien en una interpretación en que lo político no es evidente, pero sí lo afectivo, en la medida que la dimensión de la acogida es enfatizada. No es que en el entrevistado 1 lo afectivo no se haga presente, sin embargo, este recalca mucho más una visión politizada del apoyo, lo cual está ausente en la interpretación de la otra participante.

### 6.3. Objetivos y determinaciones de los pobladores para realizar la toma

#### 6.3.1. Determinación de los pobladores para realizar y sostener la toma

Como se sostuvo en el apartado anterior, el recuerdo de los pobladores entrevistados acerca del período previo a la toma de terreno estuvo asociado a los procesos de participación activa en los comités de allegados, y a la decepción generada por el gobierno de la época al no cumplir la promesa de entregar los cupos necesarios para que las familias pudiesen obtener una vivienda. En este escenario, los dirigentes de los comités, más unos pocos pobladores, decidieron articularse en torno a la determinación de hacer una toma de terreno.

La noche del 18 de Junio del año 1992 la dirigencia decide dar curso a la toma. Los encargados de conducir el proceso comenzaron a congregarse para convocar a los pobladores de los comités, y a los diferentes delegados que había en cada uno de ellos, de modo tal de configurar todo lo necesario para que las familias llegaran durante la madrugada al sitio de Peñalolén, en donde hoy se ubica la Esperanza Andina. Así lo recuerda una de las entrevistadas:

*“(...) un día dijeron ya, el día 19 de junio se hace la toma, planeamos el día 18, muchos comités se tuvieron que venir. La Galvarino, San Luis, o sea la villa El Cobre, La Nueva Amanecer (...)” (E6).*

Familias de todas las comunas participantes salieron con unas cuantas frazadas y carpas en dirección del espacio indicado. Ya no había tiempo para arrepentirse, pues la decisión estaba tomada. Ahora bien, los recuerdos y sensaciones acerca de momento de la toma son múltiples y heterogéneos, dependiendo del entrevistado que se trate; unos visualizan el momento como “hermoso”, mientras otros los recuerdan vinculados a una suerte de “temor” por lo que podría suceder:

*“Para mí fue lo más hermoso, (...) ver a la gente, bueno ya estábamos primero aquí, es la gente como entraba, con carros, con carpas, con cabros chicos corriendo (...), fue lo más bonito, o sea lo más hermoso de Esperanza Andina” (E1).*

*“De todo, miedo, igual fue estas ganas de tener por lo que habíamos luchado, porque ya, una toma significaba tomarse el terreno y vivir ahí, independiente que fuera de uno, que no tuvieras que estar pagando tanto como de arriendo” (E2).*

*“A mi causó terror porque yo tenía a mi guagua que ahora tiene 23 años, cumplía años junto con la toma; y terror, terror, terror porque estaban los pacos donde íbamos a llegar, no había baño, no había nada, ni agua, nada (...) (E8).*

Sensaciones múltiples vinculadas a los sentidos de la belleza, la hermosura, el miedo, el terror, la independencia, la adrenalina, son las que se vehiculan con la toma de terreno, hoy cuando ya pasaron algunos años desde aquel momento. La belleza de pensarse esa mañana de invierno en lo que podrían ser sus propias tierras, su propio hábitat. La hermosura de imaginar por un instante que la posibilidad de tener una vivienda donde poder estar en tranquilidad con tu familia podía ser cierta, y todo cruzado por una adrenalina que no era si no un signo del proyectar una vida diferente. Pero también, por otro lado, el recuerdo se asocia a la sensación de temor, de susto, al visualizar que la instancia de ocupación de terreno podía durar tan sólo lo que dura el momento de la iniciativa, ante un eventual desalojo violento, como en tantos otros momentos había ocurrido (Rodríguez, 2012).

Es seguramente la historia familiar del dirigente que, como veremos, ya había realizado una toma anterior, lo que le hace recordar el momento asociado a elementos de “hermosura”, tal vez recordando que ese día para él actualizó aspectos relacionados con su propia biografía. El énfasis en que ese día fue lo más “bonito” reafirma su propia posición como conductor del proceso, desde donde se mantiene una seguridad importante por lo realizado sobre la base de una determinación irrenunciable. Pero por otro lado, respecto de las entrevistadas 2 y 8, esa inseguridad con la que se evoca el momento de la toma, rememora en realidad el lugar que les tocó ocupar por ese entonces, mujeres con hijos y con un marido cuya presencia estaba marcada por la necesidad de trabajar, fuera del campamento. Seguramente para ellas el “miedo” y el “terror” haya tenido que ver con el verse enfrentadas solas (sin su pareja en muchos casos) a los momentos negativos que surgirán con la iniciativa, y a la incertidumbre del porvenir. Así nos relata un entrevistado el conflicto que se generó entre él y su pareja cuando éste le indica a ella que estaba de acuerdo con la iniciativa, pero que por razones de trabajo, no podrá quedarse en el

campamento las primeras noches. *“Me dijo: pero como me voy a ir sola, que aquí y allá, que tu sabes que ahí llega cualquier cantidad de gente que uno no conoce”* (E10).

### **6.3.2. Objetivo de los pobladores para realizar la toma**

La determinación de los pobladores para la realización de la ocupación de terreno, enlazada a las posibilidades concretas de salir del allegamiento, tuvo una traducción aun más específica, marcada por el horizonte de obtener un terreno y una casa propia. En este punto, los pobladores vuelven a establecer un criterio común que hoy continúa dando sentido a la ocupación.

Nada cobró más relevancia para estas familias, según de recuerda, que luchar por el objetivo de configurar un estar en el mundo en una estructura territorial propia, y en una vivienda que les perteneciera. De la siguiente manera se articulan los testimonios de dos entrevistadas que dan cuenta de lo anterior:

*“(…) Luchar por una casa, por un terreno, una casa que fuera de uno, que saliéramos de la pobreza, que lucháramos por algo que el día de mañana fuera de nosotros”* (E2).

*“No, no, el tema fue siempre llegar hasta el final, y el final era con la construcción de las casas. Siempre pensamos en la toma pero de aquí no nos movían nunca más, nosotros llegábamos a la toma, nos instalábamos y nos quedábamos para siempre con casa, esa fue siempre la finalidad de la toma”* (E6).

La toma de terreno del día 19 de junio del año 1992 se sostuvo a partir de la determinación y objetivo antes mencionados. Si éstos fueron siempre tan claros, esto tuvo que ver con la posición ocupada por los pobladores en el entramado social de la ciudad, y su situación de existencia, marcada siempre por el hecho de ocupar lugares de exclusión, como en general ha ocurrido con los sectores populares (Wacquant, 2007). Se trató de familias marginadas en el sentido de no poder participar de las dinámicas de la sociedad, sino estando al margen de ella (Martín-Baró, 2014).

Desde aquí, interpretamos que el objetivo de la toma tuvo que ver mayoritariamente con generar una integración de los pobladores en la sociedad, sobre la base del derecho a la vivienda, y a un territorio. Dicha integración está asociada a la idea de “apropiación”, y las posibilidades que ella otorga para salir de la pobreza. Luchar por “tener algo que el día de mañana fuera nuestro” fue equivalente, para una de las entrevistas, de disputar una batalla salir de la pobreza, y comenzar a vivir sobre la base de esa dimensión de lo propio que traería rendimientos no solo para ella, sino para toda su familia.

Es interesante, sin embargo, el matiz que coloca la entrevistada número 2, quien además de enfatizar la necesidad de obtener una vivienda y asumir ello como el objetivo de la toma, también refiere al “terreno” como un elemento más general pero con mucha significación, permitiéndonos comprender que lo que se disputó para ella fue también un asunto más general y más complejo que la sola vivienda.

Podríamos pensar que siempre se trató de articular las fuerzas organizativas para obtener una vivienda, pero además un terreno que diera posibilidad a la construcción de espacios compartidos. Desde aquí, la incorporación del “terreno” al interior de esta disputa, nos hace pensar que los objetivos perseguidos fueron más allá de la vivienda como “propiedad”, y que lo que se buscó también fue generar procesos de hábitat colectivos con un fuerte sentido territorial (Montañez, 2001).

De esta forma se cuele en la entrevistada una relación importante indicada por los autores contemporáneos sobre la problemática urbana, desde donde la lucha por el “territorio” atraviesa la disputa por la vivienda. Si bien lo principal, según lo recordado, fue luchar por una casa, vale decir, por el espacio de lo privado, es importante hacer mención que la cuestión de lo público, recordado con el nombre de “terreno”, tensiona este hecho. Como veremos más adelante, a medida que la toma avanzó, lo “territorial” irá cobrando cada vez más preponderancia y presencia en los relatos de memoria.

## 6.4. La dimensión táctica de las prácticas de los pobladores, en el período inicial de la toma.

### 6.4.1. Mantener la iniciativa de la toma en secreto

El resguardo del silencio acerca de la realización de la toma, en su momento previo, operó como lugar común en el decir de los entrevistados, el cual fue significado como un elemento táctico que posibilitó llegar a la ocupación del terreno.

La situación de incumplimiento por parte del Estado respecto de los cupos para optar a vivienda social no solamente dejó mal situado al gobierno, que justamente daba un pie atrás respecto de la política de reducción del déficit habitacional que venía desarrollando desde la dictadura miliar en adelante (Sugranyes, 2010), sino que también dejaba en mal pie a los dirigentes del proceso.

Lo interesante de lo sucedido por esos momentos, es que los entrevistados concuerdan en al menos tres aspectos de importancia: en primer lugar, que producto de la negativa del Estado de entregar subsidios, los dirigentes rápidamente llegan a la conclusión de que hay que emprender acciones de presión más radicales que la simple negociación con el Estado, siendo la toma de terreno una de ellas; en segundo lugar, que se decide que a los pobladores no había que decirles nada respecto del fracaso de las conversaciones con el gobierno, porque comunicar y difundir tal noticia podría operar una suerte de fractura del movimiento; y, en tercer lugar, que una vez tomada la decisión de la toma todo debía quedar en el más absoluto secreto, al menos por un tiempo prudente. Es sobre todo en el contexto del último de los puntos mencionados que los pobladores eluden a esta dimensión del “secreto”.

*“Si, el día, esa noche fue, haber, llegaron, nos dijeron, el ultimo día nos dijeron donde (...), para que no se filtrara, porque (...) no faltaba el que hablaba y llegaban siempre los carabineros antes que nosotros, entonces, el día, el ultimo día, dijeron ya, hay que irse para tal y tal lado” (E3).*

*“Entonces llega, nos metimos en el comité, empezamos a trabajar, a organizarse, qué es lo que se tenía que hacer, esto entre comillas era una particularidad totalmente secreta, o sea, nadie podía filtrar lo que se conversaba en la reunión, y la persona que filtraba, ni siquiera los maridos de las mujeres, ni las mujeres a los maridos, eran tan reservada las reuniones que cualquier filtración de la información la persona era expulsada inmediatamente del comité, me entiendes, porque tienes que entender que nosotros teníamos la confidencialidad” (E4).*

Es interesante detectar que el recuerdo acerca de los meses preliminares a la ocupación de terreno siempre estuvo relacionado con esa ambivalencia entre no decir nada o comentar sólo a algunos de la iniciativa, ambivalencia la cual que surgía tanto desde los pobladores como de los dirigentes. De un lado, los pobladores aguantando una situación de espera importante en torno de las decisiones que podía tomar el gobierno respecto de la entrega de subsidios, pero de otro lado, los dirigentes, quienes debieron sostener el secreto hasta el último momento el trabajo organizativo a pesar que ya tenían una respuesta negativa del gobierno.

En ese sentido los pobladores recalcan que la dimensión del secreto llegó así hasta el último momento, al punto incluso que el recuerdo de una de las entrevistadas indica que siempre pensó que al terreno al que se llegó el día de la toma, era en realidad un terreno prestado, y no uno que estuviera siendo ocupado irregularmente.

*“(...) porque del comité nos dijeron que teníamos que tener, no me acuerdo cerca de 60 mil pesos para que nos viniéramos a este terreno, porque nos iba a costar algo así, y teníamos que tener 60 mil pesos para entrar al comité, y de ahí veníamos a un terreno, que supuestamente estaba prestado, por así decirlo, pero era cuento del comité no más, porque en realidad era una toma (...)” (E2).*

Lo interesante de analizar este elemento sobre el “secreto” como operación utilizada sobre todo por la dirigencia, es lo que se esconde tras él y lo que se produce: el secreto “oculta” al mismo tiempo se que “deja ver”. La importancia del “secreto” para la dirigencia del momento, tal vez estuvo en que justamente contiene un potencial de fuerza capaz de preparar las condiciones mínimas para la toma, de ahí su eficacia: no mostrar y hacer público sino sólo aquello que



posteriormente le servirá para su cometido, como si se tratara con él de emprender acciones desde las sombras.

Esta maniobra la interpreto más bien por el lado de lo que produce: la reserva de la medida tiene que ver con resguardar el colectivo, la iniciativa, y también e los dirigentes. Seguramente que la confianza de los pobladores en el Estado no hacía completamente viable un proceso de toma de terreno, y por lo tanto su difusión anticipada, aun cuando las familias estaban cansadas de esperar una respuesta positiva respecto de la entrega de los subsidios. El secreto, así, bien pudo haber sido una táctica implementada para que las fuerzas de organización no decayeran frente al conocimiento del peor escenario. Por otro lado, enunciar la acción de la toma, bien podría haber traído consecuencias de deslegitimación de la dirigencia de los comités, por no haber alcanzado buenas negociaciones con el gobierno de la época.

De lo dicho anteriormente se desprende que si bien la dirigencia marcaba la ruta respecto de las acciones desarrolladas, podemos pensar que de todos modos conducción del proceso era siempre frágil en el contexto socio político de la década del 90, en el cual tomar la decisión de ocupar irregularmente el terreno, despertaba miedos de todo tipo, sobre todo para pobladores que tenían como referente al Estado, entendido como facilitador de movilidad social.

#### **6.4.2. Burlar a las autoridades**

Un segundo elemento táctico tuvo que ver con generar las condiciones para que las familias pudiesen llegar al terreno, de modo tal que nadie se diera cuenta. Como se recuerda, cualquier paso en falso podía provocar que las fuerzas policiales interceptaran a los pobladores, y les impidieran ingresar al territorio. Rememora un entrevistado que para evitar esto se ideó una maniobra para despistar a todo el mundo, pero sobre todo a los personeros municipales que, al parecer, ya se habían enterado que vendría la ocupación del terreno, a pesar del “secreto”. La maniobra fue inesperada: se tomó la decisión de que un grupo de pobladores se dirigiese hacia la municipalidad con el fin de ocuparlo, desviando toda atención que pudiera estar focalizada en el terreno baldío que ocuparían esa noche.

*“(…) y ahí uno, no me acuerdo si fue el José Luis o la Olga quien dice, si traemos gente de allá de Las Torres para acá, mandémosle al choque, a esa gente al sacrificio, ¿cómo? Que se vengan en los buses con los cabros chicos, que se bajen en la muni y se toman la muni., y como detrás de la muni había un peladero, a donde construyeron el juzgado, había un peladero ahí, que se tomen la muni, ¿vamos a sacrificar que, a 400 familias? Sacrificar entre comillas porque igual se volvían para acá” (E1).*

Notamos que el recuerdo actualizado por este poblador está atravesado por la dimensión del “sacrificio”, desde donde cobraba sentido que unos pocos vayan “al choque” encaminados hacia la municipalidad, y otros en directamente hacia la toma. Esta dimensión del “sacrificio” siempre operó bajo la consideración de una causa mayor, que era la ocupación de terreno, como si se tratase de una suerte de ofrenda hacia la colectividad: unos pobladores ofrenden la posibilidad de burlar a las autoridades por los beneficios que esto traerá al colectivo. Y así fue: los dirigentes agenciaron las comunicaciones necesarias para que un grupo de pobladores llegaran la mañana del 19 de junio a la municipalidad, permitiendo que los demás compañeros ingresaran al terreno sin muchas dificultades.

*“Esto ya eran, faltaban 10 para las 7, tenían que entrar a las 7 justo allá a la muni, porque era el plazo ya definitivo para nosotros, y nosotros veníamos 5 para las 7 y los pacos aquí, caleta de pacos, y esto fue tan, pero fue un relojito, fue a las 7, 7:01 minuto se toma la municipalidad de Peñalolén y salen los pacos de vuelo y nosotros desbordamos todo para acá adentro, por los pasajes, tu veías de acá para arriba por todos los pasajes entrando gente, porque era lo que veníamos todos en la esquina, (...) entramos a este terreno” (E1).*

Ya ocupado el terreno las autoridades no podían comprender cómo se llegó a este tipo de acciones en un momento totalmente extemporáneo de las ocupaciones, y sobre todo, cuando el gobierno post dictatorial se estaba empeñando en reducir aún más el déficit habitacional de las familias más pobres de la capital. Incluso, como recuerda uno de los entrevistados, el ministro de vivienda de la época catalogó lo realizado por las familias como un verdadero “*quiebre a la democracia*”, enunciado con el cual se actualizaba un fantasma que estigmatizaba a los pobladores que luchan por una vivienda: el fantasma del comunismo.

Es en el marco de esa disputa entre pobladores y la clase política dirigente que una de las conductoras del proceso interrumpe intempestivamente, convocando a las familias para que salieran del terreno. Ella misma sería la que comenzaría a explicar tanto al ministro como al alcalde de la comuna las acciones a seguir para desarticular lo realizado, tratando de llegar a un acuerdo con ellos, de modo que nadie saliese lesionado esa mañana. Se dijo que saldrían del lugar con la condición de que el gobierno diera una respuesta efectiva a las necesidades de los pobladores, respuesta que no había llegado a pesar de las promesas realizadas. Así recuerda un entrevistado lo sucedido:

*“¡Claro!, y llega el intendente, un representante del intendente y se le explica el cuento... ya dijo pero de aquí desaloja, y la Olga Leiva pesca el megáfono y dijo; cabros, no va a haber apaleo, porque los pacos estaban listos para... entonces... nada dice la Olga ahí, encontré una solución momentánea, provisoria dijo, pero ustedes no vuelven a sus casas, nos vamos a mover a los terrenos de la coordinadora con todas las carpitas y nos vamos aquedar ahí, vamos a ver la solución definitiva con esto”. (E1)*

La dirigente comunicó a los políticos presentes y a carabineros que se llevaría a los pobladores hacia el terreno que anteriormente ella con un conjunto de vecinos habían comprado, un terreno que colindaba con el de la toma hacia la cordillera, y tenía por nombre “la coordinadora”. Así, aquel terreno que la noche anterior había servido de escondite a las familias que llegaban desde otros sectores de la capital, ahora era propuesto como una suerte de albergue, hasta que el gobierno se dignara a dar una solución definitiva al problema.

Pero la propuesta era, desde el punto de vista de los pobladores, una táctica, o como ellos mismos lo indican, un “engaño”, un “truco” que venía a complementar el “secreto” y el “engaño” a las autoridades. En realidad el terreno “la coordinadora” no era un sitio comprado por otros pobladores, era, para sorpresa de todos, parte del mismo terreno de Filomena Narváez. En ese sentido el recuerdo de los pobladores es que la dirigente elaboró esa artimaña, estando al tanto de que en realidad esos sitios eran privados, y que además eran de la misma propietaria del lugar de la toma.

*“(…) nosotros usamos mucha estrategia psicológica contra el sistema, me entiendes, desde el mismo sistema, nosotros le hicimos creer algo que ellos confiaron y creyeron que era así, y no, nunca fue así, entonces nosotros no tomamos una toma sobre otra toma” (E4)*

Pues bien, lo importante de todo esto es que al cabo de 24 horas los pobladores bajaron nuevamente del terreno de la coordinadora hacia el que originalmente habían llegado, e hicieron oficial la ocupación. Y aunque nuevamente llegó la clase política dirigente, ministro y alcalde, además de carabineros, la acción esta vez fue radical, logrando instalarse en el espacio.

Más allá de la pugna entre las familias y los políticos, es relevante indicar que los recuerdos de los entrevistados circulan muy intensamente sobre las maniobras necesarias para el desarrollo de la ocupación, resaltándolas como unas “estrategias psicológicas” contra los agenciamientos de gobierno. De este modo, esa burla de las autoridades generó unas condiciones particulares para desarrollar con éxito el cometido, todo lo cual se materializó con el entierro de la bandera en el territorio, la mañana del 19 de Junio de 1992.

#### **6.4.3. Publicitar la toma**

Un tercer elemento táctico reconocido por los pobladores entrevistados, está vinculado a la necesidad que hubo de publicitar la ocupación de terreno. Se supo que una acción como la toma no se agotaba en sí misma, sino que debía estar enlazada en una iniciativa subsiguiente, de manera de ir tejiendo una red de relaciones tácticas que tributaran a una estrategia global.

De este modo, las memorias de los entrevistados tienen como referente el que luego de la puesta de la bandera y la oficialización de la medida debía procurarse una difusión de la iniciativa, de las razones que la sostenían, y de los objetivos perseguidos. Fue menester, entonces, tener informado a los medios de comunicación sobre lo acontecido, tal como lo mencionan dos entrevistados:

*“(…) que nosotros le contamos que es lo que iba a pasar, o sea la prensa sabía toda, la prensa estaba escondida igual que nosotros, me entiendes, porque nosotros teníamos que hacerlo público al tiro” (E4).*

*“(…) y llegaron las tanquetas y llegó un montón de cosas, pero nosotros antes de teníamos avisados a los canales de televisión, a los diarios, a las radios, a todo el mundo nosotros le habíamos avisado que ese día había una toma” (E5).*

Del relato de los entrevistados se desprenden algunos elementos que estuvieron a la base de la necesidad de publicitar la ocupación. Primero, que era necesario escapar a una suerte de encapsulamiento de lo sucedido, pues se requería hacer pública la iniciativa de las familias, en el sentido de visibilizar la existencia del problema. Se trataba de difundir el que esta era una medida que se había formalizado sobre el incumplimiento del gobierno respecto de dar solución habitacional a los pobladores, y que la acción de toma tenía como objetivo que el Estado diera una respuesta efectiva a la demanda de las familias.

Pero además, la medida tenía como horizonte aplacar el actuar de las fuerzas policiales en la medida que la presencia de los medios de comunicación impediría un acciones desmedidas, violentas, como la historia de estos procesos indicaba que eran (Álvarez, 1988).

Es importante notar que, como lo recuerdan los entrevistados, la medida de aviso a la televisión y las radios nacionales había estado planificada y premeditada por los pobladores, y no respondía a una contingencia o interés mediático surgido en el mismo momento de la toma. En ese sentido, el interés por lo público de la ocupación ya era parte del itinerario de medidas a tomar por los pobladores en el marco del proceso. O para decirlo de otro modo, sacar del ámbito de lo privado la realización de la toma fue un elemento sustancial que hizo parte del conjunto de maniobras de las familias en toma.

## 6.5. Relación entre pobladores y gobierno antes de la toma.

A pesar de todos los esfuerzos realizados por los allegados, la relación que se comienza a fraguar con la clase política comienza a cambiar cada vez más su carácter, pasando de la confianza a la negociación, y de ésta a la confrontación, para pasar, al final del camino, como veremos más adelante, a la confianza nuevamente.

Como ya hemos mencionado, esta ambivalencia en la relación con la clase política comienza con un dejo de frustración en las familias organizadas en los momentos iniciales de la toma, al ver que el anhelado sueño de la casa propia se alejaba cada vez más. Un poblador comparte sus recuerdos acerca de la vinculación inicial entre las familias y la clase política, indicando el modo en cómo se materializó ese proceso de ambivalencia marcado por la confianza, la negociación, y el rechazo.

*“Entrando en democracia, entonces lo ofrece él, no me acuerdo el Ministro Echeagaray parece que era, nos ofrece la oportunidad de formar un comité acá en Peñalolén, pero lo teníamos, con 1.000 personas y el Nueva Vida tenía 400, nos faltaban 600 personas, porque había de Alemania una cantidad de subsidios de 1.000 subsidios para ellos entregar a la gente y destinarles casas, pero no aquí, era para otro lado. (...) Entonces, cuando ya nos dicen que se habían equivocado, que era una mentira que no había eso, puta yo quedé loco, cómo iba a devolverme al comité a decirles que todo esto había sido una farsa y que, que no había lo que prometían”*  
(E1).

El relato compartido gravita sobre una preocupación importante: cómo volver a los comités para hacer saber que la promesa ya difundida en todas las familias acerca de los subsidios había sido incumplida por el Estado. Tal situación nos manifiesta un elemento no menor, que tiene que ver con la producción de un resguardo del lugar legitimado de la dirigencia, posición que podía tambalear por lo sucedido. Ante aquella posibilidad de fractura, no con el Estado sino con la dirigencia, nuestro informante que hizo de conductor durante el proceso, tomó la decisión de resguardar el secreto, tal como los demás dirigentes también lo hicieron. En ese sentido, indicamos que la dimensión del secreto tiene un punto de anclaje relacionado con este proceso de

ir y venir en la relación de los pobladores con la clase política antes de la toma, pues se ocultó un hecho que pudo generar importantes conflictos entre los pobladores.

Es posible sostener que una de las primeras rupturas evidenciadas entre los pobladores y la política formal se da a propósito de este aspecto, toda vez que la confianza en el Estado acerca de la posibilidad que éste brindaría para salir del estado de allegado se vio quebrada con el anuncio negativo. Lo que se quiebra, desde aquí en adelante, es ese imperativo que aun guiaba al movimiento de pobladores de realizar las cosas siempre respetando la vía institucional, como lo muestra la intención de postular al dispositivo del subsidio habitacional articulado desde el régimen militar, el cual si bien podía propiciar el acceso de la vivienda a estas familias organizadas, lo haría incluso fragmentándolas vía desplazamiento de cada una de ellas a diferentes comunas, esto es, a través de erradicaciones.

Por otro lado el Estado dejaba claro qué lugar comenzaron a ocupar los pobladores para él cuando argumenta sobre el quiebre de la democracia, porque justamente lo que se estaba pactando era una matriz sociopolítica (Moulian, 2002) en la que los pobladores debían esperar su turno para salir de ese estado, toda vez que esto continuaba siendo prioridad para el gobierno. Sin embargo, la acción radical de los pobladores haría que éstos pasaran de ser considerados como familias organizadas desde donde se respetaba la vía institucional, a formar parte una suerte de enemigos del progreso y el desarrollo que tanto se enarboló desde el primer gobierno democrático. Así queda establecido cuando los aparatos de gobierno, central y local, emplazan a las familias para que desalojen el lugar, porque no era tolerable su presencia en la comuna.

## 7. Prácticas de organización de los pobladores durante la toma de Terreno

### 7.1. La estructura organizacional

Como se ha venido sosteniendo en los apartados anteriores, la realización y el mantenimiento de la toma requirió de una fuerte organización colectiva, determinación y claridad respecto de los objetivos perseguidos, además de una buena dosis de astucia traducida en un conjunto de maniobras tácticas. Sin embargo, dada la dureza de las condiciones que se irían presentando en el campamento y la envergadura del propósito que se estableció, los pobladores necesitaron darse, en primer lugar, de una estructura organizacional que posibilitara conducir de buena manera la ocupación.

Recuerda uno de los entrevistados que, en lo fundamental, la modalidad organizacional que se configurando cristalizando al interior del campamento surge de un conflicto asociado al recibimiento de ayuda externa por parte de algunos pobladores, lo cual fue muy mal visto por este mismo informante:

*“(...) y veo un error ahí y yo pido, pido yo una reunión entre nosotros, y pido que se disuelva la coordinadora urgentemente, y todos, ¿pero cómo?... Quiero que se disuelva la coordinadora, ¿sabes por qué? Porque aquí no vinimos a limosnear ni a pedir y estoy viendo que aquí va a pasar lo mismo que paso en la Silva Henríquez, el Los Morros, el Nueva Habana, donde la gente, los dirigentes permitieron que entraran los compadres con mercadería para este y se tiraban a flojos, (...) Y todos quedaron mirando y si desaparecía la coordinadora, desaparecía la Olga, el José Luis Flores, todos... y dije yo, y qué alternativas propones, yo propongo que se elija a la directiva” (E1).*

Más allá de la reacción del poblador respecto de lo ocurrido, el sentido vinculado con este recuerdo tiene que ver con la imperativa necesidad que iba apareciendo en torno de generar una



estructura de organización que permitiese sostener la toma de terreno en el más completo orden, lo cual quería decir, por un lado, fortalecer lo que ya se tenía, y por otro, inventar nuevas figuras de articulación.

Indican algunos de los pobladores entrevistados que el modo que se dieron los pobladores para organizarse respondió sobre todo a una lógica piramidal, vale decir, una manera ordenarse y coordinarse en sus propósitos y objetivos, con posiciones claras desde arriba hacia abajo. Entre más arriba de la pirámide más responsabilidad existía en términos de la conducción estratégica de la toma, lo cual implicó reasignar responsabilidades a quienes estaban en los escalafones inferiores de la orgánica.

*“Primero llegamos por comité, después decidimos sectorizar y se armó del sector 1 hasta el 7, el 6 perdón, y se hizo todo por sector y había un presidente, y más los delegados del sector y eso coordinaban todo, y eso iban a cargo de distintas cosas para lo que fuera, más la directiva de la personalidad jurídica, que eso iba a parte de los sectores” (E6).*

En la parte de arriba de la estructura se encontraban los máximos dirigentes del proceso, que eran los mismos que habían participado inicialmente en la organización de los comités de allegados. Allí estaba José Luis Flores, Olga Leiva, Juan Vera, entre otros. Más abajo se encontraban localizados los “presidentes de sectores” que respondían en términos jerárquicos a los dirigentes de la organización. Más abajo aun se encontraban los “delegados de pasajes”, encargados más bien del cotidiano de la organización, de la conducción específica de lo que sucedía con las familias.

La importancia de la estructura que los mismos pobladores se dieron, podríamos decir, estribó en que junto con la orgánica se instalaba también una forma de trabajo al interior del campamento. Gracias a ella las familias respondieron a las orientaciones y directrices que provenían de la dirigencia, porque los que estaban encargados de formularlas se encontraban legitimados por la comunidad. En segundo lugar, esta estructura configuró un conjunto de roles para la mayoría de los pobladores, de modo que todos se vieran involucrados de alguna manera en las acciones desarrolladas, propiciando un sentido de pertenencia a la iniciativa, tan importante para sostener

estos procesos comunitarios (Unger, 2007). La idea que se encontraba a la base era generar cada vez más participación y adherencia a las iniciativas, y que las acciones no fueran implementadas solamente por la dirigencia. Por último, lo que desplegó esta orgánica fue un sistema de decisiones adecuado que permitiera ir avanzando hacia la consecución de los objetivos a medida que pasaba el tiempo.

Este proceso de fortalecimiento de la estructura organizacional es muy bien valorada por los entrevistados hoy en día, sobre todo porque configuró una lógica de trabajo sostenido y sistemático para sacar adelante el cometido de la obtención de la vivienda. Uno de los entrevistados recuerda felizmente:

*“(…) el valor de la organización, en la pirámide éramos 58 dirigentes, que venía desde el más alto, hasta el más bajo que era el delegado de pasaje, y nos juntábamos noche por media, cada dos noches, cada tres noches a planificar cosas” (E3).*

Si bien mayoritariamente el trabajo de organización es uno de los puntos fuertemente considerados del proceso, tal sentido no queda clausulado sólo en tal valoración, desde donde se evidencian algunos elementos que provocan tensión en el recuerdo. Una de las entrevistadas nos comparte lo que sería uno de los aspectos más dolorosos para ella, vinculado a las consecuencias provocadas por esta organización. Ella indica que fue muy difícil sostener una relación familiar adecuada durante la toma, sobre todo porque los procesos de organización establecidos implicaron un nivel de trabajo tal, que las posibilidades de sobrellevar una vida de pareja se vieron a menudo mermadas. Ella relata que su marido, además de trabajar constantemente para producir el sustento diario, y reunir el dinero necesario para una posible compra de los terrenos, además debía dedicar importantes horas del día a labores internas al campamento, ya sea en la construcción de las medias aguas, o bien en la urbanización del espacio: *“Yo creo que lo principal, lo más que me recuerdo la comunicación con mi marido, con mi familia, no había ese entorno de sentarte, tomarte una taza de té, conversar” (E2).*

Es muy probable que, a diferencia de lo que ocurre con el entrevistado 3 que recuerda felizmente las prácticas de organización, ella imaginaba mantener otras relaciones familiares al interior de la

ocupación, en donde existiera la posibilidad de cultivar formas de mucha más cercanía con los suyos, como el simple hecho de tomar una taza de té. En ese sentido, ella marca con su recuerdo muy bien la posición que ocupó durante la toma, que era de desvinculación casi total con los procesos políticos, para quien no le era sustancial dedicar tantas horas de trabajo a las labores del campamento, porque lo que se hipotecó con ello fue la vida interior de la familia. Seguramente que para ella lo ideal hubiera sido que otros se encargaran de la organización interna, y así poder sobrellevar de buena manera la dinámica familiar. Un tanto parecido ocurre con otro de los entrevistados, quien recuerda tanto por razones laborales como por la dinámica interna del campamento, él casi no alcanzaba a ver a los suyos, al final del día.

*“(...) me pasó un tiempo, me dedicaba más al trabajo que a la familia. Ahora yo pensando que si quería tener mi casa tenía que esforzarme no más, porque salía en la mañana temprano y salía en la tarde, entonces siempre los pillaba durmiendo, no podía estar con (...)” (E10).*

## **7.2. La organización del territorio y las viviendas temporales**

El proceso de estructuración organizacional que se dieron los pobladores, facilitó una seguidilla de elementos fundamentales en el orden del mantenimiento adecuado de la toma: la logística formulada para mantener en óptimas condiciones las comunicaciones, las coordinaciones acerca de diferentes medidas que se requerían ir asumiendo, la delegación mancomunada de responsabilidades, y la distribución de decisiones, propició que la ocupación fuera mucho más llevadera, pero también cada vez más compleja.

En ese marco de consideraciones, dos aspectos se suman al énfasis que hacen los entrevistados sobre la lógica de organización. Por una parte, lo que dice relación con el modo en que se fue estructurando el territorio y, por otra, las formas en que se fue organizando la colocación de viviendas provisorias al interior del campamento.

Por una parte, los pobladores recuerdan que comenzó el proceso de organización del territorio, partiendo por la transformación de los “comités” hacia lo que terminó denominándose “sectores”.

La idea de formar sectores tuvo que ver fundamentalmente con el deseo de ir desprendiéndose de esa forma identitaria que los caracterizaba como actores de un comité de allegados, e ir apropiándose cada vez más del espacio tomado.

Como indican los entrevistados al recordar sobre este proceso, se crearon seis sectores en cuyo interior estaban ubicadas las familias que pertenecían a los comités, lo implicó una distribución mucho más racional del espacio. Es importante mencionar que la lógica estructural de organización de los roles y las funciones entre los pobladores seguía operando en todo momento, incluso en esta idea de mejorar la organización territorial, pues la dirigencia, en sus distintos niveles, siempre tuvo una presencia muy fuerte, resguardando que todo se desarrollara en orden. Desde aquí en adelante los roles ocupados por los actores quedaron anclados a la lógica de los sectores.

Junto con la necesaria organización del territorio para efectos de optimizar su ocupación, los pobladores recuerdan que fue muy importante el proceso de instalación progresiva de medias aguas, entendidas siempre como viviendas provisionales. Desde un inicio los pobladores habían aguantado unas semanas en condiciones adversas, enfrentando un primer invierno que se hacía más duro, pernoctando bajo plásticos y cartones. Si bien algunas familias habían recibido alojamiento en la coordinadora, la mayoría de ellas no llegó más que con lo puesto, con los niños, y con la carpa al terreno baldío. En esas circunstancias la organización de pobladores decide dar un paso más en la formalización de la toma, e indicar a todos la necesidad de dejar de lado la carpa, y traer como fuera posible las medias aguas que muchos tenían en las casas de allegados.

*“Muchos vecinos de los que vivían de allegados tenían sus medias aguas atrás, ahí las desarmaban, se traían, se lea armaban acá, y los que no tenían, empezaron a construirse sus medias aguas por aquí por allá, (...)” (E3).*

Se recuerda que el proceso de organización de las viviendas provisionales fue colaborativo, vale decir, que entre los mismos hombres y mujeres se elaboraron estrategias para efecto de buscar las planchas que armaría la pequeña estructura de madera, y que entre todos ayudaron a instalarlas en el nuevo territorio ya sectorizado. Facilitó también la ayuda de amigos de otras localidades que contaban con camiones para el traslado del material, más la configuración en una temporalidad

organizada para la misma instalación. Primero se instalarían las piezas en un sector, luego en otro, y así sucesivamente:

*“(...) camiones, tuvimos amigos camiones que nos van a poner, asique ahí empezamos a formar grupos de trabajo, este grupo que vaya a desarmar la casa de tanto, este grupo a la casa de tanto, este grupo a la casa de tanto, y el viernes en la noche empezamos a meter media aguas para adentro” (E1).*

A este ánimo, se sumó otro elemento que fue tan sustancial como la distribución del espacio y la instalación de las media aguas: el inicio de los procesos de urbanización del territorio. Los pobladores se organizaron para que cada uno de ellos tuviera condiciones de urbanización que mejorara la calidad de vida mantenida en la toma. Desde ahí, se los entrevistados recuerdan que generaron estrategias para instalar equipos que permitieran producir la electricidad necesaria (generadores, postes, cables); se produjeron matrices para generar agua, y se realizaron todas las compras de materiales que fueran necesarias para su obtención: tubos, cañerías, etc.

*“(...) no, no había nada de eso acá, los chiquillos entre todos lo hicieron, picamos, pusimos tubos, pusimos los postes, compramos uno de esos para la luz un acumulador de corriente, esos grandotes esos” (E5).*

Si bien en general los recuerdos evocados por los entrevistados respecto de este proceso está relacionado con enarbolar lo ocurrido, uno de los entrevistados nos comparte la compleja experiencia que le tocó vivir como personaje que encargado tanto de la medición de los espacios para colocar las medias aguas, como para la entrega de los terrenos a cada una de las familias. La complejidad que indica este informante está relacionada con que en algún momento se vio investido del poder que le otorgó ser uno de los responsables de entregar los sitios distribuidos, dado que tenía conocimiento en medición de espacios y construcción de viviendas; relata que muchas veces vecinos del sector fueron a su casa y le ofrecieron dinero a cambio de entregar un buen espacio para vivir, o una media agua ubicada en algún sitio privilegiado en términos de ubicación.

*“(…) y huevones que llegaban ya compadre, tengo 2 gambas, tengo 500 lucas, puta, porque ya vieron que la wea... no compadre no pasa, menos usted aquí, pucha no, yo no quería, como, bueno hay otros huevones que recibieron lucas si, claro, si, se supo y se detectó después y cagando para afuera, me entiendes, entonces se detecto la coima acá adentro (...)” (E4).*

El reverso de los recuerdos bien valorados por los entrevistados acerca de la estructuración del territorio lo muestra este personaje, quien rememora haberse tenido que enfrentar con la cruda realidad de las “recompensas” por obtener algún beneficio particular. Este punto lo distancia de la memoria de los demás, pero lo acerca, como detallaremos más adelante, al relato del dirigente, quien indica que esas acciones de aprovechamiento de recursos de la toma fue una realidad patente mientras ella duró.

Indicado este aspecto en que se visualiza la presencia de recuerdos cargados de conflictos, es importante indicar aquí una conexión importante, siguiendo una línea de comprensión de la geografía crítica: el “espacio” ocupado de manera irregular prontamente va adquiriendo las características de un “territorio”, vale decir, un sitio que progresivamente va construyendo en su interior relaciones de poder que van configurando momentos cargados política, tensiones, diferencias (Montañez, 2001), identificaciones, motivos por los que luchar, alianzas, y que propician en los actores un sentido cada vez más fuerte de apropiación, tal como lo muestra el conjunto de iniciativas antes mencionadas. Este sentido de apropiación lo interpretamos como un elemento de suma importancia en la medida que va densificando el imaginario de los pobladores respecto de obtener una vivienda, y un territorio donde poder vivir con sus familias. De este modo, la presencia de las relaciones de poder no deben entenderse como elementos “perversos” emergidos en el corazón del proceso, si no como dinámicas consustanciales a las configuraciones territoriales.

### 7.3. Las reglas de convivencia

Un tercer elemento relativo a las prácticas de organización, dice relación con un conjunto de reglas establecidas para mantener un resguardo de la convivencia al interior del campamento, y al mismo tiempo un cuidado de la seguridad.

Los relatos de memoria compartido por los entrevistados, indican que una de las mayores preocupaciones que tuvieron las familias mientras duró la toma, tuvo que ver con situaciones de violencia física y psicológica proveniente desde sus familiares directos, la cual estaba vinculada a consumo de drogas y alcohol. En efecto, el temor de la mayoría de los pobladores en toma estuvo asociado a que esas formas relacionales, naturalizadas en muchos habitantes, fuera impregnando la vida del campamento, provocando consecuencias indeseadas tanto a nivel individual como comunitario. En ese sentido, los pobladores recuerdan sobre reglas que se crearon para normar lo que podía realizarse o no:

*“No, hay muchos que no, aquí se prohibió, porque muchos que le pegaban a la señora, llegaban y hacían los tremendos escándalos, y pa tener la toma en perfecto estado, que no entre nadie con cerveza, con vino, se prohibió eso” (E10).*

Estos recuerdos asumen de entrada que al campamento no podría ingresar ni alcohol, ni drogas, porque su presencia podría revivir aquellas malas prácticas de antaño. Por lo tanto: ley seca, ley antidrogas, como ellos mismos lo relatan. Es interesante notar cómo para uno de los entrevistados el establecimiento de este sistema normativo interno es considerado como un valor muy importante, y que incluso marca una distinción respecto de otras experiencias de ocupación de terreno, una suerte de distinción positiva de Esperanza Andina. Esta distinción no se encontraba tanto en la posibilidad de enunciar ese sistema, como en hacerla realidad durante el tiempo que duró la ocupación, vale decir, que sus pobladores realmente pudieran encarnar la iniciativa, asumiendo el sentido que la envolvía, y no aflojar en el intento.

Podríamos pensar que el rechazo rotundo al consumo de alcohol y drogas forma parte de una negativa generalizada de los pobladores de perpetuar un sistema de vida que diera continuidad a lo que se había experimentado cuando se vivía de allegados. Las familias no solamente deseaban

tomar distancia respecto de lo que en sus casos el alcohol y drogas había generado para ellos, si no que más ampliamente tuvieron la intención de alejarse de todo lo que implicaba las consecuencias de vivir en tales condiciones: precariedad material, relacional, psíquica, afectiva.

En ese sentido, para efectos de mantener un sistema como este en el tiempo es que se genera la denominada “guardia”, modalidad de trabajo conjunto que se construyó para hacer respetar la iniciativa:

*“Nada de copete adentro, ni tomar. La ley seca era que nadie podría entrar ebrio a la población y nadie podía tomar dentro de la población” (E4).*

*“(…) no, los guardias de mujeres y hombres, por ejemplo como éramos hasta el sector 5, al 1 le tocaba el día lunes, el 2 el día martes, el 3 el día miércoles, entonces hacían rondas en todo, en toda la toma, en los pasajes” (E3).*

Dada la complejidad que suponía mantener la implementación de estas reglas de convivencia, el trabajo que se sostuvo fue arduo y sistemático, intentando incorporar a la mayor cantidad de gente posible para la iniciativa fuera compartida por todos. Para ello se generó un sistema de turnos en que las familias podían inscribirse para operar desde la guardia, lo que permitió al mismo tiempo descentralizar la labor de los dirigentes o presidentes de sectores, y a la vez alivianar la carga de acciones en aquellos pobladores más comprometidos con la medida. Es importante indicar que el recuerdo de los entrevistados acerca del funcionamiento de la guardia enfatiza el trabajo de las mujeres, quienes también asumieron la tarea de resguardar a la población de malas prácticas de convivencia, tal vez porque ellas eran las que más habían sufrido sus embates cuando vivían de allegadas.

En este marco de resguardo de la toma, algunas veces la guardia debió emprender acciones de castigo en caso de que algún problema se suscitara, ya sea en el orden del consumo de alcohol y drogas, o ya sea a propósito del ejercicio de la violencia, o robo. Los pobladores recuerdan que se podía impedir que alguien entrara al campamento si venía borracho bastaba, lo cuál era un castigo mínimo, pero en los casos más complejos la determinación cobraba otro tenor.



*“Si había alguna cosa que veíamos, que si un cabro se portó mal, ya sea que haya tomado algo de alguna casa, o que haya robado algo, que lo hayan pillado piteando, lo llevaban al asedio y los castigaban, los querían echar para afuera y ahí los papás se metían, y a veces los tiraban con los papás para afuera (...)” (A5).*

En el peor de los escenarios, los pobladores de la guardia proponían justamente el retiro de las familias del campamento, entendiendo que la responsabilidad del acto indebido no era sólo de quien había transgredido la regla de convivencia, sino de toda la familia de esa persona.

Es interesante destacar que si bien es cierto que estas normas de convivencia fueron legitimadas por la mayoría de los habitantes del campamento, e incluso muy valorada por alguno de nuestros entrevistados, también lo es por lo menos para una de nuestras informantes lo ocurrido aparece más bien en el orden del rechazo por ser consideradas desproporcionadas. En ese sentido detectamos, respecto de este mismo acontecimiento, una diferencia importante en las versiones manifestadas cuando se hace memoria de lo sucedido. Así, por un lado, la medida de la guardia es asumida como la posibilidad que se dio la toma de generar “sus propias leyes”, una suerte de orden autónomo dentro de la sociedad, que debía respetarse completamente. Pero de otro, era apreciada como una práctica extrema que no se justificaba:

*(...) y cuando se echaba a una familia, todos las desarmábamos y todos la íbamos a dejar a Grecia a la esquina, desarmábamos y no nos importaba si tenían cabros chicos, no, no cumplió la ley, no cumplió la ley. Porque dentro del campamento nosotros teníamos nuestras propias leyes, ¿me entiendes? (E4).*

*“Si, yo encontraba que era mucho, porque salir una familia entera por un hijo, pucha si uno los trata de criar lo mejor que puede, pero a la larga uno no sabe cómo van a salir y aquí hubieron hartos casos que salieron con papás y todo para afuera (E5).*

Como se ve, para nuestra informante el problema estaba en que la medida radical de la expulsión es considerada drástica. No es, como veremos, que la entrevistada estuviera en desacuerdo con la iniciativa de la guardia, ni mucho menos con que vía este dispositivo se intentara resguardar la vida en el campamento, se trató más bien de un desacuerdo en relación a la medida de la

expulsión, por considerarla tajante, inapropiada. En efecto, lo que recuerda nuestra entrevistada es que un dejo de injusticia de dejó entrever en esa medida establecida, que expulsaba del campamento no solamente a quien había transgredido las reglas, sino dependiendo del hecho, también a la familia del responsable.

Para la entrevistada, esta política interna de las expulsiones implicó una economía del castigo que no podía compartir ni apreciar favorablemente, aun cuando el sentido de la estructura organizacional fuera comprendido en algún grado. Desde su punto de vista, era entendible que el costo de la transgresión de la regla fuera pagado por quien cometió el acto, pero no por la familia de ese personaje, quienes tal vez ni siquiera estaban al tanto de lo sucedido. Para ella, la expulsión general es entendida como “tirar al asedio” a familias que, como las demás, también habían participado del proceso de organización, con todo el trabajo que ello implicó. Se trataba de una decisión muy extrema como para compartirla.

Es probable que la entrevistada no haya compartido la medida también porque allí se juegan elementos complejos de una historia de expulsiones, o, para ser más precisos, de una historia de confinamientos sufridas por los mismos pobladores. Interpretamos el recuerdo que la entrevistada rememorara vinculada esa biografía de exclusiones que cada poblador vivió en su momento, como si el recuerdo de aquella mujer actualizara, de algún modo, las marginaciones a las que estuvieron sujetos los pobladores históricamente: exclusiones en una sociedad que los integra manteniéndolos siempre al margen, exclusiones al nivel de los elementos más básicos, como lo es tener un lugar donde vivir, un sistema donde cuidar su salud, o exclusión de un sistema de enseñanza educacional digna, como ha ocurrido en general con los sectores populares (Auyero, 2007).

#### **7.4. Los pobladores y el trabajo sobre la base del apoyo mutuo**

Un cuarto aspecto que emerge desde el punto de vista de los entrevistados, tiene que ver con la dimensión del “trabajo y el apoyo mutuo” que se necesitó articular durante la toma para mantenerla. Esta dimensión da a conocer el valor que tuvo el hecho de que lo realizado fuera

siempre compartido entre hombres y mujeres: *“Aquí nunca anduvo cada uno por su lado. Y llegamos todos juntos y armamos todo juntos...”* (E10)

*“Todos los vecinos, si eso es lo que digo yo, que todos los vecinos, no tan solo hablando de vecinos, sino también de vecinas, cabros chicos, de todo, o sea toda la gente trabajaba, las mujeres se sacaban la mierda en el día, los hombres que trabajaban, se iban a sus pegas y también tenias que quedar hombres cuidando el campamento”* (E4).

En ese sentido, lo que se recalca en varias de las entrevistas es el hecho de que para llegar al objetivo propuesto de obtención de la casa propia, había que trabajar, trabajar, y seguir trabajando cotidianamente, en los distintos campos que se requería. Esto supuso que los pobladores debieron asumir una responsabilidad mayor respecto del avance de la toma, la cual debió traducirse en un conjunto de acciones concretas.

Si en algún momento hubo que hacer limpieza del terreno, se hizo sostenidamente durante toda la primera etapa de la ocupación, lo mismo con las otras acciones necesarias para el campamento. Como hemos mencionado, los pobladores recuerdan haber realizado división de los terrenos para cada una de las familias participantes, la instalación de las media aguas una vez que los terrenos estuvieran correctamente delimitados, desarrollo de los procesos de urbanización que se traducían en la colocación de agua y luz para todos los pobladores, el establecimiento de mecanismos para la realización de necesidades básicas (hechura de baños comunes, lavanderías, etc.). Por otro lado, lograron formar organización para la alimentación colectiva de todos los pobladores, acciones que, como ya hemos mencionado, implicó que muchos actores se organizaran para colectas solidarias en la feria o compras comunitarias, y la realización de ollas comunes: *“(…) por ejemplo hacíamos las áreas verdes, nunca personal de trabajo, nunca que yo los fuera a buscar para que vayan a arreglarme mi casa, no, hacíamos las áreas verdes, hacíamos las plazas”* (E3).

Dentro de la valoración por lo realizado en términos de trabajo al interior del campamento, aparece el recuerdo de la dimensión de la “autonomía” de las labores, esto es, de la importancia de haber utilizado mayoritariamente los recursos propios de que disponía el campamento a través

de sus habitantes. Interpreto que esto no se trató de un capricho poblacional si no de una determinación sociopolítica que se articuló, como lo veremos más adelante, alrededor de un sostenido rechazo del asistencialismo. En efecto, el trabajo interno del campamento del campamento se llevó a cabo gracias a las habilidades de los participantes, a los distintos oficios y capacidades que detentaban, las cuales fueron apareciendo a medida que las mismas necesidades se iban presentando. Cada uno de los pobladores en ese sentido tuvo algo que aportar, desplegando una suerte de multiplicidad de oficios puestos al servicio del campamento. Así nos lo comparte un entrevistado:

*“Revisábamos las casas, que si estaban bien las instalaciones, y ahí íbamos conectando, armamos grupos de todo, ya todos los eléctricos en grupos, ya tú te haces cargo, ustedes van para allá, un grupo de gasfiter también de hacían cargo, un grupo de carpinteros, y así empezamos a armar todo, aquí con maquinarias, nosotros pagábamos maquinarias (...) Todos, la mayoría de la construcción, gasfiter, eléctricos, carpinteros, de todo. Si nosotros nos demorábamos 20 minutos en armarte una media agua, 20 minutos armábamos una media agua, y a veces, vecino, hay que armar una media agua, partíamos de la cantidad de personas, 20 minutos las teníamos armadas (...)” (E3).*

En el fondo lo que apareció en su momento como una precariedad, se presentó también para el campamento como una oportunidad de fortalecer la organización comunitaria gracias a la puesta en marcha de los recursos de los pobladores, con lo cual se produjo una identificación cada vez más importante con el desafío de la toma y el objetivo de la vivienda: la toma era de todos y todos debían aportar. En ese sentido lo que desde otro lugar puede ser visto como pura pobreza material (falta de casa, falta de recursos económicos, etc.) desde aquí lo entendemos más bien como riqueza comunitaria, porque estas labores traían consecuencias beneficiosas para todos los actores participantes. El trabajo de los gasfiteres, de los albañiles, de los electricistas, de los cuidadores de niños, de los cocineros, de los constructores, de los carpinteros, todo articulado para el sustento tanto de la producción material del territorio, como de elaboración simbólica de su interior.

Ahora bien, a pesar de que este apartado intenta rescatar la dimensión del apoyo mutuo que se articuló en el orden del trabajo en el territorio, no podemos pasar por alto un elemento sustancial reconocido en los relatos de los pobladores, acerca del papel que tuvo la mujer en este proceso.

Lo que se menciona desde el hacer memoria de los entrevistados está asociado a que la mujer, además de actualizar las fuerzas necesarias para poder impulsar la ocupación, fue tomando una posición mucho más fortalecida ante un conjunto de situaciones: se sostiene que antes de la toma las mujeres eran “pollitos”, que “respondían a las órdenes” de sus maridos, pero también que poco a poco aparecieron “mujeres que se sublevaron”, o que se les “soltaron las trenzas” a medida que el tiempo en la ocupación iba pasando. Las entrevistadas recuerdan que progresivamente la mujer pobladora de la toma se comenzó a pensar como un sujeto que no podía seguir situada en una posición de detrimento respecto del hombre, y que, por lo tanto, no podía aguantar situaciones de violencia o subyugación: “(...) y aquí las mujeres se liberó, aquí la mujer no, la mujer estaba el hombre curado, llamaban, teníamos guardias” (E7).

Entendemos este proceso de liberación de la mujer sobre todo como la posibilidad que tuvo para problematizar relaciones de violencia material y simbólica que se encontraban cristalizadas en su cotidiano vivir, y desde donde fueron desarrollo acciones que fueran en una dirección completamente diferente. Esto estuvo facilitado en buena medida por la identificación que hubo hacia dirigentes importantes del proceso, identificaciones dentro de las cuales destacan las que se realizó con Olga Leyva, y el trabajo que ella emprendió por la ocupación.

Ahora bien, es interesante que notemos el juego de doble entrada que recorre el relato de las entrevistadas respecto del asunto de la “mujer y la toma”, memorias que nos hablan al mismo tiempo de “liberación” y “sublevación”, de “empoderamiento” y “aprovechamiento”. En efecto, son estas mismas entrevistadas quienes nos reportan sobre el proceso llamativo en que primero se dibuja un fortalecimiento de la mujer, pero por otro, se configuran formas indeseadas de relaciones desde ellas: “Aquí la mujer se sublevó mucho, hubieron muchas que se aprovecharon del tema que las defendían, así que hubieron hartos hombres maltratados” (E6).

*“Pero también de eso, un aprovechamiento, porque a muchas mujeres eran muy sumisas, eran muy hogareña, muy todo, se les soltaron las trenzas (...) Fue como el cuchillo doble filo porque eran mujeres muy tranquilas y después se volvieron locas, muchas mujeres que se fueron con el vecino, muchos” (E7).*

Sin embargo, no queremos entrar en una valoración respecto estos lugares ocupados por la mujer, sino más bien atender a un elemento que puede ser leído en clave conceptual, respecto de la dimensión del trabajo conjunto en la ocupación, con miras a producir cada vez más autonomía. Podemos apreciar desde los relatos de los entrevistados que tanto en el hombre como en la mujer se opera un juego de doble transformación, que se desarrolla a la luz de las nuevas características que va tomando la ocupación, a saber, la transformación del habitante y de lo habitado, conjunta y simultáneamente. En efecto, como indica Echeverría (2001), cuando los territorios van conformándose como tales, el espacio habitado de desprende de sus características iniciales tomando otras que lo van distinguiendo conforme se desarrollan diferentes prácticas en él. Y, a su vez, los sujetos van entrando en una relación de modificación de sus características anteriores, apropiándose de otras diferentes que se van traduciendo en la conformación de un nuevo sujeto.

Sostenemos, en ese sentido, que una relación de interdependencia y transformación va experimentándose en la ocupación mientras el espacio va adquiriendo las características de un territorio, todo lo cual es propiciado, en buena medida, por el trabajo puesto en la ocupación sobre la base del apoyo mutuo. El caso de las mujeres es tal vez el más evidente porque es aludido explícitamente por los entrevistados, pero como veremos más adelante, todos los habitantes de alguna manera van encarnando las huellas de la transformación socio territorial, al punto de reconstruirse o reconfigurarse como sujetos a la luz de esas experiencias vividas.

## 8. El rechazo del asistencialismo

La siguiente categoría de análisis se articula en torno de la distancia tomada por parte de los pobladores de Esperanza Andina acerca de todo intento de implementación de asistencialismo en el campamento. Se analiza cómo se recuerda este rechazo generalizado, a la luz del imperativo por la compra del terreno, y de la necesidad de trabajar para ello.

Relatan los entrevistados que hubo momentos en los que distintos actores exteriores al campamento llagaron con el ánimo de asistir a las familias, intentando entregarles elementos de diferente orden. Era, como lo reconoce uno de los entrevistados, la misma situación que tantas veces ocurrió en otros campamentos, en los que una multitud de organizaciones operaban una relación asistencial hacia los pobladores, entregando una determinada ayuda, a lo cual, no obstante se presentó un rechazo rotundo por parte de la toma:

*“No, nunca fue nuestra visión, de hecho llegó mucha ayuda acá y la rechazaban, camiones con cosas y la rechazaban porque que nosotros no estábamos luchando por comida, luchábamos por una vivienda, nosotros nunca aceptamos comida, casi nada, porque nosotros queríamos algo comprado (E2).*

Así, todo intento de entrega de asistencia fue aplacado por los habitantes del campamento, viniera de quien viniera. Seguramente que dada la manera en cómo se fue construyendo la dinámica del campamento hizo insostenible las prácticas de filantropía. De hecho, nada en relación a una supuesta gratuidad articulaba los esfuerzos de los pobladores en toma, ni siquiera la obtención de la casa, que siempre fue imaginada como parte del esfuerzo sociopolítico y económico de las familias. Y es que lo gratuito era mal visto por los habitantes de Esperanza Andina, se lo relacionaba de inmediato con el ejercicio de recibir limosna, una dádiva, un regalo indebido. Pero los pobladores sabían que no eran los sujetos para ello, e incluso en los peores momentos, como cuando las inclemencias del tiempo arremetían con más fuerza la vida en la ocupación. Los pobladores mantuvieron en pie el principio de no recibir nada gratis.

En ese contexto rechazaron la ayuda que vino de particulares: la ropa, la comida, los obsequios. Rechazaron la ayuda que venía de algunas instituciones, como medicamentos, incluso asistencia médica, pero todavía con más fuerza rechazaron la ayuda externa proveniente de la clase política, que más de algún peligro podía comportar. Así lo recuerda una entrevistada:

*“(…) de hecho no aguantábamos que se metiera ni la Cruz Roja, como se llamaba la otra que te daba leche, que te trae salvamento un cuento así, al camión lo sacamos cantando para fuera, la gente aquí no está mendigando, aquí la gente quería comprar, si nosotros nos veíamos como mendigos nopo, y la gente eso se enojaba porque no dejábamos que entraran esas cosas” (E6).*

Apreciado con detenimiento, el rechazo del asistencialismo, promulgado tan claramente por los entrevistados en sus recuerdos, fue también el signo de la negativa de ocupar un lugar indeseado, nocivo desde el punto de vista de las representaciones que la sociedad genera acerca de quién acepta algo regalado, es decir, el lugar de quien no quiere luchar por lo que desea. Lugar peligroso, como ellos mismos lo sabían, que rápidamente podría traer la consecuencia más nefasta para su proceso: que los pobladores se acostumbraran a obtener las cosas sin el más mínimo esfuerzo, procurando satisfacer algunas necesidades perentorias, contingentes, pero nunca logrando alcanzar ese objetivo estratégico que se habían propuesto, una vivienda, y un lugar en el que vivir con sus familias. Seguramente con más intuición que certezas, ese acostumbramiento en que los pobladores podían caer por recibir elementos de manera gratuita también se conjugó con una resistencia a formar parte del variopinto régimen de estigmatizaciones a las que están sometidos los pobladores por parte de la sociedad en su conjunto (Wacquant, 2007), desde donde estos actores quedan situados en el lugar de los “flojos” que no han logrado subsistir sino gracias a la asistencia brindada. A diferencia de esto, las familias deseaban que el proceso respondiera efectivamente a un proceso luchado, tal como se puede comprender de todas las acciones de trabajo que nos fueron compartidas.



## 9. La toma, los pobladores y la política

### 9.1. Relación entre pobladores y el gobierno durante la toma.

Desde el punto de vista del recuerdo de alguno de los pobladores entrevistados, la toma como acontecimiento emerge de la negativa del gobierno de otorgar los subsidios prometidos a finales de la década del 80', y no de un capricho de las familias, o un deseo intrínseco de transgredir la institucionalidad en funcionamiento. Por eso es que los entrevistados recuerdan todo el proceso de negociación inicial con el gobierno, indicando que las familias habían confiado en que la gestión para otorgar subsidios de vivienda ya estaba lista y aprobada por el Estado. Sin embargo, como hemos podido apreciar, esto no fue así.

Una vez llegadas las familias a la ocupación, el 19 de junio de 1992, la ambivalencia de la relación entre los actores se mantuvo, transitando por estados de ánimo diversos. En primer lugar, los idearios del gobierno se hicieron conocer en público, dejando claro que desde su punto de vista lo que habían hecho los pobladores era en realidad un atentado a la democracia que se estaba reconstruyendo: *“(…) El Ministro y empieza a mirar, dijo, ustedes fueron: ustedes destruyeron la democracia en este país” (E1).*

Ahora bien, con el pasar del tiempo, y a pesar de los incidentes que se generaron en los primeros momentos de la toma, la relación entre los pobladores y la política mantuvo una ambivalencia importante. Las familias de la ocupación, al tener claro sus objetivos, no se dejarían amedrentar fácilmente, y el gobierno sabía que no podía operar con la crudeza de antaño, esto es, con violencia física e implantación del terror, como había sucedido con los procesos de erradicación suscitados en dictadura (de Ramón, 2007), si no que debía operar más bien con un “rostro humano” (Moulian, 2002). Es en ese sentido que el gobierno de turno operó en la lógica ir gestionando el conflicto de modo que fueran existiendo ciertos avances sobre las negociaciones, de modo que trajera dividendos favorables tanto para los pobladores, como para el Estado. Al desestimar el desalojo definitivo del campamento, la clase política daba señales positivas a los pobladores en relación a la posibilidad de la compra de los sitios, lo cual pasaba, o bien por una

toma de decisión de la dueña, o bien, por la determinación de la clase política de expropiar los paños de terreno.

En este “dar señales” los entrevistados recuerdan la vinculación que hubo con la clase política en general, mientras la ocupación estuvo en pleno desarrollo. No hay consenso en estos recuerdos, pero sí comienzan a aparecer algunos relatos que hablan, por una parte, de apoyos hacia la ocupación desde la misma clase política, pero de otra, procesos que más bien tendieron a boicotear el proceso.

Del lado de lo que podríamos llamar el apoyo a los pobladores en toma, los nombres que aparecen evocados por los entrevistados son el de Ricardo Lagos, Alberto Echegaray, Carlos Alarcón, Cristina Silva, Tomás Jocelyn-Holt, Fernanda Letelier, todos hombres y mujeres ligados de alguna manera a la política formal:

*“Más que políticos, por ejemplo la hermana del finado Orlando Letelier, la Fernanda Letelier, hartos concejales y también llegaron algunos políticos, en ese tiempo incluso estaba Alberto Echegaray que era el ministro, entonces igual tuvimos el apoyo” (E3).*

*“(…) hubo un secretario de gobierno, pero no me acuerdo del nombre, hubo uno que si nos ayudó mucho, si igual en el gobierno nos ayudaron por ejemplo en el SERVIU, la Cristina Silva” (E6).*

Ahora bien, es importante indicar que los recuerdos manifiestan matices importantes. Por ejemplo, de los nombres que emergen del relato de los entrevistados, no todos tienen la misma significación: Fernanda Letelier ocupa una mención especial en la medida que el apoyo brindado se rememora como sustancial para efectos de haber sostenido el proceso de ocupación y haber alcanzado el objetivo de la vivienda. De hecho, tan importante será ella que una de las calles principales de la población lleva por nombre Orlando Letelier, en recuerdo a la familiar que participó del proceso, siempre del lado de los pobladores, lo cual nos da pistas acerca del deseo de inmortalizar esa memoria por parte de los habitantes de la toma. Lo mismo ocurre con Tomás Jocelyn-Holt, quién es recordado como uno de los pocos políticos que podía entrar al

campamento sin mayores problemas, por las relaciones de confianza que se fraguaron entre éste y las familias del campamento.

Por otro lado, aparece una importante comparación entre el apoyo que brindó la gente del Estado, y el que entregaron el gobierno local, específicamente algunos concejales de la comuna, y sobre todo el alcalde del momento, Carlos Alarcón. Este recuerdo, en general, está asociado que Alarcón siempre ayudó a los pobladores en toma, desde el primer momento de la ocupación hasta la entrega de las viviendas. Ya sea en los momentos más complicados, como cuando los pobladores necesitaron restituir media aguas por haber sufrido un lamentable incendio, o ya sea para el apoyo político en los últimos meses de la ocupación en que se estaba jugando la expropiación de los terrenos, este personaje es recordado como un aliado estratégico por las influencias que tenía en tanto alcalde.

*“Imagínate, José Luis con la Olga siendo de la izquierda ellos aceptaron al Carlos Alarcón como, pucha que nos ayudó, que de una manera él aprendió a entrar hacia donde la Olga y el José Luis ¿Por qué?, porque de repente habían cosas que se necesitaban de la municipalidad y don Carlos le abría la puerta de par en par” (E7).*

Respecto de esto último, es interesante notar que los recuerdos son más bien compartidos, aun cuando, como indica una de las entrevistadas, este actor fuera de una orientación política de derechas. Desde el recuerdo de nuestros informantes se actualiza este apoyo, independientemente del color político de quien contribuyera en el proceso, dando cuenta que en realidad el ideario de democracia, tan difundido por los entrevistados, era articulado indistintamente las tendencias partidistas.

Pero junto a las consideraciones positivas de algunos personajes de la clase política, también están las que son reconocidos negativamente. Aquí, a diferencia de lo que ocurre con los políticos que fueron bien valorados, como el mismo Alarcón, Lagos o Letelier, sólo un nombre recorre las memorias de los entrevistados: Angélica Cristi.

*“(...) cuando estuvo la María Cristi, a nosotros nos hizo la vida imposible, no prestó ninguna ayuda, todo lo contrario, ella quería que nos sacaran porque ella acá quería*

*a gente cuica, pa que estamos con cosas, el terreno es bueno pa la gente de plata, no era pa nosotros que éramos pobres, que éramos gente que está en el patio trasero de las familias” (E8).*

El recuerdo negativo de la valoración que los entrevistados evocan hacia Angélica Cristi responde a un aspecto bien claro: primero ella declara que ayudará a las familias del campamento, pero luego, en el momento más importante que fue el de la expropiación de terreno, ella les niega su voto. Pero además porque ella es visualizada como una política que no sintonizaba con el ideario de lucha de los pobladores, como sí lo había hecho Fernanda Letelier, o Tomás Jocelyn-Holt.

Desde los relatos compartidos, podemos comprender que varios elementos importantes vinculados con la relación entre pobladores y actores políticos. Primero, la aceptación de algunos personajes confirma que en realidad el trabajo de los pobladores del campamento no se planteó en una posición radical de confrontación hacia toda la clase política, situándose en una suerte de guerra contra ella; la situación es más sutil: justamente porque en los pobladores hubo lazo un importante a la institucionalidad desde un inicio, éstos no rechazaron el apoyo táctico de estos personajes que, por la posición ocupada, perfectamente podían brindar ayuda en momentos cruciales de la toma, tal como se efectuó *a posteriori*.

En segundo lugar, las familias en toma parecen haber demostrado que no encarnarían los dichos del gobierno respecto de la “destrucción de la democracia producida por la ocupación”, continuando en la generación componendas fundamentales, incluso con el alcalde de derecha, para demostrar que antes que “destruir” ellos deseaban “construir”. En ese sentido, podríamos pensar que el rechazo a Angélica Cristi, fue un signo de que los pobladores configuraron una disputa por el sentido de lo que significaba la “democracia” en esos momentos, disputa en la que la ex alcaldesa de Peñalolén quedó mal parada hasta el día de hoy, al ser identificada como una política que pensaba destinar esos terrenos para la clase acomodada de la capital, lo cual es, desde el punto de vista de los entrevistados, para nada democrático.

## 9.2. Rechazo de la política partidista al interior del campamento.

En el análisis de la relación que mantuvieron las familias con la política durante la toma, hay que mencionar que éstos sabían muy bien que en muchos casos el apoyo recibido podía inscribirse en un entramado de intereses de todo tipo, pero a menudo, en un entramado de intereses que no buscaba más que beneficios partidistas, tal como se ha alertado de experiencias de organización popular en otros contextos (Auyero, 2007). Es decir, que a pesar que algunos personajes como Letelier, Alarcón, o Jocelyn Holt se lograron ganar la confianza de los actores por la ayudada brindada, esta situación más bien operaría, en muchos casos, como excepción a la norma general, tal vez porque estos personajes mostraron claramente intenciones solidarias más intereses partidarios marcados.

Se entiende así que la relación sostenida entre los pobladores con la clase política haya sido siempre cordial, de respeto, pero nunca dentro del campamento. En efecto, otro de los interesantes acuerdos establecidos en la toma, fue que la relación con la clase política no podía ser de desencuentro, o marcada mayoritariamente por el conflicto o la confrontación radical, si no sobre la base un esfuerzo importante por mantener una suerte de diplomacia a la hora de vincularse con ellos. Esta diplomacia implicaba dar continuidad al espíritu del campamento sin hipotecar la lucha colectiva por la vivienda y el territorio. En este contexto, de lo que se trató era de “usar al político” para alcanzar objetivos propios. Por ejemplo, un poblador recuerda que:

*“(…) íbamos a las marchas, le decíamos a la gente si lo ven a este, agárrenle de las manos, abrácenlo y todo, denle importancia al político que nos apoya de afuera, entonces la gente entendía el concepto, o sea, el concepto que se agarró aquí: como siempre el político a usado de nosotros, nosotros los usamos a ellos” (E1).*

La conciencia que se tuvo en esos momentos respecto de las altas posibilidades que existían que los políticos sólo se acercaran al campamento para aprovecharse de ellos, implicó que las familias tuvieran que tomar la decisión de no dejar entrar a ninguno al campamento, salvo a las excepciones ya indicadas. En ese sentido, respecto de la vinculación entre pobladores y política, sobre todo política partidista, el campamento funcionó como entidad de límite respecto de un afuera en que se podían establecer tales relaciones con ellos, pero también como frontera de un

adentro en que aquellas relaciones estaban impedidas, dando cuenta con ello del carácter estratégico de las dinámicas socio territoriales, en donde a veces fue necesario generar aperturas de esos límites, pero en otros cierres tácticos (Echeverría, 2001). Y es que, como relata uno de los entrevistados, a pesar de que muchos pobladores tenían sus propios colores políticos, “lo partidista”, por decirlo de alguna manera, gozaba de muy mala fama entre la dirigencia y las familias en general. Seguramente la desconfianza que los pobladores fueron produciendo dado el incumplimiento inicial del gobierno acerca de los cupos para obtener vivienda, fue crucial en la manifestación de este rechazo.

En ese escenario, la clase política partidista fue calificada muchas veces de cínica, mentirosa, aprovechadora, corrupta, vale decir, un conjunto de apelativos que referían a personajes que no se vincularon a la ocupación por una convicción real de acompañar el proceso por considerarlo una lucha justa, si no más bien por satisfacer necesidades personales ancladas a intereses políticos. Desde el punto de vista de los pobladores, lo que justamente no se podía tolerar, era que la presencia del político sólo se explicara por la necesidad de hacer acopio de votos en una eventual elección, sin que en realidad se compartiera la demanda de los pobladores. Al respecto, uno de los entrevistados detalla:

*“(...) los políticos no entraban para acá, pero nosotros conversábamos con ellos afuera, íbamos a las sedes de ellos, o sea, aquí lo que a nosotros nos interesaba es que no entraran ellos a hacerse dueños de algo que no era de ellos, o sea un político decía, bueno yo me agarro de esto, tengo el apoyo de estos (...)” (E1).*

El recuerdo de este entrevistado tiene que ver con la impresión de que clase política podía establecer una relación de apropiación de la toma, una vez que entrara al campamento. Es por lo anterior que los pobladores en realidad operaron articulando tres principios: primero, había que mantener una relación de cordialidad con la clase política; segundo, la clase política no debía entrar en el campamento; y tercero, que la única política realmente legitimada por las familias era la de “vivienda social”. Este último elemento se ancla con mucha fuerza a los dos primeros, y seguramente fue el punto primordial que permitió sostener la vinculación entre la clase política y los pobladores. *“Porque éramos pobladores, nosotros teníamos una política que era la vivienda social, era la única política que profesábamos” (E3).*

Desde ahí se entiende que el recuerdo positivo de los entrevistados acerca de la política se articule en torno a un final positivo, que fue la expropiación del terreno a la dueña, y con ello la posibilidad de comprar el sitio tomado, todo lo cual fue, en alguna medida, apoyado por políticos o personeros ligados a la política formal.

Ahora bien, es relevante detenerse en algunas distinciones marcadas en los recuerdos de nuestros informantes, dada las posiciones ocupadas por ellos. Primero, una de las entrevistadas, la que más bien indica mantener una relación de distancia respecto de la política, deja entrever que en esos asuntos ella no se metió, indicando una incompreensión de lo que ocurrió en este ámbito. Los recuerdos que ella rememora respecto de la política formal, tienen que ver más bien con informarnos sobre impresiones que tiene en relación a reuniones materializadas entre los dirigentes y algunos políticos, pero en las cuales ni ella ni su marido participaron. Segundo, las consideraciones más claras respecto de la vinculación con actores políticos en un sentido estratégico es actualizada por quien fue dirigente, mostrándonos que su posición está asociada una lucidez particular respecto de estos lazos generados con actores claves. De hecho, será este ex dirigente quién nos reportará sobre la presencia de políticos que tenían acceso al campamento, porque el indica haber tenido los contactos para ello. Tercero, que si bien los demás entrevistados comparten ese lugar común de rechazo de la política partidista, demuestran, al final del día, haber mantenido una relación de aceptación de la política instituida toda vez que sitúan como referentes positivos de memoria al Alcalde de Peñalolén o a Ricardo Lagos, y en general a la clase política en la medida que el resultado positivo de la expropiación de terreno de debió también a la intervención conjunta del parlamento. Por tal razón indicamos que la ambivalencia en la relación con la política formal termina más bien con colores de aceptación por parte de los pobladores.

## 10. Las prácticas de solidaridad

### 10.1. Prácticas de solidaridad entre los pobladores del campamento, durante la toma

Ya asentados los pobladores en el territorio ocupado, los entrevistados recuerdan las solidaridades que se manifestaron en el cotidiano vivir de la toma, apoyos mutuos que se dieron en distintos aspectos. Nos focalizamos en dos aspectos: los procesos de solidaridad entre los pobladores, y aquellos que se articularon desde el exterior del campamento hacia él.

Primero se recalca con fuerza las prácticas que implican una sobrevivencia en términos de la alimentación diaria de las familias, vale decir todo lo que tuvo que ver más bien con el conseguir alimento y elaborarlo para todos los habitantes. Así, se recuerda que todos los días se organizaron grupos de pobladores para solicitar alimento a la feria o juntar el dinero necesario para comprarlo, producto de lo cual se efectuaban las ollas comunes en el campamento. Dos entrevistadas recuerdan este proceso:

*“Lo que más éramos es solidarios por que pasaba algo, fallecía alguien o se enfermaba, colecta al tiro o ir a verla; también se hacían beneficios a gente que se sabía que no podían obtener el dinero” (E9).*

*“(…) pedíamos, nos regalaban papas, zapallo, nos regalaban pescado, nos regalaban de todas las verduras, y las mamás que dejaban una donación, por ejemplo de mil pesos, con esos mil pesos nosotros comprábamos pollo, comprábamos carne, comprábamos gas, comprábamos cosas” (E7).*

Junto las prácticas de solidaridad para conseguir el alimento diario, los pobladores recuerdan aquellas vinculadas a la organización y seguridad de la convivencia del campamento, además del cuidado de los niños. Del lado de la seguridad y resguardo de la convivencia, ya hemos mencionado que la “guardia” fue una acción indispensable para que el campamento no se desviara del objetivo de obtención de la casa propia y un territorio donde vivir, fundamentalmente el consumo de alcohol drogas, o violencia interpersonal. Del lado del cuidado



de los niños, el recuerdo tiene como referente el trabajo de la insipiente guardería infantil, la que facilitó, durante los ocho años de la toma, que los padres pudieran salir a trabajar en tranquilidad para reunir el dinero que les permitiría comprar el terreno.

*“Entonces la tía Olga que era una dirigente, llamó después de esa reunión cuando se pidió todo estos requisitos, una reunión con puras mujeres pero igual llegaron algunos hombres que también eran postulantes, allí se pidieron voluntarios para una guardería, mujeres para cuidar a niños y niñas, y ahí en esa reunión se ofrecieron muchas voluntarias, y yo fui una de las que se ofreció para venir a cuidar a niños” (E9).*

## **10.2. Prácticas de solidaridad hacia el campamento**

Por otro lado, es importante hacer mención aquellas prácticas solidarias que se desarrollaron desde el exterior del campamento hacia los pobladores, y que en el recuerdo de los entrevistados está vinculado esencialmente a la cooperación que emprendieron algunas instancias particulares, como la organización Ayuda Popular Noruega, jóvenes universitarios, o el Taller de Acción Solidario (TAC).

La Ayuda Popular Noruega es rememorada por los entrevistados, siendo muy valorada porque cumplía con el requisito de no pedir nada a cambio del apoyo brindado, si no solamente por compartir el sentido de la lucha. *“Por ejemplo Ayuda Popular Noruega, ósea ellos nos ayudaron en lucas para tener, pero aún no se saben dónde quedaron esas lucas, pero de que mandaron, mandaron” (E3).*

El poblador reconoce que esta ayuda fue esencial para al aprendizaje de uno de los elementos más importantes del proceso: aprendizaje para la conducción de la toma. En efecto, si bien ambas ayudas, la económica y la formativa, tuvieron un valor en sí mismo, al parecer la segunda sería más estratégica en la medida que se presentaría como una solidaridad con varias dimensiones. Desde el punto de vista de uno de los entrevistados se reconoce que con la Ayuda Popular Noruega los pobladores logran aprender el gobierno de la toma, de su conducción, porque la complejidad de un proceso como este pudo haber provocado un desvío de los objetivos, digamos,

una pérdida del foco en elementos que incluso pudieron haber perjudicado la toma. Fue importante que pudieran aprender a gobernar el campamento, sin autoritarismo, con organización, con distribución de las labores, con capacidad para motivar constantemente a pobladores. Es en este sentido que se recuerda la ayuda proveniente de Noruega como un elemento sustancial por lo que implicó en el desarrollo de la ocupación.

Asimismo, algunos pobladores rememoran el aporte solidario que hicieron también algunos estudiantes universitarios, los que, junto a otras organizaciones sociales, como TAC, emprendieron la tarea de hacer trabajo comunitario en la toma. En ese sentido, la memoria de los entrevistados transita por el recuerdo de las clases realizadas por estos jóvenes universitarios a niños que presentaron algún tipo de dificultad, o derechamente a construir el jardín infantil tan necesario para las familias del campamento.

*(...) Hubieron muchas organizaciones que nos ayudaron en cosas que uno no sabía, te ayudaron en lucas, para hacer la escuelita,” (E1).*

*“Venían a apoyar el tema de los niños, niñas muy lindas entonces andaban todos los cabros chicos atrás. Tuvimos mucho apoyo de la juventud universitaria, fue muy bonito” (E8).*

*“Acá venía una ONG que se llama el TAC, ahora está en providencia, supo de este jardín igual y vino a ayudarnos, hacer talleres para que las jefas de hogares cuando llegaran hicieran el almuerzo rapidito y se vinieran para acá, el día sábado repostería” (E9).*

Apreciado en su globalidad, el conjunto de prácticas de solidaridad que se fueron articulando durante el tiempo que duró la toma de terreno, hizo pensar y sentir a los pobladores que no estuvieron solos en la lucha, y que, a pesar de que muchos de los personajes que contribuyeron solidariamente no experimentaban la misma situación de precariedad existencial por carecer de vivienda y un espacio donde habitar, sí compartían el sentido y trasfondo de la demanda articulada por las familias. Si los vecinos del sector de Esmeralda, la ONG TAC, los estudiantes

universitarios, Ayuda Popular noruega, y tanto otros decidieron colocar un granito de arena en las iniciativas, esto fue así porque compartían, de alguna manera, lo realizado por los pobladores.

Realizando un análisis interpretativo de lo enunciado por nuestros informantes, es importante considerar que las prácticas de solidaridad relacionadas con la política siempre estuvieron de alguna manera atravesadas por la cuestión del beneficio, o de la sospecha que tras esas ayudas había un dejo de beneficio político. En efecto, al hablar de la política, las memorias de los entrevistados evocan una dimensión de la “utilidad”, de la “ventaja”, aunque se haga distinción entre unos y otros políticos.

*“Muchos venían para que les diéramos el apoyo a ello, muchos venían con ayuda con cosas, para poder apoyarlos a ellos, para que salieran diputados, concejales, de todo...” (E10).*

Consideramos que lo que se evoca cuando los informantes refieren los procesos de solidaridad que hemos mencionados en este apartado, los pobladores se sumergen en una dimensión diferente entorno a los apoyos recibidos. Los entrevistados parecen vincular esos apoyos a una identificación no utilitaria respecto de la lucha emprendida, pero al mismo tiempo, conectan estas experiencias a cuestiones no materiales que se habrían logrado cristalizar, y que perdurarían en el tiempo.

Se trata de “imágenes de memoria” que se mantienen cercanas, vivas, a pesar del tiempo transcurrido, como cuando la referencia se hace de la Ayuda Popular Noruega, que habría instalado un trabajo comunitario de formación de líderes poblacionales, o el trabajo emprendido por jóvenes universitarios que, sin tener ninguna relación a la política formal, lograron articular una labor formativa tanto con los adultos del campamento, como con los niños y jóvenes. Lo mismo ocurre con el apoyo brindado por los vecinos de Curacavi, que abrieron las puertas de sus casas cuando los pobladores marchaban a Valparaíso; desde aquí se entiende que dos de los entrevistados lloran de emoción al recordar estas experiencias, porque en todo proceso de hacer memoria la afectividad aflora en cada palabra o evocación de imagen (Fernández, 1994), y al hablar de las solidaridades esto no fue la excepción.

Con todo, lo importante es destacar aquí que entre en los entrevistados resuenan estas prácticas de solidaridad y son valoradas hoy de manera sustancial respecto del proceso de la toma, tanto que seguramente mucho de los avances experimentados, en sus diferentes niveles, no hubieran podido desarrollarse sino sobre la base de este entramado solidario de prácticas generadas entre las mismas familias de la ocupación, y actores exteriores. Incluso, como veremos más adelante, la fuerza y la presencia en los recuerdos de estas prácticas solidaria hará que muchas veces se mantengan consideraciones nostálgicas acerca del presenta de la población.

## **11. Prácticas de presión colectiva desde los pobladores hacia el Estado**

### **11.1. Prácticas de presión hacia el Estado**

En general las familias que en el año 1992 tomaron el terreno de Esperanza Andina sabían que el proceso no debía quedar petrificado en la ocupación y que se requería ir más allá de ello, tanto porque el Estado no daría tan fácilmente el apoyo para la compra del terreno, como porque la dueña no aceptaría la solicitud de compra por parte de los pobladores, sin presentar problemas, tal como sucedió.

En ese escenario de complejidad política, de negociación y disputa, las familias de la toma decidieron imprimir movilidad al proceso, lo cual se tradujo en diferentes instancias de presión hacia el Estado para que apoyaran la iniciativa. En general estas instancias tomaron la forma de la marcha o de la ocupación de sitios estratégicos, pero en algún momento de desesperación, también tomó la forma de la huelga de hambre. Así lo recuerdan dos entrevistados:

*“Si, tomamos por ejemplo el SERVIU Metropolitano, lo tomamos cuatro veces, del primer piso al cuarto piso, como medida de presión, y la catedral se tomó también. Hicimos un cite en la plaza de la constitución, con lluvia, y pusimos carpas en todo el paseo Ahumada y en la plaza de armas (...) medidas de presión” (E3).*

*“Como dos días después salimos a la movilización al centro, se llenaron las micros, muchas micros, las contratamos, las pusieron, no sé de donde salían, no me acuerdo muy bien, generalmente nos ayudaban de todos lados. Y se pusieron varias micros y partimos todos al centro e hicimos una marcha en pleno centro” (E6).*

Los recuerdos compartidos hablan al mismo tiempo de la frescura de los acontecimientos de movilización y de la intensidad que genera el revivir estas imágenes. Los procesos de movilización de los pobladores son considerados como parte de la lucha emprendida para alcanzar lo que se habían propuesto.

Estas medidas de presión se realizaron sobre todo hacia el Estado, actor clave que podía intervenir mediando para que se tomara la decisión de vender los terrenos. La presión llegó a tal punto que en algún momento los pobladores deciden emprender acciones más radicales, como la llevada a cabo por siete de los dirigentes, encabezados por José Luis Flores, quienes al no ver respuestas favorables desde el ejecutivo o la dueña del terreno, realizan una huelga de hambre. Es interesante indicar, sin embargo, que no todos los entrevistados muestran en sus recuerdos lo sucedido con esta acción, como si la crudeza del gesto impidiera ponerla en un relato, o como si la huelga hubiese sido olvidada, salvo dos entrevistados:

*“Si, se tomaron varios terrenos, ahí en Santa Rosa, no sé qué es lo que hay ahí, también ahí nos tomamos una vez. Ah, hicieron una huelga de hambre, José Luis hizo una huelga ahí con varios dirigentes, habían como varios, siete en la huelga si mal no recuerdo” (E2).*

*“Si, como le dijera, estábamos perdiendo, estábamos perdiendo toda las posibilidades, entonces hubo que hacerse eso y el que fue, tuvo que ser el presidente, el José Luis, fue el que hizo eso, como con 5 personas, y muchos que soportaron y otros no, el es el que duró más, con otra persona más, fueron 2...” (E10).*

Tal vez, de las acciones de movilización más recordadas, es la que tiene que ver con la histórica marcha hacia Valparaíso, que, como hemos mencionado, implicó salir desde Peñalolén al puerto, caminando. Es muy probable que la intensidad y cercanía con la que se recuerda esta acción tenga que ver con los referentes que la rodean. Allí jugó una historia de solidaridades, de empuje,

y de sacrificio, al mismo tiempo que en ella se rememoran todos los procesos de apoyo comunitario que se gestaron desde la primera noche de la toma, hasta sus últimos momentos; pero en esa marcha se actualizan también todas las negociaciones realizadas en el ámbito político para dar fin a una historia de vida en el campamento:

*“(...) Ya listo, qué vamos a hacer, no resultaban los acuerdos, no resultaba nada, ¡mierda! Marcha, se planifica la marcha para Valparaíso, nos juntamos 1.000 familias, digo 1.000 personas, 200 personas entre niños y todo, ¿vamos a Valparaíso? Vamos a Valparaíso, ¿caminando? Caminando” (E4).*

*“(...) la gente de los pueblos hacia Valparaíso y nos aplaudían, se quedaba uno en la noche a dormir en el camino, (...) hacíamos comida como la olla común para todos, que eso también se hizo aquí cuando recién llegamos a la toma también se hizo eso, la olla común” (E7).*

Muy indicativamente los pobladores de Esperanza Andina llamaron a esta iniciativa de presión la “marcha del dolor”, tal vez para manifestar qué significaba anímica, física, emocional y existencialmente emprender una caminata como esta a Valparaíso, pero también, para mostrar a la sociedad que la marcha podía ser entendida como el trayecto de una larga historia de dolores, de encuentros y desencuentros, de imaginarios y utopías, que se condensaban en esa misma acción. Por eso es para una entrevistada, se trata de la “marcha más valorada”, estos es, la que mayores rendimientos pudo traer para los pobladores, pero por eso mismo es también para otra de las entrevistadas una marcha que “da mucha pena”, pues en ella se sintetiza tanto el recuerdo de una vida que se desea dejar atrás, como el imaginario de un porvenir auspicioso para las familias. Debo mencionar que mientras algunos me relatan su experiencia en esta marcha, lloran de emoción al recordar.

En una interpretación global de lo sucedido con los procesos de movilización, llama la atención que los pobladores, a pesar de mantener siempre una relación formal con la clase política, sostuvieron constantemente el ánimo por visibilizar el conflicto y la demanda por la vivienda y el territorio, indicando que dicha relación diplomática con la clase política no impidió continuar diputando lo que ellos consideraban un derecho fundamental.

Por otro lado, nos llama la atención que de los recuerdos compartidos acerca de estas acciones de presión, haya sido el de la entrevistada que menos tuvo vinculación con la política quien recuerde sobre la huelga de hambre encabezada por el dirigente José Luis Flores, y que esta movilización no haya sido rememorada por los demás, salvo por uno -aunque sin mucha densidad-, ni siquiera por quien ocupó junto a él el lugar de la conducción del proceso. Leo estos juegos de memoria y desmemoria a partir de dos elementos: por una parte, la entrevistada recuerda este acontecimiento no por el valor político que contiene, sino porque para ella marca un punto extremadamente doloroso, en la cual la vida de quienes participaron de la acción corrió peligro. Por otro lado, el silencio del dirigente respecto de esta acción puede ser explicado por la relación de conflicto que se generó entre este y José Luis (la que analizaremos más adelante), de modo que relatar sobre la huelga podría ser entendido como un enaltecimiento de las prácticas de lucha de aquel dirigente, lo cual nuestro entrevistado no estaría dispuesto a realizar.

Ambos casos nos remiten, sin embargo, a la dimensión del “olvido”. No todos recuerdan todos los procesos de movilización, y la mayoría omite el acontecimiento de la huelga de hambre. ¿Amnesia? ¿Indiferencia? ¿Simple omisión? Lo cierto es que olvidar este hecho llama la atención por lo que implicó para los pobladores. Pero la misma entrevistada que rememora la movilización de la huelga de hambre nos reporta sobre la presencia del olvido en la población, dejando entrever las íntimas conexiones entre olvido y memoria (Vázquez, 2001; Jelin, 2002).

*“Es que la toma para mi no fue nada de agradable, nada de bonita, es como que yo tenía todo ese grabado en la mente, todo los días lo mismo, lo mismo, lo mismo, saber y ya después como que quise olvidar esa etapa” (E2).*

Seguramente este querer olvidar esa etapa sea más generalizado de lo que creemos, razón por la cual esa acción tan fuerte de realizar una huelga de hambre sea motivo de omisión por los demás entrevistados. Es interesante conectar esta situación con lo que indica Elizabeth Jelin (2002) respecto de la vinculación entre memoria y olvido, para quien más que un corte radical entre ambos elementos, habría un lazo constitutivo. Se olvida no porque se carezca de la información de lo acontecido, si no porque algunas experiencias están elaboradas sobre la base de miedos sustanciales, sufrimientos encarnizados, o angustias insufribles. Desde aquí podemos interpretar

que las omisiones de los pobladores de Esperanza Andina respecto de la huelga de hambre tiene que ver sobre todo con la presencia de huellas dolorosas respecto de lo vivido, pero que en cuya omisión se da cuenta, de todos modos, de presencia: no se trata de una desaparición del acontecimiento, si no de el susurro de su existencia, en una suerte de estado latente que no permite ser puesto en palabras por la crudeza de la experiencia.

## 12. Los dirigentes de la toma

### 12.1. Los dirigentes, la biografía política, y la enseñanza.

Mucho se ha enfatizado, en los apartados anteriores, acerca arduo trabajo que debieron articular los hombres y mujeres que tomaron el terreno de Peñalolén, o sobre las acciones que debieron articular para efectos de sostener el proceso e ir dando logro a cada objetivo propuesto. Pero en nuestro relato ha aparecido circunstancialmente el trabajo de quienes llevaron la conducción de la toma, de quienes hicieron de “cabecillas”, como dicen los mismos entrevistados, en el proceso de ocupación del territorio. Es hora de analizar ese lugar específico y los sentidos que sobre él despliega la memoria.

Un primer elemento que resalta, tiene que ver con la misma biografía de estos dirigentes, las cuales en algún caso estuvieron ligadas a procesos de militancia política partidista, o por lo menos vinculadas a simpatías en el contexto de alguna tendencia política. El caso más claro es el recuerdo que uno de los entrevistados comparte acerca de José Luis Flores, importante dirigente de la toma de Esperanza Andina, desde los primeros días de su existencia. José Luis Flores, recuerda este entrevistado, estuvo ligado a los procesos de militancia política de la izquierda revolucionaria chilena, MIR, y que su historia de vida estuvo atravesada por una participación activa en dicho movimiento: *“No, ellos eran de Lo Hermida, José Luis era un, entre comillas así, era un ex combatiente del MIR” (E1).*

Según recuerda el entrevistado, José Luis se reconocía como combatiente, y así se le reconocía por los habitantes del campamento, presentándose en público como un luchador en procesos previos a la toma. Se recuerda que rechazaba al Estado y los aparatos que permitían reproducir



sus relaciones de poder, y lo caracterizaba una particular animadversión por las injusticias y desigualdades que emanaban de aquella entidad que se supone debía solucionarlas. En la mayoría de los entrevistados es el más mencionado de los dirigentes.

Por otro lado, es el mismo entrevistado hace ver que él estuvo vinculado estrechamente a organizaciones de izquierda, en tiempos previos a la restitución de la democracia en el país. El entrevistado, en el marco de un recuerdo acerca de cómo se comenzó a planear la toma e terreno, indica lo siguiente:

*“Entonces, y como es la cuestión... porque nosotros pertenecíamos, bueno después empezamos a pertenecer al Movimiento (...), independiente del otro, del MIR, nos juntamos y planeamos, empezamos a conversar de los allegados de este país, y ahí surge la idea, no sé, una idea así loca de vivir en Peñalolén” (E1).*

No se sabe de la situación de los demás actores que ocuparon la misma posición de dirigentes dentro de la estructura organizacional de la toma, pero lo cierto es que esta militancia política bien pudo haber influido tanto en las articulaciones estratégicas que se dieron tanto para llevar a cabo la ocupación, como para mantenerla. En efecto, es muy probable que esas biografías operan en realidad como experiencias acumuladas de aprendizajes, como un acervo de hábito organizativo con importante influencia en el proceso.

De hecho, junto a la militancia política, lo que caracteriza a estos dos dirigentes es que ambos tuvieron la posibilidad de participar de otras experiencias de tomas de terrenos previas a la de Esperanza Andina, dibujando una línea de continuidad, a pesar del tiempo transcurrido, entre la ocupación en que se enfoca esta investigación, y las que se suscitaron cuando el régimen militar aun gobernaba el país. No resultaría exagerado extender esta línea de interpretación, y asumir que si la toma de Esperanza Andina duró lo que duró, y del modo en que se hizo, fue gracias a la acumulación de experiencia política ganada en otro momento y en otro lugar por estos personajes. Vale decir, sin desmerecer todo el trabajo realizado por los pobladores con menos experiencia organizativa para sacar adelante el proceso, podría pensarse que importantes logros se fueron obteniendo gracias al acumulado de experiencias de estas biografías políticas. Y aunque esta es una interpretación que va más allá del relato compartido, una de las entrevistadas recuerda

con agrado que José Luis Flores venía con un “cuento” que transmitir, el que es valorado como parte de una inteligencia particular que impregnaba la toma. Hablando de José Luis Flores, la entrevistada indica que: *“Él venía con un cuento, era muy inteligente el hombre, él te planeaba las cosas así, y veía los pros y los contra, y las organizaba para allá y para acá, un hombre muy inteligente”* (E6).

En general, se puede rastrear del relato de los entrevistados, una valoración positiva respecto de la figura del dirigente, seguramente porque en él recayó la conducción del proceso, logrando mantener una mirada de conjunto que permitió sortear los momentos más complejos. Pero también, son otros los nombres que aparecen destacados en el relato de quienes nos comparten sus experiencias de ocupación, hombres y mujeres que, tal como lo hizo José Luis, asumieron la conducción del campamento de principio a fin. Se recuerda a Olga Leiva, Juan Vera, Miguel Ángel, Maritza Llagra.

En el reconocimiento positivo que hacen los entrevistados acerca de los dirigentes, se dice sobre acerca del “saber” que ellos poseían, sobre esa suerte de conocimiento “especializado” que detentarían respecto de cómo desarrollar tomas de terreno, y sobre cómo mantenerlas en el tiempo; se dice sobre la cualidad de “maestros” que caracterizó a más de algún dirigente, toda vez que sus acciones operaban en los demás una suerte de “enseñanza” en relación a como debía ser una buena conducción del campamento; se recuerda sobre la “lucha” incansablemente sostenida por ellos durante los años de la ocupación; se recuerda, por fin, que el trabajo del dirigente se emprendía sobre una “mística” particular capaz de envolver a los pobladores en la atmosfera de la toma. Es aquí considerar el relato de algunos pobladores:

*“José Luis Flores, sí, y él nos enseñó a nosotros, (...) y él también, él decía que si uno de corbata, no porque este vestido así, te golpeó una vez la mesa tu golpéasela dos veces, me dijo y él nos decía, no aguantes que nadie te obligue, y ellos vinieron nos hicieron clases para que fuéramos unos dirigentes sociales (...) para que nos respetaran tal como es, no le tengas miedo al que esté con terno y corbata al lado de allá de la mesa, son igual que ti (...)”* (E3).

*“(…) y surgió la gran magia de ellos,, que son las personas muy inteligentes, muy inteligentes un grupo de directiva que había en ese momento, mucho que era en Gandhi Nuevo Amanecer él, viene con una personalidad de allá, entonces José Luis, la Olga, la Maritza Llagra, mucha gente más de la directiva que había; Juan Vera, y todos veníamos con un propósito, entonces se hizo una estrategia” (E7).*

Ahora bien, sin querer hacer apología de la figura del dirigente de la toma de terreno en este apartado, es menester detenerse un poco más en lo indicado por los entrevistados, porque creo que allí se juega parte de lo sustancialmente valorado desde las memorias. Por una parte, la entrevistada indica que si algo dejó Olga Leiva fue un legado, vale decir, un producto capaz de traspasar la historia de la población. Y en algún sentido esa dirigente aun tiene presencia en la población gracias a ese legado, más allá de su muerte biológica: la “finada”, como le dicen, aun vive en cada espacio de la población, gracias a las huellas que dejó. Vive en las calles de la población, pero también en el jardín infantil por el que tanto luchó. Caminando por la población, una de las entrevistadas me muestra un memorial hecho para ella posterior a su muerte, al lado de la plaza central de la población, lo cual me confirma la valoración hacia ella.

Por otra parte, el entrevistado 3 arguye también lo que podríamos denominar el legado de la “enseñanza” dejado por los dirigentes, asociado al respeto de derechos irrenunciables que se defendieron: el derecho del poblador a no ocupar un lugar de dominio respecto de los que han sido favorecidos por esta sociedad, siempre productora de desigualdades y precariedad para la clase popular. Esa enseñanza de que “hay que golpear la mesa” es una suerte de herencia inmaterial constituyente de la subjetividad de los actores entrevistados, legado que queda gravado también como una marca en cuerpo singular y colectivo de Esperanza Andina. A partir de estos aprendizajes cobra sentido lo que nos indica Echeverría (2001) respecto de los procesos de transformación de los sujetos en el marco de las disputa por los territorios, los cuales, para el caso de Esperanza Andina, se materializan en subjetividades nuevas de los pobladores gracias a los procesos de aprendizajes experimentados de la mano de la dirigencia.

## 12.2. Los conflictos entre los dirigentes

Ahora bien, los conflictos en la toma de terreno, como en cualquier proceso sociopolítico, tuvieron presencia y se dejaron sentir. Queremos enfatizar un elemento relacionado con tensiones y disensos que emergen entre los dirigentes, y uno de nuestros entrevistados. Estos problemas, aludidos en su recuerdo por nuestro informante, dicen relación con aspectos de tensión organizativa, y con cómo, desde su punto de vista, culminó el espíritu de la dirigencia del campamento. Es importante destacar que el relato de conflictos aquí indicado proviene del entrevistado que ocupó la posición de dirigente, y no fueron indicados por los demás entrevistados.

Por un lado, el informante recuerda que en algún momento, y a propósito del ánimo democratizador de la estructura organizacional del campamento, tuvo que enfrentarse a los dirigentes en un momento en que pobladores se vieron seducidos ante lo que él consideraba el recibimiento de limosnas provenientes del exterior, y que algunos pobladores estaban admitiendo sin mucho problema. Si bien esto no fue generalizado dado el rechazo al asistencialismo que existió, esa situación marcó un punto de tensión entre el entrevistado y los demás conductores. Él mismo recuerda haber dicho claramente que:

*“(...) aquí no vinimos a limosnear ni a pedir, y estoy viendo que aquí va a pasar lo mismo que paso en la Silva Henríquez, el Los Morros, el Nueva Habana, donde la gente, los dirigentes permitieron que entraran los compadres con mercadería para este y se tiraban a flojos, les importaba un bledo si tenían la plata para su casa, pero les venía de todo, y eso aquí está pasando (...)” (E1).*

Más allá del contenido del conflicto, lo que se pone de manifiesto es que la tensión de algunos momentos llevó a una suerte de enfrentamiento de las posiciones defendidas. Por lo que se relata, no hubo problemas en acoger la medida, vale decir, de tomar cartas en el asunto para que la lógica caritativa no inundara la vida de la toma. Sin embargo, lo interesante es que en la elaboración de la memoria este dirigente recuerda que la disidencia entre los actores no fue vetada o censurada, si no que se desplegó con toda su fuerza.

El mismo poblador rememora otro suceso de conflicto, en que él fue acusado de recibir ayuda de partidos políticos para romper con la organización de la toma, por ser contraria a las ideas políticas de la derecha chilena, conflicto que una vez más implicó el enfrentamiento de este dirigente con los demás “cabecillas”. Se recuerda lo que ocurrió a propósito de una asamblea:

*“Llego, me paro al frente así y empiezo, que yo en las noches me reunía con la gente de la UDI para hacer quebrar esta toma, que Jovino Novoa me estaba alimentando a mi familia, cosas así, me acuerdo que termina la asamblea, el weon se va por el sector dos, yo lo sigo y me enfrento a ese weon, le saque la chucha, y dije yo, aquí el único dirigente que no es coimero, ni siquiera se ha robado un peso, soy yo, mi familia le dije yo, para la pascua que pasó hace muy poquito estábamos tomando sopa de pan weon, porque mis recursos que yo tenía los gasté, y esa weá que ustedes están haciendo no está bien, que ustedes llegue para acá adentro, han vendido esta población, dije yo, traicionaron en pensamiento esencial de un dirigente social.”*  
(E1).

Como se puede apreciar, a diferencia de lo relatado por los demás entrevistados, este poblador toma distancia del recuerdo de los dirigentes asociado solamente a un valor positivo, desarrollando más bien una narración en que ellos aparecen sobre todo degradando el proceso de la ocupación de terreno, incluso traicionando el pensamiento social del dirigente.

No es nuestro trabajo indicar si lo relatado por este actor responde efectivamente a lo que sucedió, pues, como hemos mencionado, nuestra perspectiva de la memoria de aleja de una concepción representacionista de la realidad, sin embargo nos parece importante enfatizar esta construcción de recuerdos permitiéndonos identificar relaciones de poder en el seno del ejercicio de memoria. Para decirlo en breve, la realidad producida por el relato de este entrevistado enfatiza en la dimensión conflictiva entre los dirigentes, que es finalmente lo que nos interesa recalcar como realidad vivida, sobre todo por los sentidos que se van engarzando.

Desde el punto de vista del informante, lo que operó al menos en un par de dirigentes (¡algunos se salvan!), fue una traición hacia el pensamiento inicial de la ocupación, hacia sus idearios, y en ese sentido se configuró una traición directa al corazón del espíritu de la iniciativa. Si la toma

tenía que ver con respetar su desarrollo sobre la base del respeto por el colectivo, desde el punto de vista de nuestro informante ese respeto fue transado progresivamente por una economía de los beneficios que nada tuvo que ver con el campamento.

Lo importante para nosotros es que este tipo de recuerdos permite generar un sistema de diferencias que organiza las interpretaciones: entre el dirigente que llega hasta el final con sus ideales, y el que los traicionan sin miramientos; entre un dirigente que coloca todos sus recursos al servicio de la ocupación, y los que más bien “hacen futuro” con ellos; entre quienes efectuaron una real identificación con la iniciativa, y quienes la usaron utilitariamente para beneficios personales. Estas diferenciaciones forja una distancia respecto de la interpretación hecha por los demás entrevistados, pero profundiza en una realidad muy sentida para nuestro informante, dejando a los otros conductores del proceso situados en el peor de los lugares posible, vale decir, como quienes vendieron la población, pero dejándolo a él en un lugar de privilegio toda vez que alude haber respetado, hasta el final, los ideales de toda dirigencia social. Es interesante notar que sólo uno de los entrevistados, además de ex dirigente, recuerda un episodio en que hubo conflictos con algunos dirigentes, cuando uno de ellos es detectado quedándose con dineros del campamento:

*“(…) se decía que habían dirigentes que tiraban al lado de él no más, decían necesitamos plata para esto, necesitamos plata para esto otro, pero no era así la cosa, la plata era para ellos” (E10).*

Aquí podemos apreciar claramente cómo en el ejercicio de hacer memoria no solamente se pone en juego una construcción del pasado, desde el presente, sino además una configuración de ese pasado en que los actores de la trama narrativa son construidos sobre la base de identidades que prescriben ciertas características subjetivas a los participantes, en específico, a los dirigentes. En efecto, en la línea de lo que sostiene Íñiguez (2001), podríamos decir que la fuerza del relato del entrevistado al hacer memoria, permite modelar lo que se siente y piensa respecto de los demás dirigentes, lo que se cree respecto de ellos, generando efectos de identidad sobre la base de alteridades negativas y mismidades positivas. En el lado de la alteridad quedan colocados esos

dirigentes traicioneros, rufianes de los ideales quebrantados, vendidos, pero en el lado de la mismidad positiva, él aparece como signo de una pulcritud dirigente que debió haberse respetado.

Lo interesante es, no obstante, reconocer que en el juego del hacer memoria lo “otro” se entrelaza con lo “mismo”, propiciando tensión y reforzamiento respecto de las propias posiciones ocupadas, dando coherencia incluso a su vivir en la actualidad. Los demás entrevistados, al hablar positivamente de los dirigentes contribuyen en la construcción de sus identidades también valoradas, toda vez que algo de esos personajes ha sido heredado por ellos. Así lo manifiesta la entrevistada que operó como dirigente junto a Olga Leiva, quien habría continuado con su legado en el jardín infantil, o con la que hoy es presidenta de la junta de vecinos, quien ha dado continuidad al trabajo comunitario, a pesar de las dificultades. Esta relación de recursividad también ocurre con el ex dirigente entrevistado, quien al relatar sobre las malas prácticas en las que habrían incurrido sus colegas, nos informa también sobre las buenas acciones que él habría desarrollado, dejando ver cómo su propia identidad es tributaria de ese sistema de diferenciaciones efectuados desde el ejercicio de memoria.

### 13. Consideraciones acerca de la actualidad de la población

#### 13.1. En la Esperanza Andina, ya nada es lo mismo

A medida que avanza la producción de la información para el análisis nos vamos encontrando con un dejo de nostalgia en algunos entrevistados, sobre todo cuando la conversación versa sobre las características actuales de la población. Una de las pobladoras grafica esto con naturalidad, compartiéndonos que, desde su punto de vista, el territorio y sus dinámicas internas ha sufrido tal nivel transformación que de la Esperanza Andina sólo queda el nombre. La naturalidad con la que comparte su apreciación, se mezcla también con un poco de rabia y frustración, al ver que los aspectos que hoy en día caracterizan al sector no serían para nada algo de lo cual poder sentirse orgullosa.

*“La Esperanza Andina, ya no es la Esperanza Andina, La Esperanza Andina ya murió, ahora queda el nombre solamente, pero en la relación de vecinos ya se murió todo. (...) Antes cuando éramos campamento, estaban las calles limpiecitas, ahora pasas y están llenas de mugre de perros por todos lados, hediondo todo, ah no se”*  
(E6).

Es muy probable que esta interpretación esté atravesada por el lugar que ocupa la entrevistada en la actualidad, el cual está asociado a la presidenta de la junta de vecinos, desde donde manifiesta un claro reparo a cómo en nada se contribuye al cuidado del sector. Sin embargo, más allá del ejemplo concreto que coloca la entrevistada para poder graficar este proceso de transformación, lo importante es, por una parte, la indicación acerca de que algo ha ido cambiando, pero por otra, que esta identificación de cambio se va tejiendo con los relatos de otros entrevistados, quienes van entregándonos algunos elementos específicos sobre este proceso.

Varios son estos elementos que entran en este marco de consideraciones, desde la emergencia de un “apagamiento” de la población, hasta la manifestación generalizada de una “desilusión” por parte de los mismos habitantes de Esperanza Andina, pasando por el hecho de que desde del afán



por resguardar los intereses colectivos se ha transitado a uno caracterizado más bien preocupado por el abrigo del “beneficio personal”. Como indica uno de los entrevistados:

*“Un poco mas apagada, pero eso no significa que, o sea, no significa que este muerta, esta mas apagada nomas, ¿por qué? Porque ya te cambió todo el clima, antes como campamento tu mandabas, y no era que era dictador porque cada cual necesitaba su casa, pero tu ahora no puedes ir a decirle a una persona, sabes... porque antes que es lo que hacíamos, oye hay que barrer las calles porque está sucio y la barrían, si yo voy ahora y les digo (...) porque son de ellos sus casas” (E3).*

Estos extractos circulan alrededor de la tensión que suscitada luego de entregas de las viviendas sociales, en el año 2000. La tarea de mantener un mínimo de organización se torna cuesta arriba porque pareciera que hoy no se puede soslayar el deseo por “lo privado”: ahora las casas, y el espacio que rodea su proximidad (de las rejas de la vivienda hacia adentro) parecen haberse transformado en lo que moviliza a los habitantes.

Es muy probable que el lugar ocupado por la entrevistada determine buena parte del sentido dado a la actualidad de la población, pero a su vez, posiblemente las experiencias que hoy le toca vivir como presidenta de la junta de vecinos actualice el sentido del pasado, desde una valoración muy positiva. El enunciado “de la Esperanza Andina sólo queda el nombre” evoca seguramente todas las dificultades que se le pueden presentar a una persona que ha decidido asumir la responsabilidad de conducir procesos de organización comunitaria en los tiempos que corren: dificultades de convocatoria, de cumplimiento de los objetivos, de identificación, de participación, de gestión con las agencias de gobierno, local y nacional, etc. Tal vez, indicar que Esperanza Andina está muerta en término de la relación con los vecinos hable de la fuerza con que se instaló el cambio de vida al interior de la población, desde la entrega de las viviendas, cambio que implica otras fuerzas de atracción.

Lo interesante es que el otro entrevistado instala un matiz en su consideración, indicando que para él la población no está muerta, si no más “apagada” que antes. A diferencia de la entrevistada, él sostiene que la gente aún apoya cuando se presenta alguna dificultad mayor, de modo que desde ahí pueden visualizarse destellos de participación, a pesar de que este informante

termina reconociendo que ya no es lo mismo. La explicación dada por él sobre este asunto no es menor: ese mandato sociopolítico que antaño movilizó a los habitantes del campamento ya no estaría más, o cualquier mandato que se realice en torno de lo “común” hoy se diluye muy fácilmente, sin poder materializarse en prácticas concretas.

Sin embargo, en continuidad con este matiz, la entrevistada 8 nos indica que aunque reconoce que la población ha bajado su intensidad participativa, aun en su pasaje la gente organiza acciones importantes para mantener una suerte de micro comunidad entre sus habitantes más cercanos, todo lo cual se ha hecho a costa de mucho trabajo. Esta entrevistada habla de las fiestas de navidad, del apoyo entre los vecinos del pasaje, de la celebración de fiestas patrias, o el apoyo cotidiano que se brindarían los vecinos si algo se necesita. Pero nuevamente recalamos las diferencias en las interpretaciones entre la entrevistada 8 y la presidenta de la junta de vecinos, en donde para esta última el conjunto de iniciativas llevadas a cabo no parecen ser suficientes, como si se esperara que la intensidad vivida en el marco de la ocupación se actualizara en la actualidad.

### **13.2. La pasividad y el ensimismamiento actual de los habitantes**

Ahora bien, dos elementos más son incorporados por los entrevistados a los que ya nos han compartido respecto del presente. Por un lado, una importante “pasividad” inundaría la subjetividad de los pobladores, y, por otro, un progresivo “ensimismamiento” se manifestaría en las vidas los actores, ambos elementos sumamente ligados entre sí. Los entrevistados caracterizan el movimiento interno de la población y sus habitantes asociándolas a la paralización de las iniciativas, a una la huelga de los acontecimientos, como diría Baudrillard (1993). Desde allí, lo que fundamentalmente recogen algunos de los entrevistados acerca de los tiempos que corren en Esperanza Andina, es una suerte de anverso de lo que fue.

Mientras la toma gobernó los espíritus de los actores, fue muy difícil alcanzar un estado de inercia, porque eso iba contra la lógica de la iniciativa. Así se explica cómo, aun cuando los tiempos de tomas habían pasado en la sociedad chilena, y aun cuando el país estaba restituyendo progresivamente su democracia, lo que caracterizó el ejercicio de estos pobladores en el

campamento fue el de la ininterrupción de las acciones, siempre con miras del objetivo de la obtención de la vivienda, y el territorio:

*“Es una población, mira, es una población que ya de la lucha pasó a lo pasivo, tu vives en tu metro cuadrado (...) Claro, no es tanto como antes, que antes la gente iba, estaba motivada” (E1).*

*“(...) Cuando tú le pides ayuda para cualquier cosa “no es que no pueden, es que no sé qué, que no sé cuánto”, (...) y no, no les interesa, no les interesa su entorno” (E6).*

Los pobladores utilizan sus propios argumentos, sus propios términos, para sostener esta característica del poblador en la hora presente. “Pasar a lo pasivo”, implicaría haber dejado de lado un conjunto de iniciativas desplegadas sobre la base de la lucha, del empuje, como si de lo que se tratara hoy fuera solamente de vivir, pero ya no más de disputar elementos sobre sus formas de vida. La gente “no está motivada”, también se dice, lo que nos hablaría de la desaparición de un motor que sí tuvo existencia cuando aun se vivía en el campamento.

Esto último nos permite engarzar con el elemento complementario al de la “pasividad”, lo que es indicado, desde el decir de nuestros informantes, como un “ensimismamiento” de los actores. Por ensimismamiento habría que entender el proceso por medio del cual los pobladores del territorio habrían sufrido una suerte de repliegue o volcamiento de las energías hacia elementos privados: los hijos, la pareja, el hogar, etc. Aquí el sentido de lo relatado dice relación con hacer una partición de mundos que antaño no estuvieron tan divididos, un mundo externo, el de la población, el de las calles, el del entorno, el de los encuentros y las reuniones, el de lo que le sucede al otro, por una parte, pero por otra, un mundo privado, el de la casa, la familia, el de la preocupación por los hijos, incluso el lugar de lo interior personal que, en tanto tal, sólo pertenece al individuo.

Sostenemos que el relato de los pobladores acerca de la actualidad del territorio nos habla de la división de dos mundos, el privado y el público, división que no necesariamente existió cuando se era campamento. En el fondo, aun en el marco de la toma siempre de habló de esos dos ámbitos (lo público y lo privado), pero se hizo sobre la base de imaginarios que destacaban algo

de su presencia en un marco de tensiones: para más de un entrevistado los límites de lo público y lo privado habrían estado desdibujados durante la ocupación, toda vez que sus habitantes participaron de un espacio intermedio, que nunca fue totalmente privado o totalmente público.

Desde un inicio, la toma fue más bien el espacio del afuera, si se me permite esta expresión para indicar que las relaciones que allí se fraguaron entre los habitantes estuvieron sostenidas por ese lugar con interiores precarios, o con un sistema de interioridad muy debilitado. En este marco de consideraciones se comprende que uno de los reclamos más profundos realizados por una de las entrevistadas, haya tenido que ver con los costos de la toma para el mundo de lo privado: desde su punto de vista hubo una hipoteca de la familia, traducida en el debilitamiento de las relaciones de intimidad.

Como se ve, la tónica del relato acerca del presente gravita alrededor de la idea del ensimismamiento. “Vivir en su metro cuadrado” es literalmente lo que lo que habría terminado sucediendo, desde la interpretación de algunos entrevistados. Sus consecuencias han sido las de haber perdido la comunicación entre vecinos, las de haber olvidado las virtudes de los apoyos mutuos. Para nuestros informantes el punto central que explicaría lo sucedido, estaría situado en lo acontecido con la entrega de la vivienda, como si la producción de ese bien tanpreciado, tan luchado, hubiera implicado poner fin a esa historia del ejercicio de lo público, por privilegiar más intensamente esa dimensión privada. Pero he aquí la ironía del dispositivo según nuestra interpretación: justamente aquello por lo que tanto se luchó, hoy es presentado como el articulador de las nostalgias cotidianas, como lo que produce un padecimiento afligido por lo que se perdió.

Sin embargo, no todo es nostalgia en los relatos del presente, pues también identificamos caracterizaciones en que la actualidad de la población mantiene vivo un ejercicio de participación colectiva. Dos entrevistadas comparten sus relatos disintiendo de la hipótesis de la muerte de la población o el ensimismamiento radical:

*“Para la cancha para conseguirle las luces a los chiquillos, porque juegan a la pelota ahí a oscuras y sacar un poquito a los cabros de la delincuencia cachai, de repente se hacían campeonatos de baby fútbol, donde cada pasaje tenía sus*

*niños y se hacen equipos y les entregaban copas o un premio chico. Siempre se están organizando esas cosas, se hacen esas actividades pa sacarlos un poquito del círculo vicioso” (E8).*

*“(...) la plaza era un terrible plazón ahí pero no tenía ni pasto y ahora le pusieron pasto y mas arbolitos y se está ampliando la sede, se están haciendo más cosas acá adentro, nos pusieron lomos de toro que necesitábamos, le pusieron letreros, pero antes no lo hacían, entonces... y entramos para poder levantarlo un poco más” (E3).*

Tal vez haya que reconocer que las iniciativas antaño desarrolladas por los habitantes de la población manifestaban un carácter sociopolítico difícil de identificar en la actualidad, sin embargo, las acciones reconocidas por los dos últimos entrevistados dan cuenta de la multiplicidad de sentidos que se asocian al presente, permitiéndonos interpretar que no habría tanto sólo un pasado sino varios posibles de experimentar y sentir, varios pasados posibles de habitar. Para unos se trataría de un presente deshabitado, como si el espacio dinámico y cargado de relaciones sociales públicas hubiera tomado la forma de un desierto vacío y desolado, pero para otros, ese desierto no sería tal en la medida que pequeñas iniciativas son desplegadas por actores comunitarios diversos preocupados por el cotidiano vivir de la población.

En ese sentido interpreto lo que me comparten los entrevistados como que asistimos a un proceso de reterritorialización en Esperanza Andina, el que, como lo menciona Echeverría (2001), implica siempre una reinención de los enlaces entre deseo y acción, entre expectativas de vida y formas de sobrellevarla. Deseo de más participación, y reconocimiento de lo que ya no está más, pero también reconocimiento de iniciativas microscópicas que sin embargo llenan de sentido la cotidianidad a algunos de nuestros entrevistados.

### **13.3. La Esperanza Andina como un lugar tranquilo para vivir**

Ya transcurridos más de veinte años desde la ocupación del terreno, la mirada que tienen los entrevistados acerca del estado actual de la población también incorpora una dimensión positiva, asociada a la tranquilidad del espacio para vivir, situación que nos informa sobre otro de los elementos de lo que hoy por hoy se estaría disputando en el territorio.

Esta interpretación de la actualidad del sector nos habla de que ya pasó el tiempo de la conmoción, del disturbio, de la interrupción de una vida cotidiana sosegada que nunca fue tal en realidad, mientras duró la toma. Ya los procesos de organización intensa desaparecieron porque con ellos acabaron también las razones para hacerlo, porque hoy la Esperanza Andina es una “población”, con viviendas sociales, y sus respectivos habitantes, con procesos de urbanización necesarias donde poder residir cómodamente, con plazas y canchas donde recrearse, con sede comunitaria, con Escuelas... tal y como alguna vez se soñó.

En el interior del territorio ya no se oyen los gritos de pobladores convocando a reuniones improvisadas a tardísimas horas de la noche, ni tampoco niños jugando al calor de un espacio baldío lleno de tierra y barro. Tampoco se escucha, por supuesto, la sonajera de ollas preparándose para el almuerzo colectivo, o las ramas de árboles quebrándose para hacer el fuego que templará el lugar durante las frías noches de invierno. Nada de eso es más necesario, pues si algún ruido se escucha al interior de la población, siempre se trata más bien del canturreo cotidiano de todo sector que vive sus dinámicas internas, como cualquier otra población. En poco tiempo, los elementos de caracterización positiva de la actualidad del lugar se hacen notar. Para uno: *“(…), es una población, es una población rica para vivir esta, no es conflictiva” (E1)*. Para otra: *“Haber, yo creo que dentro de todo bien, no encuentro que haya tanta delincuencia, tanta maldad como en otras poblaciones” (E2)*.

*“(…) porque es una población tranquila, tu a la horas que pasas no te hacen nada, existe yo creo que los mismos problemas que existen en todas las poblaciones, hay un poco de droga, hay un poco de delincuencia” (E3)*.

La tranquilidad a la que aluden los entrevistados se traduce concretamente en algunos elementos que son significados positivamente en sus relatos, como que la población no presenta niveles de conflictividad que impidan un buen vivir en su interior, y, a pesar que se informa sobre la presencia de “un poco de drogas o un poco de delincuencia”, no se trata de algo que no suceda en otros sectores con similares características, mostrando no la ausencia completa de ello, sino más bien, en algunos casos su aceptación, su tolerancia porque ya lo más negativo pasó.

Conectando el pasado con el presente, es interesante notar que al menos para estos tres entrevistados, parte de la tranquilidad a la que se refieren se realiza a costa de naturalizar situaciones que antaño hubieran sido impensadas. Los ejemplos más característicos son el de la droga, el alcohol y la delincuencia. Hoy, a pesar de que la percepción de la vida en la población es favorable porque que allí se puede “vivir tranquilamente”, aquellos aspectos que pueden perturbar esa misma tranquilidad no son tensionados con la misma intensidad con que se lo hizo hace algunos años, salvo para el entrevistado 10, quien manifiesta la posición más pesimista respecto de este problema: *“si, se metió la droga si hay de todo aquí, se pelean, se disparan ahora entra pistola entra de todo (E10).*

Tal vez los rendimientos de la toma relacionados con el haber obtenido su lugar de vida haya implicado concebir que, aunque elementos como estos tienen existencia en la población, no se trata de situaciones demasiado preocupantes para sus habitantes. Al contrario, a pesar de ello, la población se presenta como una zona “rica para vivir”.

Cabe interpretar de esto último que en general las expectativas de las familias que lucharon por una vivienda y un territorio propio se han cumplido, de modo que si en algún momento las experiencias de la toma estuvieron ancladas a todo lo negativo que implicó carecer de un espacio y techo propio, hoy todo ello se resignifica al poder contar con aquello por lo cual se luchó, evidenciando procesos de construcción de nuevas subjetividades como efecto de una integración al sistema establecido, como lo mencionara Wacquant (2007) acerca de otros procesos experimentados por poblaciones de marginalidad que han logrado integrarse a las dinámicas formales de la sociedad.

Así, la favorable concepción del territorio está dado hoy, por ejemplo, gracias a que las dinámicas familiares se pueden restablecer al calor de una vivienda, o que proyecciones diferentes se pueden realizar en torno al crecimiento personal tanto de los padres como de los hijos, al ver la posibilidad de estabilizarse económicamente, por un lado, pero por otro, al apreciar que sus hijos no vivirán en las mismas condiciones que sus padres, ni como allegados, no como habitantes de un campamento.

Estos elementos marcan una línea de interpretación respecto de posibles disputas que en la actualidad podrían estarse presentando en la población, y que demarcarían diferencias en las posiciones de los entrevistados. Claramente parte importante de esas diferencias estarían configuradas por dos ámbitos de acción, en las cuales quedarían situados tipos de pobladores: por un lado, podemos identificar aquellos que a pesar de reconocer que los frutos de la ocupación han sido los más importantes, manifiestan una “versión nostálgica” acerca de la actualidad de la población, producto de lo cual se visualiza el pasado como un lugar deseable de restituir o restablecer, sobre todo en lo que a procesos de organización comunitaria se refiere. Pero por otra, identificamos a aquellos que, valorando profundamente muchos de los procesos articulados en el marco de la toma de terreno, visualizan su presente como el mejor de los momentos de su vida, ese momento que al fin llegó y que habría que disfrutar.

En el primero de los ámbitos, encontramos el sentido que se articula en el entrevistado que fue dirigente, en aquella mujer que hoy ocupa el lugar de la presidenta de la junta de vecinos, en el hombre que por el conocimiento de los oficios le tocó distribuir las viviendas a los habitantes. En los tres casos, pero cada uno a su manera, el pasado opera con la fuerza necesaria como para considerar el presente con una carga nostálgica por lo que se habría perdido hoy en día. Uno, el ex dirigente, aludiendo a que las convocatorias de organización ya no tienen sentido para una población que ha perdido la ilusión por la participación, por el involucramiento de los asuntos comunes, por la vecindad; otra, la conductora de los procesos vecinales, indicando que los apoyos mutuos ya no pueden presentarse porque los habitantes sólo están interesados en lo que ocurre desde la reja de las casas para adentro, sin importar mayormente el entorno; y el tercero, considerando que el volcamiento hacia los asuntos personales ha implicado una merma del interés por lo público, a tal punto que la gente de la población ya ni siquiera recuerda que los nombres de las calles fueron puestos *en memoria* de actores claves que contribuyeron a la organización y mantenimiento de la toma.

En el segundo de los ámbitos, encontramos el conjunto de significados positivos de quienes más bien sienten una importante comodidad con su actual población. Este es el sentido de lo relatado por la entrevistada que nada tuvo que ver con la política formal, con la mujer que se identificó más bien con una tendencia política de derechas, también por aquella que se situó en el centro



del espectro político, o por quien quedó a cargo de la dirección del jardín de la población. En todos los casos, las consideraciones sobre cómo interpretan su actual vivir están muy alejadas de una determinada nostalgia, informándonos en realidad de importantes sentimientos de comodidad, beneficios y conformidades, todos los cuales se habrían producido luego de tanta lucha y sufrimiento.

Se trata de las comodidades de haber obtenido una vivienda, y un espacio donde poder sobrellevar sus vidas, lo que las aleja de aquellos tiempos difíciles de la toma. Aquí, la dimensión de “lo familiar” cobra una relevancia importante, pues es desde ella que se articulan, en general, estas favorables consideraciones. Se valora profundamente haber podido restituir una dinámica familiar casi totalmente inexistente, logrando desplegar relaciones en un marco de intimidad caracterizado por el resguardo del hogar (¡ahora se puede tomar una taza de té con los suyos!); se valora al mismo tiempo haber alcanzado un importante crecimiento personal, lo cual ha hecho que ellas mismas en tanto mujeres hayan podido alcanzar grados importantes de autonomía que nunca antes tuvieron (¡ya las mujeres no experimentarían dependencia respecto del hombre!); se valora, por fin, el que su actual condición de vida en la población les haya brindado la posibilidad de mejorar la situación de su familia descendiente, pudiendo entregar elementos que ellos mismos como poblador nunca tuvieron: una vivienda donde crecer, una educación que permita ir produciendo asensos sociales, una salud adecuada (¡los hijos de los pobladores podrán ascender en términos de posición social!).

De este modo, el espacio actual de la población se dirime en una triple dimensión: primero, entre lo que no se realiza como antes porque la gente perdió todo sentido de unión; segundo, lo que se realiza de todas formas para ir mejorando progresivamente el barrio; y, tercero, una suerte de conformidad por considerar que ya se alcanzó el objetivo deseado, después de lo cual no cabría más que disfrutar los beneficios. De este modo, el pasado y el presente confluyen en un conjunto de relaciones que no conforman unanimidad sino diferencia, y a veces incluso discordia, sobre todo porque el grupo de actores nostálgicos atribuye responsabilidad a los demás habitantes sobre la inactividad de la población. De esta manera, un mismo presente se pluraliza y diversifica, así como se pluralizó pasado en las interpretaciones de lo que ocurrió con la toma, generando

aperturas de sentidos que, como veremos, también operan cuando los pobladores incorporan un en sus relatos lo que tiene que ver con los *imaginarios de futuro*.

## **14. Imaginarios de futuro de la población**

Estamos llegando ya al último apartado de nuestra investigación, luego del recorrido interpretativo de un conjunto de elementos que configuran los procesos sociopolíticos que dan sentido a la toma de la Esperanza Andina, sobre la base de las formas del recordar que nos comparten nuestros entrevistados.

En este último apartado nos detendremos, aunque más sucintamente, en los imaginarios de futuros que se articulan en el relato de los entrevistados cuando se les consulta sobre el porvenir de la población. No está de más recordar que si algún sentido tiene detenerse en ello, es porque aquí se *entrecruzan los tiempos* que se dan al interior de los procesos del hacer memoria, en donde la cuestión del futuro cobra relevancia para comprender aperturas y posibilidades de acción. En ese sentido la relevancia de atender a los significados del futuro están en las posibilidades de imaginar otros mundos posibles, y construirlos: las denominadas utopías que pugnan con los relatos nostálgicos que generan clausuras (Vázquez, 2001).

Hemos organizado el apartado en los siguientes puntos: el deseo por el desarrollo de un conjunto de mejoras para el barrio; el desarrollo y crecimiento de la familia; el interés por erradicar la presencia de consumo de drogas; el deseo porque la población mantenga la característica del “apoyo” entre vecinos que tanto la caracterizó. Finalizamos el apartado analizando algunos elementos relativos a la transmisión de la memoria para generaciones venideras.

### **14.1. De las mejoras del barrio**

En primer lugar, una de las entrevistadas imagina el porvenir poblacional vinculado a las posibilidades que tiene su sector de mejorar espacial y comunitariamente, gracias al despliegue de elementos que pueden parecer simples pero que en realidad no lo son tanto. Este recuerdo

sobre todo está actualizado por la entrevistada que hoy ocupa la presidencia de la junta de vecinos.

Los elementos que nuestra informante presenta en su relato tienen que ver con perros en buen estado, rejas pintadas, plazas hermoseadas, calles limpias, juegos adecuados para los niños, todos aspectos relacionados con generar una buena presentación del barrio a la mirada de sus habitantes. En efecto, lo que ella imagina es un lugar en que las rejas que protegen las casas de los habitantes estén bien arregladas, pintadas, y no como hoy lo están, en donde algunas de ellas aun presentan la forma preliminar de cuando entregaron las casas, con bastante deterioro. Por otro lado, ella imagina una población en que el problema de los perros callejeros deje de ser un problema, gracias a una suerte de fortalecimiento de las responsabilidades de los dueños de estos animales que día a día comparten con los habitantes del sector, las más de las veces descuidados. También se pone el acento en las calles y las plazas, las cuales le gustaría que estuvieran cuidadas de la mejor manera posible: calles bien hechas, bien presentadas, así como plazas que efectivamente produzcan el deseo de estar en ellas compartiendo con los amigos o la familia. Una consideración similar se genera respecto de los juegos de las plazas, los cuales debiesen aumentarse en cantidad y en calidad para satisfacer las necesidades de todos los niños de la población.

*“A mí me gustaría tener veredas bien hechas en cada pasaje, las casas todas con sus rejas bonitas, las calles limpias, que no hubiera perros en la calle, que se hicieran responsables de sus animales ponte tu una plaza con harto juego, una plaza así como las de campo, yo soy soñadora” (E6).*

Lo interesante del relato de esta “soñadora” es que su acento está siempre puesto en el espacio público, vale decir, aquel espacio que está destinado para a la mirada y circulación de todos y todas las habitantes del sector, destinados al compartir común. Lo que se desea no es, como se ve, un futuro mejor asociado a los elementos de ese mundo privado que tan intensamente se habría ido apoderando del barrio y la vida de sus residentes, sino su contrario, un conjunto de mejoras y arreglos en ese ámbito público de relaciones que ha ido perdiendo cada vez más terreno desde la entrega de las viviendas, según lo relatado por esta misma informante.

Pablo Fernández (2004) sostiene que el espacio puede entenderse como tiempo detenido, y en él se encuentra depositada la memoria de los acontecimientos significativos para sus habitantes. Podríamos pensar que la preocupación de la entrevistada respecto del espacio público no solamente dice relación con su rol en la junta de vecino, sino también porque en ese afuera se juega mucho acerca de la posibilidad de restituir una identidad anhelada por ella, y su continuidad. La nostalgia con la que presenta el relato es, para nuestra informante, también su contrario, la añoranza porque la historia vivida se restituya y quede plasmada en el espacio de todos. Creemos que para ella el espacio a recrear tiene que ver con la memoria que la constituye.

#### **14.2. Del desarrollo de la familia**

En segundo lugar, vemos un caso contrario al anterior, en donde una de las entrevistadas pone más bien el elemento de lo “privado” como punto central de su imaginario de futuro para la población. Desde el punto de vista de ella, es más bien en el campo de la familia donde está situado todo el deseo de mejora, ligado fundamentalmente a una visualización de bienestar de sus descendientes.

Lo que indica esta informante es la posibilidad de ver feliz a sus hijas en un futuro cercano, y vincula dicha felicidad con las condiciones de vida que ella misma como madre les ha podido entregar a consecuencia del haber luchado en la toma. La entrevistada habla de logros posibles de obtener sobre todo en el campo de la educación, algo que muchos de los pobladores que vivieron la experiencia de la ocupación no pudieron alcanzar, dada sus propias condiciones de existencia. Desde su punto de vista, es de esperar que ese logro se materialice concretamente en la posibilidad de que sus hijas obtengan una profesión universitaria.

*“(...) Eh, en la parte mía de ver a mis hijas feliz, eh, de conocer hijos por parte de mis hijas. No sé cómo irán a ser, es ver a mis hijas ser unas profesionales porque para allá van ya, los logros son de ellas ahora, de ver a mis hijas profesionales y decir "Mi madre participó en eso" (E7).*

Sin el ánimo de realizar algún tipo de valoración imprudente de su relato, lo cierto que es el porvenir visualizado por la entrevistada está situado en el campo de lo “propio”, de lo privado,

remitido finalmente al de ella y su familia. Es interesante notar cómo se ancla una suerte de espíritu de crecimiento personal en el relato, una suerte de lógica de los emprendimientos, cuyo deseo es que se vaya expandiendo hasta llegar a su misma descendencia; es un ideario que aspira a mejorar las condiciones de vida de sus hijas, en un nivel más avanzado respecto de lo que a ella misma le sucedió. De este modo, si el futuro de la entrevistada estuvo por mucho tiempo asociado a la añoranza de obtener una vivienda y un espacio propio donde vivir, hoy por hoy ese porvenir imaginado se traslada de nivel hacia uno más bien familiar, en que se espera vengan fortunas diferentes para los suyos: la primera generación de jóvenes universitarios, es decir una posición social diferenciada en términos de escalafón.

Podemos identificar esta proyección de futuro ligada al buen desarrollo de la familia también respecto de otro punto interesante, relativo a la situación de vivienda de los hijos. Esta misma entrevista indica algo que nos sorprende: estar participando en otro comité de allegado, para realizar una nueva toma de terreno, esta vez para beneficiar a sus hijos, quienes además de la educación brindada, podrá satisfacer esa necesidad de casa para ellos.

*“ (...) pero ahora el Gandhi, el Juan Vera, los chiquillos hicieron otro comité que era el último, ya no hacen más y yo ahí tengo metía a dos hijos míos, mi hija Danielita y mi hijo que está casado y pretendo si Dios quiere meter a mi guagua que va tener 20 años, mi guagua y tener... para mi sería como genial tener a mis tres hijos con sus casas, siendo tan jóvenes ellos” (E7).*

### **14.3. Del consumo de drogas**

En tercer lugar, emerge en los imaginarios de futuro uno de los elementos que ya había aparecido en lo relativo al consumo de alcohol y drogas. En este marco de consideraciones, los pobladores, en general, imaginan una desaparición de estos elementos en el barrio, de modo que sobre todo los jóvenes no tengan la posibilidad de involucrarse en esa dinámica, de tal suerte que más bien se interesen en otros aspectos. Así lo proyectan algunos interesados:

*“(...) tratar de que la gente que los cabros chicos, que los padres empiecen a ayudar, que ellos empiecen a integrarse para que continué este ciclo, a integrarse, a que ellos*

*hagan organizaciones, hay tantas organizaciones que se pueden hacer ahora” (...) entonces y esos niños que sigan para que después vayan tomando ellos esos cargos y que se mantengan en el tiempo” (E3).*

*“Yo estoy criando a mis nietos, espero que sea buena, que no hubiera drogas, que es de lo que más tenemos, hasta ahora se está poniendo muy cargada la droga. Los míos aquí fuman los dos, yo no les quito sí, ya son grandes, lo único que yo les pido es que no fumen en la calle, yo prefiero que fumen acá adentro y que no se metan en otras cosas sí” (E5).*

*“(...) pero no había droga y ahora entró mucho la droga, eso es una de las cosas que me gustaría a mí que no sea en veinticinco años más sino que en unos dos, tres años más se limpiara eso aquí en mi Esperanza Andina” (E7).*

Varios son los elementos que en este imaginario de futuro puedo analizar. Primero, que se reconoce que el asunto de la inmersión de la droga en la población no es un asunto propio de Esperanza Andina, sino que es más bien un elemento compartido por otras poblaciones, como si fuera una de las características comunes a otras justamente luego de haber adquirido el estatus de población, lo cual en algún sentido les tranquiliza. En segundo lugar, emerge una constatación de que efectivamente la población está hoy más “cargada a la droga”, desde donde se corrobora que si bien este punto ya venía presentándose hace unos cuantos años, hoy la situación se ha complejizado aun más.

Ahora bien, podemos notar que mientras los entrevistados nos comparten este imaginario de futuro en que la droga ha desaparecido, también se cuelan posibles razones del por qué esta situación ha llegado a presentarse, focalizándose en dos elementos: por una parte, el recambio de habitantes que ha tenido esperanza Andina, y, por otra, la desunión que los vecinos presentan, lo cual se incorporaría también como elemento deseable que se restituyera en un futuro.

De una parte, efectivamente pareciera que desde la entrega de la vivienda social la población ha sufrido un importante recambio de habitantes, ya sea porque son los hijos de los que vivieron la toma quienes se han hecho cargo de las viviendas, o también porque algunos residentes han

decidido vender las casas, y migrar a otra comuna. En relación a esto último uno de los entrevistados llegó a decir que: *“(...) en 25 años mas gráficamente Esperanza Andina va a estar vendida entera, eso es lo que se está haciendo ahora, hay harta gente que va a vender también, en esta poblaciones tamos quedando pocos ya, todos están vendiendo,” (E4).*

Este aspecto no deja de ser interesantes en términos interpretativos porque permite pensar que si la droga y su consumo está haciendo cada vez más parte de las dinámicas internas del lugar, esto ha tenido que ver, en buena medida, con que los habitantes de Esperanza Andina ya comienzan ser otros lugareños, con otras características socioculturales, con otros valores, con otras subjetividades, desde donde se identifica un vuelco en sus trayectorias.

Este puede ser uno de los factores que permite comprender este asunto tan preocupante para algunos de los entrevistados, pero tan naturalizado para otros, pues si tal cambio es generalizado, tal como aquí se indica, es muy probable que ese sistema de pensamiento que se forjó en el período de la toma para impedir la entrada de drogas y alcohol, hoy se esté diluyendo rápidamente dado al recambio de habitantes que no necesariamente comparten elementos sustanciales de la historia del lugar.

Por otro lado, es importante lo que recalca una de las entrevistadas cuando pone el acento en la distancia que han ido tomando las relaciones entre los habitantes de la población, la cual también es presentada como factor explicativo respecto del asunto de la droga. *“Si es que el tema de la unión, ni siquiera habría gente vendiendo” (...) Yo no estoy en contra de ellos cada uno hace lo que quiere, pero si estuviéramos mas unido yo creo que haríamos algo” (E5).*

Para ella no es tanto el recambio de habitantes al interior de Esperanza Andina lo que puede estar explicando la incorporación de la droga a la población, sino la fractura de los lazos sociales que en algún momento fueron fuertes y densos. Desde aquí, y aunque la entrevistada no lo dice explícitamente, su imaginario se cuela en lo innombrado de su deseo, el que gravita alrededor de la idea de volver a unir a los pobladores, volver a tejer ese lazo de relaciones que implicaron proximidad y resguardo.

#### 14.4. De los apoyos futuros entre los pobladores, y la transmisión de la memoria

Existe, en cuarto lugar, por parte de una de las entrevistadas, un juego muy claro de vinculación entre características del pasado de la población, y las que se desean proyectar hacia un futuro. Esta conexión se realiza a propósito de una valoración positiva de la población en términos del “apoyo” que entre los actores se suscitaron en diferentes instancias, mientras duró la ocupación. Aquí la entrevistada habla de “apoyos” pero perfectamente nosotros podemos interpretar este elemento como parte de los procesos de “solidaridad” que se desplegaron en el marco de la toma de terreno, que hemos analizado.

*“No sé, a mi forma de parecer que siguiera igual, igual, en cuanto a comunicación, en cuanto al apoyo de los vecinos (...) Una población buena no más, que siga como está ahora, que no haiga tanta maldad, que siga buena” (E2).*

Es interesante visualizar cómo para la entrevistada lo que se debe preservar es que la población sea “buena”, entendiendo por tal enunciado la posibilidad de dar continuidad a esas características del “apoyo” o la “comunicación” entre los vecinos. Ahora bien, ella misma es consciente de que el trabajo de mantenimiento de tales elementos en el futuro no viene de suyo, porque de todos modos la amenaza de que la “maldad” se incruste en lo más profundo de la vida poblacional es siempre una posibilidad real. Desde ahí, ella acude al trabajo de las memorias justamente como una de las prácticas posibles de articular para que, en el enfrentamiento de lo malo contra lo bueno, sea este último quien salga victorioso.

En efecto, para ella el acto de recordar colectivamente puede presentarse como un modo de hacer frente a esos elementos nocivos para la Esperanza Andina, como una suerte de escudo que, por una parte, proteja a los actuales habitantes de Esperanza Andina, pero también como una suerte de arma que permita ir enfrentando de manera creativa a estos malos elementos, y así seguir articulando procesos para dar continuidad a la población en dirección de los imaginarios positivos.



*“Claro, y que así fuera de generación en generación, que ellos después les contaran a sus hijos, y sus hijos a sus nietos y así, para que esto no quede en el pasado, yo creo que esto nunca va a quedar en el pasado de nadie” (E2).*

En complemento a lo anterior, pero a propósito del problema del consumo de drogas, indica el entrevistado 3 que una posible solución podría pasar porque los adultos responsables de los niños y jóvenes tomen cartas en el asunto y los guíen en un camino parecido al que conoció la misma Esperanza Andina. Lo que este poblador proyecta, es un escenario de relaciones sociales en que los niños y jóvenes de Esperanza Andina vayan insertándose en prácticas de asociatividad, de organización colectiva con miras a poder formar un acumulado de capital cultural que permita producir a los líderes comunitarios del futuro, de el mismo modo en como los habitantes de la población aprendieron de otros:

*“(...) tratar de que la gente que los cabros chicos, que los padres empiecen a ayudar, que ellos empiecen a integrarse para que continúe este ciclo, a integrarse, a que ellos hagan organizaciones, hay tantas organizaciones que se pueden hacer ahora (...) entonces y esos niños que sigan para que después vayan tomando ellos esos cargos y que se mantengan en el tiempo” (E3).*

Lo que el entrevistado relata a través del enunciado de la “ayuda de los padres” bien puede entenderse nuevamente con el deseo de un trabajo de trasmisión de las memorias acerca del acontecimiento de la ocupación, de tal suerte que dicha trasmisión contribuya a que “continúe el ciclo” que en algún momento caracterizó al territorio. Para él es importante imaginar un futuro del lugar en que los más jóvenes tomen a su cargo la población, y vayan asumiendo una responsabilidad en términos de conducción. Tal vez esta suerte de traspaso, no de información, sino de experiencias vividas, cobre hoy mucha más relevancia de lo que pensamos toda vez que hay una sensación de que los adultos, los que vivieron la toma, habrían dejado de lado a sus hijos, como lo relata uno de los entrevistados.

*(...) muchos hacen que los niños hagan lo que quieran, no le conversan, no tiene el apoyo de ellos, entonces eso es lo que le pasa a los jóvenes, no tienen el apoyo del*

*papá. "mejor parto ando por ahí, ando por allá " y viene otra vez "oye fúmate algo "*  
(E10).

En estos relatos, el trabajo de la memoria es situado como un elemento sustancial al que se puede sacar provecho importante para contrarrestar los efectos negativos que actualmente van insertándose en la población. Podemos conectar lo anteriormente dicho por los entrevistados, con lo que al respecto indica Elizabeth Jelin (2002), en el sentido de que cuando la memoria es evocada para efectos de proyectar futuros mejores, en realidad lo que se pone en juego es la posibilidad de construir un nuevo "nosotros", sobre la base de un diálogo sustancial.

Ese "nosotros", en los entrevistados, se actualiza en el importante trabajado que pueden hacer las diferentes generaciones respecto contar experiencias vividas en la población, no solamente quienes vivieron el proceso de la toma, si no también, quienes no lo vivieron directamente pero que de alguna manera han debido sobre llevar el peso de la población en sus cuerpos. Desde aquí, las posibilidades de un futuro mejor en Esperanza Andina pasan por un doble e importante reconocimiento: la relevancia de comunicar lo vivido por parte de los padres o, a esta alturas, los abuelos, en relación a la toma de terreno y todo lo que a partir de ella se ha suscitado, pero también la necesidad de dar posibilidad para que esas experiencias sean reinterpretadas a la luz de sentidos actuales de las propias generaciones venideras, porque es importante considerar que en el marco de las transmisiones de las memorias, quienes reciben dichas experiencias deben tener la posibilidad de darles sentido, y con ello ampliar las significaciones (Jelin, 2002). La herencia no puede ser monolítica, ni impuesta como sentido total, si no ser lo sumamente sensible para reconocer en ella diferencias que puedan ser encarnadas por los actores.

## **Tercera Parte**

## 15. Discusión final

La Esperanza Andina, en tanto población, lleva inscrita en su cuerpo colectivo la genealogía de su producción, de su procedencia, como tanta otras zonas poblacionales de la capital de Santiago, con las cuales comparte importantes elementos. Se trata de un espacio que ha recibido la fuerza de la estructuración de la sociedad, debiendo asimilar, con el tiempo, las modalidades de lo urbano por lo cual tanto se luchó. Como en otros lugares, en esta se experimentó una larga disputa por un lugar donde vivir, y una casa en que pasar las noches, lo cual se alcanzó, en las postrimerías del siglo pasado. Como hemos apreciado en esta investigación, no fue un proceso fácil, como no lo fue para ninguno que en otras partes de la capital emprendió un derrotero similar. En cada uno de ellos, se generaron procesos de participación colectiva, elaboración minuciosa de tácticas y estrategias, negociaciones y componendas con diversos actores de la sociedad, acciones de movilización que se radicalizaron con el tiempo; emergieron sufrimientos, angustias, desazones, miedos, y, producto de todo ello, aprendizajes de vida que quedarán, seguramente, inscritos en el cuerpo de cada uno de los actores, porque allí se juegan sus memorias.

Pero también en Esperanza Andina hay elementos diferenciadores, si se las compara con otras ocupaciones territoriales: sus procesos de organización no estuvieron marcados por la conducción de algún partido político, como sí sucedió en la mayoría de los casos de disputa territorial (Garcés, 2005), aunque algunos de sus dirigentes tuvieron experiencia en partidos políticos de izquierda, en tomas anteriores de terreno. Por otro lado, la iniciativa se genera en un momento histórico en que el país se encontraba restituyendo la democracia liberal, y no en el marco de una dictadura militar, como ocurrió con tantas tomas de terreno (Rodríguez, 2015), por lo cual los pobladores debieron enfrentar sus procesos frente un Estado que mostró su rostro humano más que represor. Y finalmente, el desenlace para estos pobladores tuvo que ver con lograr quedarse viviendo en el mismo lugar de la ocupación de terreno, y no haber sido erradicados a comunas alejadas de la ciudad, como sí sucedió con muchas familias que debieron desalojar los sitios que en algún momento también fueron tomados por ellos (Álvarez, 1987).

Sin embargo, con más o menos elementos en común, es importante considerar que las disputas por una por una vivienda y por un territorio, también traducen lo que significó para estas familias la producción de la ciudad, considerada globalmente, vale decir, como el espacio que por excelencia la modernidad destinó para la residencia de sus habitantes, por lo menos al nivel de su proyecto económico, político y social (Nacy, 2013). Porque nunca los procesos de organización popular que tendieron a disputar las posibilidades de vivir en lo urbano se dieron en el vacío, en abstracto, si no en un marco de consideraciones concretas y materiales más amplio relacionado con la vida en la ciudad.

Así, mientras las familias más pobres se tomaban los terrenos del centro de la capital para articular mejoras en sus condiciones de existencias, los más ricos desarrollaron estrategias para perpetuar los beneficios que la ciudad les entregaba (beneficios culturales, económicos, políticos); mientras los pobladores decidían entrar en un juego de negociación con el Estado para alcanzar sus objetivos, los mismos aparatos gubernamentales se encargaron de hacer todo lo posible para que tales negociaciones no trajeran como consecuencia una modificación sustancial de la lógica de reproducción desigual de la sociedad (se construyeron las casas, pero sin considerar su calidad, o su ubicación); y por último, mientras las familias de los sectores populares comenzaban a disfrutar de los “beneficios” de tener un techo y un espacio donde habitar, a menudo sobre la base de erradicaciones populares (Álvarez, 1987), los mismos gobiernos y la clase empresarial articularían procesos para que aquel disfrute sólo quedara anclado en un “agrado básico”, psicologizando sus problemáticas emergentes (Durán, 2011), e impidiendo que los logros cotidianos se materializaran en desarrollos sustantivos para sus habitantes, tal como hoy ocurre con los procesos contemporáneos de construcción de ciudad: con las nuevas erradicaciones y construcción de asentamientos populares, o con los procesos de gentrificación (Harvey 2014).

En este escenario, es importante comprender que es la ciudad la que se cuele en los trabajos de los teóricos sociales y los dispositivos gubernamentales cuando hablan de las poblaciones, unos para hacer inteligible las vicisitudes de sus desarrollos, y otros para orientar su conducción.

Los primeros, -es importante reconocerlo- han hecho esfuerzos relevantes para entregar claves de lectura que permitan rastrear las condiciones de producción tanto de las ciudades como de los territorios particulares en disputa, como lo son las poblaciones de la capital, alertándonos sobre procesos sociales, culturales y políticos amplios que han atravesado la vida de estos habitantes; desde aquellos trabajos hemos podido aprender qué ha cambiado al interior del espacio urbano de la ciudad, y qué ha mantenido más bien una línea de continuidad a lo largo de los años. Nos han reportado cómo la vida urbana implicó dejar atrás formas relacionales que caracterizaron por mucho tiempo la existencia de esas familias (Romero, 2007), o cómo ellos mismos debieron generar estrategias de adaptación a ese nuevo mundo que se construiría, para bien o para mal, en su hábitat cotidiano (Auyero, 2007). Esos trabajos nos han relatado acerca de lo que ya no está más en la sociedad con el auge de lo “urbano”, al mismo tiempo que sobre las características de nuestro momento presente.

Los segundos más bien han operado con la fuerza del Estado, esto es, emprendiendo acciones de conducción e intervención en la ciudad y los territorios de acuerdo con los intereses que le son propios, los cuales a menudo se distanciaron de aquellos perseguidos los habitantes de las poblaciones. Las más de las veces estas fuerzas de gobierno estatal han actuado en nombre del “progreso” de la sociedad, del “desarrollo” de sus residentes, del “bienestar” colectivo, pero como hemos visto, y cómo se ha denunciado desde la teoría social (Moulian, 2002), tales acciones no han hecho más que profundizar una fractura quizá constituyente de la misma forma de la ciudad, a pesar de las buenas intenciones encaminadas.

En nombre del progreso, del bienestar y el desarrollo, han construido y destruido la ciudad, para luego volver a construirla, seguramente con el objetivo de realizar la misma operación de construcción y destrucción en el futuro, sin importar sus consecuencias. Han construido centros históricos que con el tiempo no adquirieron más que valor inmobiliario, vale decir, valor de cambio económico sumamente rentable para los que se encuentran en posición de poder, en detrimento de todo valor de uso significativo para habitantes que ven allí la posibilidad de configurar una existencia digna (Harvey, 2014). Han construido, desde hace mucho tiempo, una ciudad segregada, dual, partida aunque conectada (Lizama, 2007), destinando espacios particulares según clases de sujetos, las más de las veces localizando en espacios precarizados a

aquellos que carecen de recursos culturales y económicos, quienes, tal vez por tal razón, no pueden oponerse con la fuerza necesaria para cambiar el rumbo de las cosas (Hurtado, 2015). En otros momentos, esta gubernamentalidad ha relegado a los habitantes más pobres de la ciudad hacia lugares de confinamiento, en donde, a pesar de todo, han logrado adaptarse incluso antes las peores adversidades. Pero cuando es el mismo Estado el que ha debido presenciar los efectos de tales confinamientos -efectos políticamente insostenibles- decidió destruir aquellos espacios provocando la incertidumbre de sus habitantes, y con ello el desahucio de sus memorias, indicándonos el desdén que por siente por ellas. Los ejemplos en los que todo esto puede visualizarse son innumerables, sólo baste mencionar lo que se ha suscitado en el centro de la ciudad de Santiago, convertido progresivamente en un espacio de consumo más que para su habitar, o en las poblaciones ubicadas en la localidad de Bajos de Mena, en la comuna de Puente Alto, en donde el Estado no encontró más solución a las problemáticas cotidianas de sus habitantes que derrumbar los bloques de cemento que albergaron a familias erradicadas (Rodríguez, 2015), y en donde se produjeron importantes problemáticas. En todos estos lugares, políticas de gobierno, sobre la base de una concepción “absoluta” de espacio y un menosprecio por las familias, han actuado sobre la ciudad y las poblaciones, construyendo y destruyendo a destajo, generando efectos dañinos para sus habitantes, sin siquiera sonrojarse.

Pues bien, en esta investigación nos hemos alejado de las propuestas comprensivas gubernamentales, y hemos utilizado la teoría social como antecedentes de procesos y contexto histórico, intentando imprimir una mirada psicosocial con enfoque de memoria colectiva, al mismo tiempo que una concepción de “espacio” y “territorio” desde donde se asume su carácter históricamente producido. Esta opción no es simplemente teórica, si no también política: comprendemos la necesidad de politizar nuestro objeto de investigación más que investirlo de una suerte de neutralidad que lo situaría en el lugar de objeto pasivo sobre el cual pasaría la historia, y el cual intentaría capturar, desde las alturas, nuestra mirada investigativa, forma de proceder común en los ingenieros fragmentarios de la ciudad y las poblaciones.

Desde aquí, nos ha sido importante considerar los procesos sociopolíticos asociados a la toma de Esperanza Andina desde su materialidad cotidiana entregada por los testimonios de los entrevistados, y no solamente quedarnos con una mirada panorámica de lo ocurrido: esos

enfoques “desde arriba” han sido ciegos a las dinámicas específicas que se despliegan en las poblaciones, no porque estén en falta de una mayor sofisticación para poder observar, sino porque lo visto coincide con el límite de su propia mirada.

En ese sentido, la perspectiva de la memoria colectiva nos permitió sumergirnos en un mundo de significados plurales y sentidos en disputa no siempre contemplados en investigaciones e intervenciones sobre realidades poblacionales, entregándonos la posibilidad de reconocer el material de que están constituidos tales elementos. Hemos reconocido, a través del ejercicio de las memorias, identificaciones variadas entre pobladores y vecinos del sector que brindaron el apoyo necesario para que la toma haya sido posible, o entre pobladores y políticos que articularon sus fuerzas para que un desenlace positivo ocurriera: allí pudimos visualizar los gestos solidarios de los pobladores de villa Esmeralda, o políticos como el ex alcalde Alarcón, o Fernanda Letelier.

Hemos podido apreciar también solidaridades desarrolladas al calor de la organización, y negociaciones operadas aun en los momentos más difíciles, cuando la sensación de espera por obtener vivienda se hacía intolerable y provocaba sufrimiento; hemos tenido la oportunidad de observar consensos entre los actores para generar diversas iniciativas (reglas de convivencia del campamento, creación de la guardia de la toma), pero también disputas y conflictos entre diferentes los participantes y a propósito de múltiples situaciones: conflictos entre los dirigentes de la ocupación, desencuentros entre pobladores y organizaciones sociales exteriores al campamento que quisieron instalar una lógica caritativa, o disensos importantes entre la clase política y las familias de Esperanza Andina, quienes mantuvieron siempre una paciencia importante esperando el día de la entrega de las viviendas. Hemos aprendido, por fin, sobre un sin número de experiencias que hablan de la iniciativa y la determinación de los pobladores para alcanzar los objetivos propuestos, desde las tácticas iniciales en momentos previos a la toma (el secreto, el burlar a las autoridades, el ejercicio publicitar la toma), hasta el conjunto de movilizaciones desplegadas para hacer presión sobre el Estado (toma de ministerios, huelga de hambre, marcha del dolor), pasando por los procesos de organización del campamento en términos de urbanización y distribución del territorio (colocación de las medias aguas, generación de luz, agua), lo cual nos permitió comprender, de paso, cómo un “espacio” imaginado fue progresivamente tomando la forma de un “territorio” habitado (Montañez, 2001).



En cada uno de los elementos reconocidos, pronto nos aparecieron los materiales de constitución de las memorias, materiales que vinculan, a un tiempo, el pasado, el presente, y el futuro de la población. Desde los relatos de los entrevistados emergieron las añoranzas, las penas, las frustraciones, las desilusiones, los engaños, las utopías, los malestares, las alegrías, las esperanzas, las pugnas, los reconocimientos, las disputas, las nostalgias, es decir, se dejó ver nuestro objeto politizado, cargado de relaciones de poder cotidianas que le son inmanente, y que nos habla sobre todos de las trayectorias de dichas memorias, y de las biografías de sus habitantes que no cesan de configurarse.

Nos topamos con memorias multiformes, plurales, que se encuentran y desencuentran, que pugnan o se encabalgan sin necesariamente hacer síntesis, sin gestar clausuras: mientras un poblador hace memoria de los desengaños sufridos por quienes fueron sus compañeros de ruta en la dirigencia de la ocupación, otros más bien rememoran el importante papel que jugaron estos personajes durante el proceso, valorándolos de un modo importante; mientras unos reivindican los aprendizajes que se produjeron en torno a los asuntos políticos, otras más bien reconocen haberse mantenido al margen de dichos aspectos hasta el día de hoy, porque la política no era lo suyo; mientras algunos identifican la actualidad de la población como la muerte de los procesos colectivos de organización, otros valoran lo que sujetos comunitarios llevan a cabo día a día, con niños, jóvenes y adultos a través de múltiples iniciativas; mientras unos proyectan el futuro de la población vinculado a procesos de fortalecimiento social del espacio público, otros imaginan logros y beneficios más bien anclados al ámbito de lo privado: de su hogar, la familia y sus descendientes, ámbitos dejados de lado para ellos mientras duró la ocupación; en fin, mientras unos hacen jugar el pasado, el presente y el futuro en el marco de una nostalgia por lo que se perdió (relaciones de solidaridad y organización colectiva), otros más bien sitúan su interés en lo que podrá llegar a ser la población el día de mañana, dejando la puerta abierta para utopías posibles (mejoras socio territoriales en el barrio, formas de convivencia y recreación alejada de las drogas).

Lo anterior nos permite detenernos en tres consideraciones teóricas acerca de los trabajos de la memoria y que se me presentan como aprendizajes de esta investigación. Hacer memoria de las

poblaciones, pero a su vez de cualquier otro fenómeno, no solamente implica hacer un relato coherente acerca de procesos ocurrido en el pasado, y no solamente implica dar la posibilidad de decir a aquellos que históricamente han quedado relegados de los regímenes de la palabra pública, sino también significa levantar las operaciones que permiten un recordar posible, u olvidos determinados, ambos procesos íntimamente relacionados (Vázquez, 2001). Este es seguramente uno de los aspectos más importantemente recalcados por quienes han desarrollado esta perspectiva de trabajo, y es posiblemente también lo más difícil de efectuar, pues implicó para nosotros una mirada atenta tanto al contenido de lo relatado por los informantes, como también a ese conjunto de elementos que posibilita poner en palabras ideas o evocaciones que a veces se actualizan solamente a través de gestos, suspiros, silencios, llantos, disposiciones corporales o imágenes difusas que pugnan por emerger, a veces sin posibilidad de encontrar palabra alguna. Hacer un trabajo con las memorias, desde el campo investigativo implicó, así, emprender una suerte de epistemología de lo sentido por los actores, si por ello entendemos el empeño de uno como investigador por lograr realizar una hermenéutica de lo recordado, y detectar sus condiciones de evocación, a menudo anclados en procesos sociales más amplio (contexto de democracia pactada, clase social, género, relaciones de poder, por ejemplo).

Así, no solamente fue necesario ir en busca del pasado acerca de los procesos sociopolíticos asociados a la toma de terreno, vale decir, los procesos de organización comunitaria, mecanismos de negociación política, fuentes de producción de solidaridades, momentos de rechazo, disenso y desencuentros, movilizaciones políticas, etc., fue también indispensables rastrear regímenes de decibilidad que operaron a la base cada recuerdo. Junto con la detección de lo rememorado por los entrevistados, intentamos identificar cómo aquellas evocaciones están atravesadas por los lugares y la posiciones ocupadas por los actores, sitios que hacen que lo dicho tenga un marco de inteligibilidad: el lugar del dirigente, el lugar de quién ocupó alguna responsabilidad importante durante la toma, el lugar de quién no tuvo ninguna relación con la política, el lugar de quien se consideraba más bien de izquierda o de derecha, el lugar de quien quedó a cargo del jardín infantil, pero también los lugares que los entrevistados no quisieron ocupar (un lugar de relación con la política, el lugar de dirigente que traiciona el espíritu de la toma, el lugar de quien ya no participa de las iniciativas, etc.: lugares rechazados.

Desde allí, nos fue relevante considerar que buena parte de los recuerdos compartidos no tienen que ver tanto con el mismo tiempo pasado -aunque éste tiene un papel considerable-, si no con las experiencias presentes que los pobladores han ido viviendo en los últimos años; en ese sentido comprendimos que buena parte de lo dicho debe su existencia a entrecruzamientos complejos con la actualidad de los actores, y con sus imaginarios de futuros. Así, la investigación trató de detectar qué significados se dan a lo experimentado en la toma de terreno, a la luz de un habitar contemporáneo en viviendas sociales y en una población; qué sentidos adquieren las relaciones entre pobladores hoy, atendiendo a las asociaciones cotidianas que son recreadas por ellos en la actualidad; cómo es visualizada la relación con el futuro de la población, tomando en cuenta lo que ha sucedido con cada actor luego de la entrega de las viviendas. Pero también, hemos intentado detenernos en los recuerdos rememorados a propósito de espinosos referentes, como lo son el deseo de lucha, la mirada acerca del Estado, la importancia del apoyo colectivo, la añoranza por la autogestión, los empoderamientos de la mujer, los sueños de fortalecimiento de la familia, o la misma “vivienda”, que no deja de operar como importante referente a la hora de articular sentidos de memorias.

La importancia de estas consideraciones estriba en que nos alejamos de una concepción determinista de los tiempos pasado, presente y futuro, en donde el pasado explicaría mecánicamente el presente, acercándonos más bien a una comprensión de los tiempos cuyas vinculaciones son múltiples y simultáneas, en los que el juego entre pasado, presente, y futuro, implica una superposición de los momentos, como si de espirales entrecruzadas se tratara, más que de una linealidad de los períodos. Logramos identificar que cada relato compartido conectó no con un momento específico (pasado, presente o futuro), si no con varios al unísono.

En segundo lugar, hemos aprendido que no habría que pensar que una vez realizado el ejercicio de memoria por un actor, lo recordado queda petrificado en el tiempo y en el espacio, como si estuviésemos en presencia de elementos que cristalizan su ejercicio y los productos que de él se derivan. El carácter procesual de tal actividad implica más bien que nunca se termina de hacer memoria, y que los productos asociados a ella adquieren siempre la forma de lo eventual y lo precario, vale decir, están sujetos a la reformulación tanto de sus modalidades de operación como de sus contenidos, razón por la cual tal vez debiésemos hablar más de “efectos” de memoria que

de “productos”; esta consideración la hacemos por una razón bastante importante: las posiciones de quienes recuerdan son también móviles, y están atravesadas por las vicisitudes del presente y las proyecciones del futuro, por las situaciones experimentadas en algunos momentos, o por las interacciones establecidas, motivo por el cual un mismo acontecimiento puede ser recordado de manera distinta no solamente por actores que ocupan sitios distintos y responsabilidades particulares, sino también porque un recuerdo puede modificarse en el mismo sujeto, en momentos diferentes, y a propósito de determinadas coyunturas; la complejidad de estos procesos hace que cambien los referentes y los puntos de apoyo para el establecimiento de los recuerdos.

Tal vez en los tiempos que corren esta segunda puntualización tenga mucha más relevancia, porque nos encontramos en una época en que las antiguas posiciones o lugares para narrar se tornan movedizos, inestables, difusos, como si esos mismos sitios ocupados por los actores fueran tan transitorios como lo que permiten recordar. Si bien esto puede ser considerado como un rasgo negativo característico de los sujetos de la actualidad, nosotros lo apreciamos como parte de la complejidad a la que hay que atender cuando se estudian los procesos de memoria, complejidad que incluso puede dar curso a modificaciones deseadas al interior de las dinámicas poblacionales: las memorias y sus contenidos, al no responder a un proceso de clausuras deterministas, dejan abiertas las posibilidades de cambios, de incidencia, de fugas favorables, de utopías, sin que ello sea necesariamente interpretado teleológicamente: respecto de las memorias considero no hay fin del camino, si no caminos varios cuyas andanzas escurridizas son perpetuas.

En tercer lugar, al emprender un trabajo de politización de nuestro objeto de estudio nos hemos visto también en la imperiosa labor de politizar la mirada de quien investiga, de quien observa y realiza diálogos de memorias con los actores poblacionales, identificando las conexiones existentes entre dichas rememoraciones y las del propio investigador. Es aquí tal vez donde cobre mayor relevancia lo que nos indica Pablo Fernández (1994) respecto de la etimología del término “recordar”, que quiere decir “volver a sentir”, porque inevitablemente lo que se jugó para nosotros en el transcurso de esta investigación es un volver a sentir, como si entre el objeto de estudio y uno mismo en posición de investigador cobraran presencia elementos que exceden la sola pretensión de conocimiento, dejándose entrever, a medida que avanza la espinosa escritura,

aquellos que son más bien del orden de las identificaciones que nos afectan, de las simpatías inevitables (Ruíz, 2016).

El desarrollo de la investigación nos ha hecho pensar en lo que se siente recordar la propia biografía mientras otros comparten las suyas cuando rememoran aspectos significativos acerca de la toma de terreno, y lo que en uno se produce cuando se despliegan identificaciones con el otro. Mientras cada entrevistado hacía memoria, reconozco me fue inevitable generar recuerdos de infancia y juventud habitando poblaciones, caminándolas impresionado, anhelándolas en algunos momentos, pero rechazándolas en otras, asustado, con pena; recuerdos de profesional visitando hogares de familias cuyas experiencias de vida han tenido que ver con sobrellevar el peso de la ciudad en sus cuerpos, intentando sortear su dificultoso presente, tanto como uno lo también lo intenta con el suyo; recuerdos actuales de trabajo comunitario con los hijos de quienes nos compartieron sus experiencias de ocupación, niños y niñas que en sus cuerpos llevan incrustado la memoria de su procedencia, así como ocurre con el mío.

Esto hace preguntarme, al “final” del camino, no tanto por lo recordado sino más bien por quién es el que recuerda cuando hace memoria desde el campo investigativo, y mientras lo hago, nombres de compañeros de ruta, que de alguna manera están relacionados con el trabajo académico en poblaciones, se me vienen a la cabeza: pienso en Jorge, con quién visité por primera vez Esperanza Andina hace unos cuantos años, donde establecimos las primeras relaciones con la Esperanza y sus familias; pienso también en pancho, quien ha desarrollado un encomiable trabajo de fortalecimiento poblacional, a una legua del centro de la ciudad, de quien he aprendido no solamente a observar lo que en tales contextos ocurre, sino además a observar lo que se mira y de dice de ellos; pero pienso también en Domingo, compañero de mis compañeros en el derroteros de las poblaciones, y profesor de aquellos, en cuya persona no reconozco más que una sabiduría encarnizada cuando se trata de la vida, de las poblaciones.

En ese sentido hoy entiendo que el ejercicio de investigar las memorias es en realidad un trabajo humano colectivo, porque las memorias de quienes operaron como objeto de esta investigación se conjugan hoy con mi posición de investigador, y con los recuerdos que me atraviesan, formando una suerte de constelación de recuerdos que conecta a diferentes instancias de mi propia

experiencia, y a múltiples actores que me han constituido como sujeto, incluso aunque éstos ni siquiera se conozcan; como si mis andanzas poblacionales algo tuvieran que ver con los recorridos efectuados por más de un poblador; como si el espíritu Domingo tuviera que ver con la semblanza del dirigente de nuestro estudio; como si la fuerza de pancho se entrecruzara con el empuje de la presidenta de la junta de vecinos, o como si los sueños de Jorge se lograran enlazar con los de aquellos familiares que se empeñaron, ayer, en dejar una vida de allegados, porque pareciera que allí radica la importancia del trabajo investigativo de las memorias, que estriba en que permite vincular, conectar, asociar, entretejer, crear posibilidades no entrevistas sino hasta cuando las interacciones aparecen. Desde aquí comprendo que las memorias (en el proceso de investigación, pero también en la vida cotidiana) es uno de esos mediadores posibles de utilizar para la emergencia de las fugas, un trabajo de creación sobre creaciones ya formuladas, pero destinadas a nunca acabar.

Si bien el trabajo que en los últimos años se ha desarrollado desde la Psicología Social Comunitaria ha presentado más bien la forma de una tecnología política muy adecuada y coherente con las demandas de un Estado que autoriza el gobierno de lo social (Jeanneret, 2014), mandatando a profesionales jóvenes a situarse en la trinchera de la pobreza, con más valor que recursos (Asún, 2007), creo que el trabajo de investigación de las memorias de los sectores populares puede contribuir a tensionar los modos de comprensión acerca de las formas que han adquirido estos sectores populares, las prácticas que en su interior se desarrollan, y las que tienen que ver con el oficio de investigar, siempre con miras a su desarrollo sociopolítico y comunitario.

Investigar las memorias en una triple relación (memorias de pobladores y sus territorios, memorias de los agenciamientos gubernamentales, memorias de los investigadores) podría permitir producir fuerzas que tanto se echan de menos en nuestras sociedades, ciudades, y sectores populares, vale decir, la generación de un respiro que discrepe de lo instituido, un impulso que desestabilice las naturalizaciones, ánimos que fracturen lo que hay, y que resquebrajen las relaciones de dominio a las que están sujetas las familias, mostrando cómo dichos espacios se han ido elaborando a partir de entusiasmos comunitarios, pero también a partir de prácticas de administración de la vida, nada respetables; desde este trabajo se podría mostrar que las características con las cuales no estamos de acuerdo acerca de las poblaciones pueden

desaparecer, posibilitando otras maneras de convivir; con ello, por supuesto, no estaremos realizando un trabajo de identificación de un pasado más o menos real, más o menos erróneo sobre el que sostenemos, si no inventando, literalmente, otro presente-futuro, el de ellos y el nuestro.

Creo que este trabajo no puede ser realizado solamente sobre la base de estudiar la memoria de los “otros”, que es también la nuestra cuando se asume la necesidad de objetivar nuestro propio lugar en el trabajo investigativo (Ruiz, 2016), sino además forjando una labor que permita “vivir” las memorias, encarnarlas cotidianamente más allá de las prácticas de rememoración de momentos importantes, como suele suceder (Fredjkes, s/f). El trabajo con las memorias puede contribuir a la producción de una existencia comunitaria en que la vida de diario -la del saludo, la de la pichanga, la de la conversación, la del paseo, la de la plaza, la de la fiesta, la de los malos momentos- tome en cuenta las memorias como elemento constituyente de lo que somos.

Tal vez la Psicología Social Comunitaria pueda desde aquí hacer algo más importante que gestionar la pobreza, recurriendo a este ejercicio de trabajo con las memorias, preguntándonos: ¿cuáles son las memorias de las comunidades con las que se trabaja? ¿Cuáles son las memorias de quienes nos demandan un trabajo social comunitario? ¿Cuáles son las memorias que nos mueven a desarrollar un trabajo de investigación o intervención en sectores populares?

Seguramente ¡nada se pondrá más fácil, pero si más interesante, sobre todo más pertinente!

## Referencias Bibliográficas

Álvarez, J. (1988) *Los Hijos de la Erradicación*: PRELAC

Asún, D. (2007) *Entrevista*. En Alfaro y Berroeta. Trayectorias de la psicología comunitaria, prácticas y conceptos: Universidad de Valparaíso.

Auge, M. (2007) *Por una Antropología de la movilidad*: Gedisa.

Auyero, J. (2007) *La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina Contemporánea*: Siglo XXI.

Arensburg et al. (2013) *De la subjetividad del objeto, a la subjetivación de la investigación. Prácticas de la investigación social en Chile*. Teoría y Crítica de la Psicología. 3 (116-145).

Baudrillard, J. (1993) *La ilusión del fin. O la huelga de los acontecimientos*: Anagrama.

Borja, J. (2015) *La vivienda popular. De la Marginación a la Ciudadanía*. En Rodríguez. Con subsidio, sin derechos. La situación del derecho a una vivienda adecuada en Chile: Sur.

Casullo, N; Forster, R y Kaufman, A (1999) *“Itinerarios de la Modernidad: corrientes de pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la post modernidad”*: Eudeba, Buenos Aires.

de Ramón, A (2007) *Santiago de Chile, una historia de la sociedad urbana*: Catalonia.

Di Giorgi, A. (2006) *El gobierno de la excedencia post-fordismo y control de la multitud*: Traficante de Sueños.

Durán, A, (2011) *Sociedad de Control y Tecnologías Psi. Una aproximación conceptual y analítica de su relación*: Castalia (95-109).



Echeverría, M. (2001) *Descenrar la mirada. Avizorando la ciudad como territorialidad*. En Montañéz, Espacio y Territorios. Razón, Pación, Imaginarios: Universidad Nacional de Colombia.

Fernández, P. (1994) *La Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde*. México: Antróphos.

----- (2004) *La Sociedad Mental*: Antróphos.

Flick, U. (2007) *Introducción a la Metodología Cualitativa*: Morata.

Foucault (1976) *La historia de la sexualidad. Voluntad de saber*: Siglo XXI.

Fredjkes, (s/f) *La memoria en el cuerpo*.

Garcés, M; Leiva, S. (2005) *El Golpe en la Legua. Los caminos de la historia y la memoria*: LOM.

Giraldo, L. M. (2000) *Ciudades Escritas*: Andrés Bello.

Halbwachs, M. (2004) *La Memoria Colectiva*: Prensa Universitaria de Zaragoza

Harvey, D. (2007) *Urbanismo y Desigualdad Social*: Siglo XXI

Hurtado, J. (2015) *Ciudad y Sociedad. A orillas del Mapocho. Aproximaciones críticas al Santiago Contemporáneo*. Radio Universidad de Chile.

Ibáñez, T. (2000) *Municiones para disidentes*: Gedisa.

Íñiguez, L. *Identidad* (2001): *De lo Personal a lo Social. Un recorrido conceptual*. En Crespo, La constitución de la subjetividad: Catarata, (209-225).

Illanes, M. (2014) *La historia, la memoria y el aparato cultural escuela*. En González y Areyuna. Pedagogía Histórica y Memoria Crítica: On Deman.

Jeanneret, F (2014), *Lo psicosocial y su inscripción en lo institucional: el caso de la práctica penitenciaria*. En Cavieres, ¿Qué es lo psicosocial? Reflexiones desde una práctica y comprensión psicológica. Universidad Católica Silva Henríquez.

Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria: Siglo XXI*

Lazzarato, M (2006) *Por una política menos. Acontecimiento y política en las sociedades del control: Traficante de Sueños*.

Lefebvre, H. (1978) *De lo Rural a lo Urbano: Inapropiables*

Lizama, J. (2007) *La ciudad fragmentada. Espacio Público, Errancia y Vida Cotidiana: Universidad Diego Portales*.

Martín-Baró (2014) *Sistema, Grupo y Poder. Psicología Social desde Centro América II: UCA*.

Motañez, G (2001) *Espacio y Territorios. Razón, Pación, Imaginarios: Universidad Nacional de Colombia*.

Morales, S. y Rojas, E. (1987) *Espacio y Poder. Los pobladores: FLACSO*

Moulian, T. (2002) *Chile, anatomía de un mito: LOM*

Nancy, J.L. (2013) *La ciudad a lo lejos: Bordes Manantial*.

Oviedo, O. (2001) *Geografía, Espacio y Teoría Social*. En Espacio y Territorios. Razón, Pación, Imaginarios: Universidad Nacional de Colombia.

Reyes, M. J. (2013) *Políticas de Memoria Desde los Discursos Cotidianos: La Despolitización*

*del Pasado Reciente en el Chile Actual. Psyke 22 (2) 161-173.*

----- (2015) *Construcción de políticas de memoria desde la vida cotidiana. Psicología y Sociedad. 27 (2) 341-350.*

Rodríguez, A. (2012) *Violencia en una ciudad neoliberal: Santiago de Chile: SUR.*

Rodríguez, P. (2015) *Población el Castillo: por el derecho a una vivienda habitable. En Rodríguez, Con subsidio, sin derechos. La situación del derecho a una vivienda adecuada en Chile: Sur.*

Romero, J.L. (2009) *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América: Siglo XXI.*

Romero, J. (2007) *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840 y 1895: Ariadna.*

Ruíz, J. (2008) *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria histórica? Reflexiones desde la psicología cognitiva. 7 (53-77).*

Ruíz, M. (2016) *La subjetividad del investigador en terreno. Sistematización de una experiencia reflexiva de inmersión etnográfica. Revista Psicoperspectivas: 15 (1).*

Santos, M. (1990) *Por una geografía nueva: Espasa Calpe.*

Soto, C. (2007) *Proposiciones de un marxismo hegeliano: ARCIS.*

Sugranyes, A. (2010) *La política habitacional en Chile, 1980-2000: un éxito liberal para dar techo a los pobres. En Rodríguez, “Los con techo. Un desafío para la policía de vivienda social”: SUR*

TAC. (2000) *Una noche, un pensamiento, una Toma: Taller de Acción Cultural*

Unger, G. (2007) *Orígenes y fundamentos de la perspectiva comunitaria en el quehacer de la Psicología*. En Alfaro y Berroeta, *Trayectorias de la psicología comunitaria, prácticas y conceptos*: Universidad de Valparaíso.

Vázquez, F. (2001) *La Memoria como Acción Social. Relaciones, significados e imaginarios*: Paidós.

Wacquant, L. (2007) *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*: Siglo XXI

## Anexos

### Carta de Consentimiento informado

#### Consentimiento de participación

Yo....., he sido invitado/a a participar en una entrevista acerca del tema “La Memoria Colectiva de la Esperanza Andina”.

Esta entrevista forma parte de la investigación de Maestría (tesis) que un estudiante del Magíster en Psicología, mención Psicología Comunitaria de la Universidad de Chile realiza para optar a su grado académico de Magíster.

Entiendo que lo que se converse en la entrevista se grabará. También estoy informado/a de que la información será confidencial y anónima y sólo será conocida por quien me entrevista y por la profesora guía de la investigación. Entiendo que mi participación es voluntaria y sé que puedo negarme a participar o retirarme en cualquier momento de la entrevista.

Sí, he leído y entiendo esta hoja de consentimiento y estoy de acuerdo en participar en esta entrevista.

.....  
Firma

.....  
Fecha

## Preguntas Directrices y Temática de la investigación

1. Cómo asumen los pobladores el hecho de tomar el terreno.
2. Razones fundamentales para efectuar la toma de terreno.
3. Organización del proceso de toma de terreno.
4. Formas de organización en la toma de terreno.
5. Experiencias previas de organización de parte de los pobladores.
6. Expectativas generadas en los pobladores con la toma de terreno.
7. Participación de hombres y mujeres en el proceso de la toma.
8. Vinculación de pobladores con el Gobierno durante el proceso de la toma.
9. Vinculación de pobladores con la sociedad civil durante el proceso de la toma.
10. Relación con los vecinos del barrio durante el proceso de la toma.
11. Rol de la familia durante el proceso de la toma.
12. Objetivos perseguidos durante el proceso de la toma.
13. Estrategias desarrolladas durante el proceso de la toma.
14. Logros alcanzados durante el proceso de la toma.
15. Dificultades que aparecieron durante el proceso.
16. Elementos facilitadores del proceso de la toma de terreno.
17. Elementos que se rescatan de haber participado en la toma de terreno.
18. Consideraciones hacia el presente de la población
19. Imaginarios de futuro de la población.

<p>I. ¿Cómo recuerdan los distintos actores involucrados el como asumen los pobladores la posibilidad de una toma de terreno?</p>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Me podría contar cómo llegó a participar en la toma de terreno?</li> <li>2. ¿Cómo recuerda usted que toman las personas la posibilidad de una ocupación de terreno?</li> <li>3. Cuáles recuerda usted que fueron las diferentes reacciones cuando se comenzó a hablar de una toma de terreno?</li> </ol>
<p>II. ¿Qué razones recuerdan que existieron para dejar sus lugares de origen y movilizarse individual y colectivamente para organizar una toma de terreno?</p>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Según lo que usted puede recordar, ¿Qué elementos movilizó a la gente para desarrollar la toma de terreno?</li> <li>2. ¿Qué elementos lo movilizaron a usted para embarcarse en este proceso, y dejar la vida que tenía?</li> </ol>
<p>III. ¿Cómo se recuerda la participación de actores organizados y no organizados antes, durante y después del proceso de toma de</p>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cuándo comienzan organizarse los pobladores para acceder a una vivienda?</li> <li>2. ¿Cómo recuerda que comienza a gestarse una organización más bien formal para acceder a la vivienda?</li> <li>3. ¿Cómo recuerda que era la participación de las personas?</li> </ol>

terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>4. ¿En qué instancias las personas estuvieron más interesadas en participar?</li> <li>5. Durante el proceso de la toma ¿cómo recuerda que se dio la participación de los pobladores?</li> <li>6. ¿Cómo comenzaron a organizar la toma?</li> <li>7. ¿Cuáles eran las instancias en las que se podía participar poder levantarla?</li> <li>8. ¿Cuál era la diferencia entre los que estaban organizados y los no estaban organizados, en relación a los procesos de participación?</li> <li>9. ¿Cómo recuerda que se dieron los procesos de participación cuando ya se acercaba el momento de la entrega de viviendas?</li> </ol>
IV. ¿Qué elementos organizativos recuerdan los actores involucrados, que cobraron relevancia en el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cómo recuerda que se dieron los primeros procesos de organización para acceder a una vivienda?</li> <li>2. ¿Quiénes eran los que más incentivaban a la organización?</li> <li>3. ¿Cuáles fueron los procesos de organización colectiva que más ayudaron a mantener la toma de terreno?</li> <li>4. ¿Qué acciones de organización fueron relevantes, desde su punto de vista, para alcanzar los objetivos propuestos?</li> <li>5. ¿Qué dificultades tuvieron los procesos de organización durante la toma de terreno?</li> </ol>
V. ¿Qué experiencias previas recuerdan que tuvieron los pobladores para acceder a la vivienda?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Qué experiencia previa tuvo usted para acceder a la vivienda?</li> <li>2. ¿De qué modo ayudó esa experiencia en el proceso de la toma de terreno?</li> </ol>
VI. ¿Qué expectativas recuerdan que tenían los pobladores acerca de la obtención de la vivienda, durante el período previo a la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cuáles recuerda usted que eran las expectativas que se generaron en los pobladores con la toma de terreno?</li> <li>2. ¿En qué sentido fueron cambiando esas expectativas, durante el proceso mismo de la toma?</li> <li>3. ¿Cómo recuerda que se fueron cumpliendo o no aquellas expectativas de los pobladores?</li> </ol>
VII. ¿Cómo se recuerda la participación de mujeres y hombres durante el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Recuerda usted alguna diferencia entre la participación de las mujeres y la de los hombres, durante el proceso de la toma?</li> <li>2. ¿Cómo recuerda se dio la participación de los hombres?</li> <li>3. ¿Recuerda usted cuáles eran las instancias en las que los hombres más participaban durante el proceso de la toma?</li> <li>4. ¿Cómo recuerda se dio la participación de las mujeres?</li> <li>5. ¿Recuerda usted cuáles eran las instancias en las que las mujeres más participaban durante el proceso de la toma?</li> <li>6. ¿Cuáles eran, desde lo que usted recuerda, las instancias de participación conjunta entre hombres y mujeres?</li> <li>7. ¿Qué rol jugó la participación de la mujer durante el proceso de la toma?</li> <li>8. ¿Qué rol jugó la participación del hombre durante el proceso de la toma?</li> </ol>
VIII. ¿Qué diferencias y semejanzas se pueden observar entre hombres y mujeres, acerca del recuerdo de la toma de terreno, y los procesos sociopolíticos asociados a ella? ¿A qué pueden ser atribuidas esas	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cuáles eran las principales diferencias que existían entre hombres y mujeres, acerca de la toma? ¿diferencias en el pensamiento acerca de la ocupación, en las acciones desarrolladas?</li> <li>2. ¿A qué puede ser atribuida esas diferencias?</li> <li>3. Cuando había que generar algún tipo de acción hacia el gobierno, a los privados, o de organización al interior de la toma, ¿cuáles eran las diferencias existente</li> </ol>

diferencias?	<p>entre la posición de hombres y mujeres?</p> <ol style="list-style-type: none"> <li>4. ¿A qué puede ser atribuida esas diferencias?</li> <li>5. ¿Cuáles eran las semejanzas?</li> </ol>
IX. ¿Cómo se recuerda el actuar del gobierno durante el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cómo recuerda usted que era la disposición del gobierno para satisfacer la demanda de vivienda de los pobladores, antes de la toma, cuando recién se estaban organizando?</li> <li>2. ¿Cómo recuerda que fue la vinculación entre las personas organizadas y el gobierno, en el momento previo a la toma de terreno?</li> <li>3. ¿Cómo recuerda que fue la vinculación de los pobladores con el gobierno durante el proceso de la toma de terreno?</li> <li>4. ¿Con qué actores del gobierno hubo más relación durante el proceso de la toma (políticos, ministerio, presidencia)?</li> <li>5. ¿Qué personas de la toma recuerda usted que tenían más vinculación con el gobierno durante el proceso de ocupación?</li> <li>6. ¿Con qué sectores políticos (Izquierda, Derecha, Centro, gobierno Estatal, gobierno local) hubo mayor acercamiento durante el proceso de la toma?</li> <li>7. ¿Qué cambios hubo en las actitudes del gobierno durante el período de la toma, según lo que usted recuerda?</li> </ol>
X. ¿Cómo se recuerda el actuar de los privados y la sociedad civil durante el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cómo recuerda usted que era la disposición de los privados (empresarios, ong's) para apoyar la demanda de vivienda de los pobladores, durante el proceso de la toma?</li> <li>2. ¿Cómo recuerda que fue la vinculación de los pobladores con la dueña del terreno durante el proceso de la toma de terreno?</li> <li>3. ¿Qué actores de la sociedad civil participaron de alguna manera en el proceso de la toma?</li> <li>4. ¿Cómo recuerda usted que fue la vinculación de la toma con la sociedad civil?</li> <li>5. ¿Qué personas recuerda usted que tenían más vinculación la sociedad civil durante el proceso de la toma?</li> <li>6. ¿Cuáles eran, desde lo que usted recuerda, las alianzas que se construyeron con la sociedad civil?</li> <li>7. ¿Qué objetivos tuvo la vinculación con la sociedad civil durante el proceso de la toma?</li> </ol>
XI. ¿Qué elementos significativos se recuerdan de la relación entre los pobladores y las personas de los barrios vecinos a la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Cómo recuerda que fueron las relaciones que mantuvieron los pobladores de la toma con los vecinos del sector?</li> <li>2. ¿Hubo cambios en los tipos de relaciones una vez que el tiempo iba pasando?</li> <li>3. ¿Qué elementos recuerda usted como negativos de aquellas vinculaciones que se generaron con los vecinos del sector?</li> <li>4. ¿Cómo recuerda usted veían los pobladores de la toma a sus vecinos?</li> <li>5. ¿Cómo recuerda usted que veían los vecinos a los pobladores de la toma?</li> <li>6. ¿Qué elementos recuerda usted como negativos de aquellas vinculaciones que se generaron con los vecinos del sector?</li> </ol>
XII. ¿Qué elementos relacionados con la familia recuerdan que se pusieron en juego durante el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Recuerda usted cómo influyó la familia en la decisión de cada poblador, para participar o no en la toma de terreno?</li> <li>2. ¿Qué rol jugó la familia durante el proceso de la toma de terreno?</li> <li>3. ¿Cuáles fueron, de lo que recuerda, los conflictos más importantes que se</li> </ol>



	generaron respecto de la familia, mientras duró la toma?
XIII. ¿Cómo se recuerdan los objetivos que se perseguían con la toma de terreno de la Esperanza Andina?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Recuerda usted cuales fueron los objetivos que guiaron la toma de terreno?</li> <li>2. ¿De qué modo recuerda como se iban construyendo los diferentes objetivos que debían ser cumplidos durante el proceso la toma? ¿cómo iban cambiando estos objetivos durante mientras pasaba el tiempo?</li> <li>3. ¿Cómo diferían los objetivos al principio de la toma, y al final de la toma?</li> <li>4. ¿Qué actores decidían qué objetivos seguir y cuáles desechar?</li> </ol>
XIV. ¿Cómo se recuerdan las estrategias más relevantes puestas en marcha durante el proceso de la toma de terreno, para poder sostenerla en el tiempo?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Ya iniciada la toma ¿Qué estrategias recuerda que se desarrollaron para poder sostener la ocupación? ¿solidaridades, organización comunitaria, asignación de roles, asignación de tareas?</li> <li>2. ¿Cuáles fueron las estrategias más difíciles de desarrollar?</li> <li>3. ¿Quiénes recuerda usted de construían esas estrategias?</li> <li>4. ¿Quiénes fueron los actores más importantes de aquellas estrategias?</li> </ol>
XV. ¿Cómo se recuerdan los logros que alcanzaron durante el proceso de la toma?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Qué logros recuerda usted que se dieron con la toma de terreno?</li> <li>2. ¿Por qué razones cree usted que se alcanzaron esos logros?</li> <li>3. ¿Qué elementos recuerda usted que fueron fundamentales para que se lograran aquellos elementos?</li> <li>4. ¿Qué logros recuerda usted que no se alcanzaron con la toma de terreno?</li> <li>5. ¿Por qué razones cree usted que no se alcanzaron estos logros?</li> </ol>
XVI. ¿Cómo se recuerdan las dificultades que aparecieron durante el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Qué dificultades recuerda usted que se presentaron durante el proceso de la toma?</li> <li>2. ¿Por qué razones cree usted que esas dificultades se presentaron?</li> <li>3. ¿Qué acciones llevaron los pobladores a cabo para minimizar las dificultades presentadas?</li> </ol>
XVII. ¿Cómo se recuerdan los elementos que facilitaron el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Qué elementos recuerda usted que facilitaron el proceso de la toma?</li> <li>2. ¿Por qué razones cree usted que se presentaron esos elementos facilitadores del proceso?</li> </ol>
XVIII. ¿Qué es lo que se rescata de haber participado en el proceso de la toma de terreno?	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. ¿Qué acciones rescata usted de haber participado en el proceso de la Toma de terreno?</li> <li>2. ¿Qué cosas volvería a realizar si estuviera nuevamente en una situación de ocupación de terreno?</li> <li>3. ¿Qué cosas usted cree que no realizaría en una nueva situación de toma?</li> </ol>